

GENOVEVA,

POR

ALFONSO KARR.

TOMO II.

JOSÉ VAZQUEZ-YLL
SABATER
VALLADOLID

VALLADOLID:

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez,
Libreros de la Universidad y del Instituto.

1880.

REMOVED

FOR

ALFONSO KARR

1911

CALL ADOR

1911

GENOVEVA.

I.

-nas que entraron fué Rodolfo de Redeuil. Cuando lo anunciaron, tornóse Rosa hácia un espejo, y se pasó la mano por sus prendidos un poco descompuestos. Un movimiento tan natural como lo es el cuidar las mujeres de su tocado á la llegada de cualquiera, fué interpretado por Leon con severidad suma. ¡Cómo! Rosa se cuidaba mas de aparecer bella á Rodolfo que á él. ¡Sus cabellos estaban suficientemente bien peinados para él y no lo estaban para Rodolfo. Así que, no pudo menos de contestar con suma frialdad al amistoso saludo de M. de Redeuil. No obstante, no se movió del lado de Rosa, junto á la que se instaló asimismo Redeuil.

Rodolfo comenzó á hablar de personas á quienes ni Genoveva ni Leon conocian; dijo acerca de ellas cosas probablemente muy graciosas, puesto que Rosa

se reía estrepitosamente; pero ni el hermano ni la hermana pudieron comprenderle, no conociendo á las personas, y permanecieron frios y silenciosos.

La misma Genoveva, aunque bastante turbada de por sí, conoció cuán penosa era la situación de Leon, obligado como se veía á presenciar una conversación particular entre Rosa y Rodolfo. Procuró cortarla, y para esto la dijo á Rosa:

—¿Nos conociste el otro día en los Campos Eliseos?

—Sí, ciertamente, respondió Rodolfo; y aun hicimos, mi prima, madama Haraldsen y yo una apuesta sobre la cual pueden ustedes decidir.

Rosa se puso sumamente encendida.

—¿Y qué apuesta es esa? preguntó Genoveva.

—No; si no es nada, interrumpió Rosa. Es una tontería.

—No importa, insistió Leon, dínoslo; ¿cuál fué?

En la voz y en la fisonomía de Leon se dejaba entrever un vislumbre de autoridad y de cólera. Existía alguna cosa que Rodolfo y Rosa sabían á la vez; alguna cosa que ambos á la par le ocultaban. ¡Existía un secreto entre ellos dos!

Rosa repitió otra vez que no era nada, que era una tontería; pero madama Haraldsen, al oír pronunciar su nombre, se levantó y se aproximó á aquel pequeño círculo.

—Creo, dijo al llegar á su lado, que hablan ustedes mal de mí, y no reparo por lo tanto en interrumpirles.

—De ningún modo, mi querida Octavia, le contestó Rodolfo; es cierto que tampoco hablábamos bien; pero es porque no nos has dejado tiempo para ello; que si no probablemente habiéramos hablado.

Al oír el nombre de Octavia, despertáronse á Genoveva sus recuerdos, y no le cupo duda alguna de que madama Haraldsen fuese aquella misma que tantas lágrimas la había costado; puso se á examinarla

detecadamente, ea tanto que Leon, que la habia visto infinitas veces en casa de M. de Redeuil y en otras muchas, la saludó con el mayor rendimiento. Quizá Leon la saludó con mucha mas espresion de lo que regularmente lo hubiera hecho, á no estar de tan pésimo humor contra Rosa, á la cual no se la pasó desapercibida dicha espresion, si bien no sospechó la causa.

Rodolfo la dijo entonces á su prima que se trataba de su apuesta.

Madama Haraldsen contestó que estaba loco, y lo hizo señas para que callase. Pero Rodolfo, no sabiendo en punto á delicadeza nada mas que lo que enseña la costumbre, siéndole enteramente desconocida la que proviene del corazon, no vió mal alguno en decirle á Genoveva:

—Habia al lado de ustedes un anciano con levita castaña y un jóven con levita azul; y no pudimos saber á punto fijo cuál de ellos pedía, ni cuál de ellos daba limosna al otro.

Rosa sufría estraordinariamente al ver que llegaba á conocimiento de Leon y de Genoveva que ella hubiese sufrido que se burlasen en su presencia de un hombre que los acompañaba y que probablemente seria amigo suyo.

Leon sintio una punzante alegría al ver que por último le ofrecia Rodolfo ocasion de desahogar parte de su malísimo humor.

—Caballero, le dijo, sacaré á V. de dudas: el hombre de levita castaña es un amigo mio: es un hombre lleno de nobleza, de talento y de valor; cuantas bur-las pudieran hacerse de él, no escitarian sino su menosprecio, pero á mí me heririan horriblemente. El era quien daba limosna al otro.

Rodolfo miró con asombro á Leon. Genoveva con-tuvo á su hermano. Rosa se quedó sumamente confusa y abrió la boca para pedirle perdon por su participa-

cion, aunque leve, en la ligereza que producía su cólera: la salida de Leon, aunque un tanto brutal, habia sido hecha con un tono tal de nobleza y de dignidad, que Rosa tuvo lugar de conocer por ello que lo amaba cada vez mas: pero él añadió:

—Es doloroso que estén tan separados de nosotros nuestros parientes, que hallen dificultad en conocer al primer punto de vista á nuestros amigos.

Sintióse Rosa herida por esta reconvenccion directa, y ocultó en el fondo de su corazon las palabras dulces cercanas ya á ser articuladas por sus lábios. Hubo un momento de silencio que madama Haraldsen fué la primera á romper. Preguntóle á Rosa si no cantaba. Rodolfo apoyó la peticion de su prima con algunas galanterías, y suplicó á Rosa que cantase con él un nocturno que ya habian cantado juntos en otra ocasion.

Genoveva dirigió á Rosa una mirada suplicante pidiéndola que no accediese. Pero Rosa se hallaba ofendida y contestó afirmativamente.

Cuando se levantó y atravesó el salon conducida por Rodolfo, sin dirigir á Leon una palabra siquiera, sin mirarlo, creyó este que le arrancaba Rosa el corazon.

Se levantó y salió de la sala; Genoveva lo siguió y lo detuvo en una pieza que precedia á la antecámara.

—Leon, le dijo, ¿á dónde vas?

—Me marchó, respondió este; ya no puedo permanecer aquí por mas tiempo; me ahogo; lloraria ó mataria á alguien.

—No te irás, le respondió Genoveva, yo te lo suplico; estás ofuscado; tranquilízate; tomemos un momento el aire en esta ventana. Rosa se ha enfadado contigo; has estado muy duro; te ama; la he observado durante toda la noche, y estoy segura de que te ama.

Los dos hermanos permanecieron durante algun espacio en la ventana.

Modesta entró y se quejó de que se la iba haciendo tarde para poner la mesa en el comedor donde se hallaban.

Genoveva le dijo con la mayor dulzura á Leon:

—Vuelve á entrar en la sala y cree en lo que te he dicho; yo me quedo para ayudar en algo á Modesta.

Leon obedeci6 á su hermana, tanto por no abandonar el terreno á Rodolfo, cuanto por inquirir en los ojos de Rosa si por acaso se habria engañado su hermana.

Rosa permanecia aun al piano con de Redeuil; acababan de terminar su nocturno, y los colmaban de estrepitosos aplausos.

Aquellos aplausos compartidos entre ambos, volvieron á llagar el corazon de Leon.

No se aproximó á Rosa y se mostr6 sumamente solícito con madama Haraldsen.

Rosa se apercibi6 de ello y se qued6 meditabunda; no oia ni una palabra de cuanto le decia Rodolfo, y Leon, que no la perdía de vista, atribuy6 su aire pensativo á las palabras que la dirigia de Redeuil.

Suplicaronle á Leon que tocase el violin; al principio se escus6, pero inmediatamente despues tom6 su violin con solicitud; queria obtener ante Rosa un éxito que no la perteneceria; queria vengarse de los aplausos que habia compartido con Rodolfo.

Toc6 con estraordinaria espresion y energia; todos se hallaban conmovidos y trasportados. ¡Oh! ¡cuán orgullosa y feliz hubiera sido Rosa si se hubiera apresurado él á decirle de la propia suerte que lo habia hecho otras veces:

—Querida Rosa, vengo á rendir á tus diminutos pies esos aplausos á los que me es preferible una sola de tus sonrisas.

Pero pasó al lado de ella sin mirarla siquiera, y volvió á colocarse al lado de madama Haraldsen.

Los amantes tienen la original costumbre, cuando se creen en presencia de un rival temible, de palidecer inmediatamente en lugar de entablar con él una lucha de agasajos, de galanterías y de finura, de arrugar el entrecejo y de retirarse á un rincón mudos y ceñudos, ó de prorumpir en durezas y en importunidades contra la mujer cuya preferencia reclaman; y este papel lo ejecutaba Leon á las mil maravillas. No obstante, Rosa no pudo resistir al deseo de desbaratar la especie de aparte que tenia entablado con madama Haraldsen, y se acercó á hablar á dicha señora seguida de Rodolfo.

Habia bastante gente en la sala para que pudiesen ser observadas ni comprendidas estas diversas evoluciones; bien que en asuntos remejantes saben usar las mujeres de una maravillosa estrategia.

A este tiempo mismo entró Genoveva tan pálida, que madama Haraldsen la preguntó qué era lo que tenia.

Genoveva respondió que habia sentido frio, y el grupo volvió á quedar formado de la propia suerte que lo habia estado al principio de la noche.

La pobre Genoveva no espresó que habia sido en el corazon en donde sintiera el frio, y que ese frio era de los de la especie del que hace experimentar la hoja de una espada.

Sea que al hablar á Modesta hubiese conservado un acento de mando que hubo de herir al ama de M. Chasmiar, sea mas bien que esta se hallase poseida contra la tercera ó cuarta generacion del ódio que habia profesado á la pobre Rosalia Lauter, accedió á que la ayudase Genoveva, y hablando de unas y otras cosas, dijo:

—M. de Redeuil está muy enamorado de la se-

ñorita Rosa, y aun no sé si la hebre ya pedido al señor.

—¡Cómo! exclamó Genoveva, ¿acaso hay ya tratado algo acerca de esto?

Modesta que no sabia absolutamente nada, tomó un aire de discrecion y de reserva, añadiendo en seguida:

—*Será* un matrimonio muy igual; espero que el señorito Alberto no tardará en efectuar otro por lo menos semejante, porque su posicion le permite elegir, y habrá muchísimas señoritas á quienes parecera muy amable, y que se pasarán sin embargo sin marido, á no ser que le lleven doscientos mil francos, segun él mismo dijo la última vez que comió aqu; es lo menos que necesita.

Genoveva entró en la sala. Hé aqui la conversacion habida en aquel reducido circulo, compuesto de madama Haraldsen, de Rodolfo, de Genoveva y Leon.

No habia palabra alguna que fuese pronunciada sin intencion marcada. Unicamente madama Haraldsen no era llevada sino por un movimiento espontáneo de coqueteria natural casi inocente. Pero Rosa queria herir á la vez á Leon y á madama Haraldsen, de quien le creia muy ocupado.

Genoveva, aun cuando de natural muy bondadoso, no habia olvidado á *Octavia*, ni menos aun la cifra del álamo; además, las pérfidas confianzas de Modesta la habian agriado.

Rodolfo trataba de recuperar sobre Leon la ventaja que le habia quitado el violin de este, y Leon no perdonaba ocasion alguna de atacar á Rosa y á Rodolfo.

Genoveva fué la primera que quiso hablar de los nuevos amores de Alberto; para causar alguna mortificacion á madama Haraldsen, y la dijo á Rosa:

—Hemos tenido noticias de Alberto; es la carta mas estravagante que puede imaginarse. Está loco,

enamorado de una muchacha, actriz; nos dice que es su única pasión verdadera, y que hasta ahora no ha sabido inspirarle las demás mujeres sino caprichos pasajeros.

Si Leon no se hubiese hallado tan preocupado, no hubiera podido menos de admirarse de todo lo que habia deducido su hermana de la carta de Alberto.

ROSA.

¡Hay gustos tan singulares!

LEON.

Todos los apruebo, y nunca me ocurrirá disgustarme porque obtenga otro hombre alguno preferencia sobre mí: generalmente suele ser el fundamento de ello alguna necedad tal, que no puede desconsolar ni enorgullecer á nadie.

RODOLFO.

¡Monta V. á caballo, á lo que creo, caballero Leon?

LEON.

Sí, caballero: ¿y V?

RODOLFO.

Creo que iba á caballo la última vez que nos encontramos.

GENOVEVA.

(Hace seña á Leon significándole que por esto mismo es por lo que le hace la pregunta)

RODOLFO.

¿Quién es quien le vende á V. los caballos?

LEON.

Yo no compro caballos.

GENOVEVA.

Rosa, ¿has visto la nueva pasion de tu hermano? Se llama Eleonora; trabaja en el teatro de Porte Saint-Martin.

ROSA.

Sí, es verdad; y es muy bonita.

GENOVEVA.

Muy bonita, en efecto.

Aquí las dos mal intencionadas niñas, cada una de ellas con interés diferente, están admirablemente de acuerdo para atormentar á madama Haraldsen: hacen el elogio de todo cuanto á esta la falta. Madama Haraldsen, por muy bonita que sea, tiene mas viveza y gracia que belleza positiva, y pierde estraordinariamente examinándola en detall; tiene escasísimo el cabello, dientes medianos, los brazos delgados, la frente un poco chica, la nariz ligeramente levantada.

ROSA.

Eleonora tiene un pelo negro hermosísimo.

GENOVEVA.

No encuentro nada tan gracioso como el pelo muy espeso. ¡Y qué brazo tan bonito!

ROSA.

No es seguramente uno de esos brazos delgados y descarnados que tan comunmente se ven. Mucho me gusta su brazo bonito.

GENOVEVA.

¿Has reparado en la nobleza de su frente tan pura y tan espaciosa?

ROSA.

Seguramente que sí; pero lo que sobre todo me gusta son sus dientes (madama Haraldsen cierra los labios); son dos filas de perlas, tan blancos, pequeños y tan iguales son.

GENOVEVA.

Los dientes constituyen una belleza indispensable; una mujer que no tiene buena dentadura no puede de suerte alguna ser tenida por bonita.

MADAMA HARALDSEN.

Aquí se siente demasiado calor.

ROSA.

¡Oh! ¡su nariz cuán fina y qué recta es! Es de esas

narices en que únicamente se encuentra gracia y nobleza.

GENOVEVA.

Así es que merece mucha disculpa Alberto.

LEON.

¡Ah! es que esas mujeres valen á veces mucho mas que algunas o ras.

RODOLFO.

Eso es conforme de las *otras* que quiera usted hablar.

LEON.

Hay muchas veces en ellas menos astucia y perfidia que en el corazon de tal ó cual señorita admirada por su inocencia y sencillez.

MADAMA HARALDSEN.

Se dispensa muchas veces á las jóvenes defectos y cualidades que no posea: son espejos que reflejan todas las impresiones, y que no conservan ninguna. La cólera que se tiene en contra de ellas es una injusticia; y el amor que por ellas se siente una tontería.

A este punto se dejaron oír algunas notas de música; Rosa esperaba que Leon la sacaria á bailar; pero él juzgó que se hallaría probablemente comprometida por Rodolfo, y además no queria ser el primero en ceder despues de tanto como le habia faltado su prima; así que permaneció inmóvil.

Rodolfo ofreció la mano á Rosa, quien se levantó. Leon se irritó extraordinariamente de una cosa que no sucedia sino por culpa suya, é invitó á madama Haraldsen; pero esta no se hallaba libre, y su caballero se acercó á sacarla.

Leon no se atrevió á invitar á otra mujer alguna; parecíale que invitar á una señora despues de la negativa de otra, era equivalente á decirle: «V. es menos bonita que...»; si ella me hubiese aceptado, no hubiera V. fijado de ningun modo mi atencion; pero como estaba comprometida, á falta de otra mujer, bailo con V.»

Genoveva, que bailaba enferente de Rosa, la dijo: —Rosa, con el alma te lo suplico, háblale á Leon; está desesperado.

Despues de la contradanza se aproximó un quidam á suplicarla á Rosa la siguiente; pero esta le respondió en alta voz:

—No, me la tiene pedida mi primo.

La primera impresion de Leon, al oír estas palabras, fué una alegría excesiva; pero recordó su compromiso con madama Haraldsen, y vió que no podria aprovecharse de la buena intencion que habia dictado la mentira de Rosa.

Su posicion era sumamente embarazosa; no podia dejar de bailar con *Octavia*, y no obstante, al bailar con Rosa le privaba de una explicacion por la que hubiera dado la mitad de su vida; por otra parte, era comprometer de un modo muy singular á su prima á los ojos de aquel á quien se habia negado.

—¡Dios mio, Rosa! dijo, lo siento en el alma, pero...

Quizá algunas frases de ternura hubiesen desarmando á Rosa; pero habian resonado los primeros compromisos, y madama Haraldsen vino á ellos y dijo:

—Es preciso, caballero Leon, que venga á buscarlo; ¡tendré suficiente poder para llevármelo á V. conmigo?

Rosa volvió los ojos hácia otro lado y se sentó; Leon fué á ocupar con su pareja un puesto.

Rosa estaba exasperada; no hallaba disculpa alguna para Leon; habia dado un paso que no habia sido aceptado; se veia humillada por madama Haraldsen, y no bailaba; no parecia sino que la habian postergado á los siete ú ocho mascarones que habian encontrado pareja.

Leon tenia fijos en ella los ojos y procuraba encontrar una de sus miradas; pero Rosa inflexible no miró ni una sola vez hácia su lado. No hizo sino embrollar la contradanza apresurándose en cuanto se concluyó á ir á invitar á Rosa; pero ya lo habia sido por otro.

—¿Y para la siguiente?

—Tambien.

—¿Y para la otra?

—Igualmente.

Leon se retiró á un rincón de la sala en el que encontró á Genoveva.

—¿No bailas mas? la dijo:

—No; estoy cansada y me duele la cabeza.

—¿Quieres que nos vayamos, y te lo agradeceré en el alma?

—Con mucho gusto.

Genoveva fué á despedirse de Rosa, la cual la preguntó:

—¿Has visto por ventura al objeto de la pasión de Alberto?

—No, la contestó Genoveva; ¿y tú?

—Tampoco.

II.

Alberto à Leon.

«Vamos al caso; en tanto que te escribo, se me hará el tiempo mucho menos largo. Ignoro, mi querido Leon, cuándo recibirás esta carta; te escribo á la luz de una bugia, en un parage del cual quizá no vuelva á salir nunca.

»Me encuentro solo, preso y con hambre. Acabo de reunir un lápiz, y voy arrancando las hojas blancas que encuentro en los libros. Quizá no acabe la línea que te empiezo; quizá escribiré veinte volúmenes; de todos modos, nada hay que se oponga á que intitule lo que escriba, como Silvio Pellico, el célebre cautivo:

Mie prigione.—Mis prisiones.

»Quizá deba comenzar por decirte cómo es que me hallo aquí. Fecho mi carta en Belle-Ile-en-Teire.

»Al llegar ayer por la mañana y salir del interior de la diligencia, ví bajar del cupé una mujer encantadora, tanto como puede serlo una mujer de quien ha estado uno enamorado.

»Interin su marido pagaba un exceso de porte por el peso de su equipaje, y que bajaban las maletas dos criados, me aproximé á ella, mas bien por contrariar

á una especie de comisionista que la hacia la rueda (los pavos comunes la hacen de la propia suerte que los pavos reales), que por capricho mio propio.

—»Cómo, Zoe, ¿con que hemos viajado tan inmediatos uno de otro? ¡Y á dónde se dirige V?

—»Acabo de llegar. Venimos á pasar dos meses á una posesion de la pertenencia de mi marido; ¡me admiro mucho de que me haya V. reconocido!

»Respondila con la frase de rigor... memoria del corazon... huella inefable... despues como una especie de peroracion, espresé gran desconsuelo... ¡Qué desgracia! no podernos ver durante algunas horas...

»A esto hubo de contestarme:

—»Nada mas fácil: esté V. á eso de media noche en tal parte...

»Llegó en esto el marido: no respondí palabra, y me separé, sin haber podido dar la menor excusa...

»¡Dios mio! tengo hambre, por lo menos debe ser ya medio dia...

»Detengámonos un momento; estoy haciéndome el fátuo contigo, y esto es ridículo; hablemos en verdad; una mujer en carruaje en Belle-Ile-en-Terre, en otro departamento, una mujer en cuya casa es uno introducido á media noche, cuando en otras ocasiones no podia verla sino de dia, es casi lo mismo que si se tratara de otra mujer, ¡y es una cosa tan bonita *otra* mujer!

»Hablando con exactitud, todas las mujeres son *la misma*; la variedad existe únicamente en las circunstancias.

»Llego pues á media noche á la puerta indicada; llovía á cántaros; abren; era la misma Zoe; tiene una doncella nueva de quien no se atreve á fiarse; será preciso que me vaya antes de que amanezca, á las cinco de la mañana; perfectamente.

»A eso de las tres de la mañana me dormí; horriblemente mal; dos cosas hay que no perdonan las mu-

jeros: el sueño y los negocios. Felizmente el carruaje habia fatigado tambien á la hermosa (¡qué hombre tan modesto soy!) ella se durmió tambien.

»No puedo creer que las personas bien organizadas se duerman nunca del todo: existe en ellas una parte que vela y que las vé dormir. En efecto, siempre que he necesitado levantarme temprano para ir á una cacería... para otra cualquier diversion, me he despertado sin falta á la hora precisa. Pero esta vez se trataba de ir á esponerse á una lluvia fria y de volverme á poner las botas algun tanto premiosas ya de por sí, y mucho mas premiosas aun que las habria puesto la humedad.

»En fin, no me desperté, ni Zoe tampoco, y ya eran las siete de la mañana. La luz penetraba con claridad insolente en la estancia. Zoe me dijo:

—»¡Estamos perdidos!

—»¡Diantre!.., la repliqué, no es nada agradable el verse uno perdido tan de mañana; así medio dormido se presentan muy pocos recursos á mi imaginacion.

»Entre tanto me levanté apresuradamente; pero al ir á ponerme las botas, creí que seria difícil que entraran; mas ¡ay! era imposible; hice esfuerzos horribles; un sudor frio corria por mi frente; los músculos de los pies comprimidos me causaban unos dolores insufribles; los nervios me atormentaban: refregué las malhadadas botas con jabon, eché en ellas unos polvos que hallé en el tocador de Zoe; eché ceniza, carbones para ensancharlas, metí en ellas todo cuanto hallé á mano, todo, escepto mis pies; tomé dos llaves, entré en ellas los tirantes, é intenté un esfuerzo supremo; las venas de mi frente se hincharon tanto que parecian cuerdas en tension; mi fisonomía se puso cárdena; los tirantes se rompieron; caí sobre mi asiento; no habia medio; Zoe, pálida y temblorosa, vino á mí y me dijo:

—»Cállate, no hagas ruido, oigo á mi marido que anda por la casa.

»¡Oh! los maridos ignoran todas las ventajas que poseen. El de Zoe es un sér débil á quien mataría yo de un solo puñetazo; y con todo, la sola idea de verlo entrar me hace latir el corazón, y me siento palidecer, y tengo miedo.—Miedo, ¿de qué?—No lo sé, pero tengo miedo, tiemblo.

»Zoe bebió un vaso de agua y se reanimó. Acabó de vestirse y me dijo:

—»Quédate aquí, no te muevas, no chistes, oigas lo que oigas; mi doncella vendrá á sacarte de aquí.

»Salió Zoe y me dejó encerrado. A estas horas ambos nos aborrecemos. Zoe me perdonaría de muy buena gana su miedo y sus zozobras, porque la vida de las mujeres necesita algo de esto; pero no me perdonará nunca mi lucha ridícula con las botas. Y yo por mi parte la perdonaré menos aun el haberme puesto en ridículo delante de ella.

»Me eché en la cama y volví á dormirme. Acabo despertarme, y me pongo á escribirte. Ignoro el tiempo que habré dormido; pero me muero de hambre. Se me vienen involuntariamente á la memoria todas las miserias de los hombres célebres, y creo que soy mas desgraciado que todos ellos.

»Ya he buscado una araña á quien aleccionar y y de quien hacerme amigo, como Lalande, y no la he encontrado. No tengo tampoco hijos á quien poder devorar como Ugollin.

»Nadie podrá contradecirme en esto. Compadécense de Ugollin porque se vió obligado á comerse á sus hijos. ¿Pues qué había de hacer mas que comérselos, á menos que no hallara mas difícil y triste el no comer absolutamente nada que el comerse á sus hijos? Luego yo soy mil veces mas digno de compasion que Ugollia.

Nadie viene; voy á dividir ahora mi carta en estancias, no para escribirte en verso; creo que no me entregaré á este exceso sino despues de que lleve tres dias de reclusion. Provisionalmente voy á dormir un rato: cualquier tiempo será á propósito para hacer estancias.

• • • • •
» ¡Ah! ¡cuán agradable es el despertar! Parece que han entrado aquí. Me encuentro con un tarro de dulce de grosella, pan y una botella de vino. ¡Vino de Bordeaux! Es una cosa excelente el dulce de grosella; no obstante, el estómago ha calculado muy pronto cuántas rebanadas de pan se necesitan para formar una cantidad de alimento equivalente á un beefsteack.

» Viéenseme á la memoria todas cuantas canciones hablan de libertad, y no puedo cantar: en esta parte soy aun mucho mas desgraciado que todos los prisioneros conocidos. El prisionero de Chilon, los prisioneros de los plomos de Venecia son otros tantos sibaritas; no cantan quizás, pero será porque no tendrán gana de ello; en tanto que yo voy á escribir las canciones de que me acuerdo.

• • • • •
» ¡Oh! ¡cuán bello me parece todo cuanto existe fuera de aqui! Me siento dominado por un amor hácia el campo que hasta ahora me era desconocido, sobre todo hasta semejante grado. Me gustan los bosques y los sordos murmullos; me gustan las praderas, me

gustan los pastores, me gustan los carneros, me gustan los perros, me gusta el lodo de las calles; yo quisiera ser salpicado en la calle Vivienne; desearia ver me apaleado en el boulevard de los Italianos.

»Todo contribuye á entristecerme, todo se conjura contra mi. Es preciso que la habitacion en que me encuentro esté enteramente vestida de papel de color de chocolate. Hay colores tranquilos, hay colores ruidosos (1); los hay alegres y los hay tambien tristes.

»El color de chocolate es un color muy enojoso. Hay suplicios por cuyo medio se podria matar á las personas nerviosas en poquisimo tiempo, y sin embargo nada de esto ha sido previsto por las leyes. Nada de esto me asustaria tanto como una sentencia concebida en estos términos...

—»¿A qué puedo esperar que me condenen? El asesinato es tolerado desde la institucion del jurado. No há mucho que un hermano cortó en pedazos á su hermana; y si bien fué declarado culpable, lo fué con circunstancias atenuantes, ya atendiendo á que era su hermana, ó ya sino á que los pedazos eran muy pequeños.

Un crimen existe solo para el cual no hay que esperar ninguna gracia, ningunas circunstancias atenuantes que admitir.

(1) El autor ha escrito un estenso capítulo sobre tal objeto, en su obra titulada *Einerley*; se halla al principio de segundo volumen y tiene por epigrafe *A las 14 horas de medio dia*, lo cual ha sido suprimido por los impresores. De esto mismo han sacado partido los *vaudevillistas* para escribir un *vaudeville*, que se silbó por espacio de dos horas. Es la única vez en mi vida que he silbado en el teatro.

»El de sacudir un tapiz desde un balcon. No se admite ni aun la prueba del contrario. Hace dos meses que una buena mujer, acusada de haber dejado sacudir á la calle, por el balcon una alfombra á su criada, presentaba las pruebas siguientes:

»Que no tenia balcones á la calle; que no tenia alfombras, ni tenia tampoco criada.

»Sin embargo, fué condenada á una multa y en costas.

»Supongo pues que haya yo cometido un crimen; el único irremisible, es el actual estado de administracion de justicia. ¡Pues bien! la sentencia mas temible seria:

«Condenado á prision.

»Y en atencion á la residencia, será la prision de color de chocolate.»

»Voy á leer: he hallado un libro que quizá me distraiga; asi como así ya casi he agotado todo el papel blanco.

...»Decididamente me fastidia este libro. ¿Pero cuándo vendrán á sacarme de aquí? Porque yo supongo que vendrán á sacarme; ¿y cómo me iré? Esta mañana debí de haber podido ponerme las botas, á no ser porque me fué punto menos que imposible el ponérmelas.

»Tengo hambre y sin embargo no tengo á mano otra cosa que este eterno dulce de grosella. Si llego á verme en libertad, prometo no volver á comer dulce de grosella.

»Esto es sin embargo preferible á que le hubiera dado gana á Zoe de encerrarme en un armario ó en un cajon de la cómoda.

»¡Ah! por vida mia, bé aquí un magnífico expediente para ponerme las botas; no hay nada como la soledad y la meditacion. En cortándoles las cañas

quedarán convertidas en zapatos que entrarán por sí solos.

*
»Tres días después de haber escrito todo el farrago que precede, me lo encuentro en un bolsillo de la levita. Te lo remito.

»Hé aquí de la suerte que terminó mi encierro: hasta la una de la mañana no llegó mi divina carcelera; empero no partí hasta después de las cuatro dadas.

»Esto no obsta para que mi carta vaya fechada en Belle-lle-en-terre, por el ridículo accidente que me acaeció ayer. No había asiento en la diligencia; alquilé un carruaje y tomé caballos de posta. Subo en el carruaje, el postillón cierra la portezuela, y se vá á echar el trago de despedida con sus camaradas.

»Me acuerdo entonces de que se me había olvidado una cosa; abro la portezuela por dentro, bajo, vuelvo á cerrarla para que no incomode á los transeuntes, y corro en busca del objeto que me faltaba. Al bajar la escalera oigo restallar un látigo; acelero el paso, llego á la calle, ¡y ya no estaba allí el coche! El postillón no se apercibió de que me había bajado del carruaje en que me dejó encerrado, y partió.

»Ahora no me queda otro recurso que esperar á que vuelvan el carruaje y mis efectos. Adios. ¿Ha encontrado ya Genoveva mi brocatel naranja y negro?

ALBERTO CHAUMIER.»

III.

Esta vez fué Rosa la que escribió á Genoveva. La decia que nunca hallaria disculpa al proceder de Leon durante la última *soirée*; que le dejaria libre de su juramento, y que ella ya se juzgaba libre del suyo.

Genoveva, que sufría demasiado con la lectura de las cartas de Alberto, corrió sin embargo á casa de Rosa, la estrechó entre sus brazos, la rogó, la suplicó.

Empero Rosa permaneció inflexible. Respondió que ella amaba como siempre á Genoveva; que continuaria queriendo á Leon como buena prima; pero que de suerte alguna lo queria para marido.

—Si ahora es así conmigo, decia, ¿cómo será cuando ya le pertenezca? ¡Me ha humillado!

Esta palabra tranquilizó á Genoveva: comprendió que Rosa no sentia contra Leon sino ese género de cólera reservado esclusivamente para las personas á quienes se ama.

Volvióse á darle á Leon «la buena nueva» pero este á su vez la respondió: Que nada le importaban los sentimientos de la señorita Chaumier; que en el mundo no aborrecia nada tanto como la coqueteria, y que no le cabia la menor duda de que fuese coqueta en un grado poco comun; que el movimiento de coqueteria que le habia hecho durante algunos minutos prestar una especie de atencion á M. de Redeuil, la rebajaba á sus ojos para siempre, etc., etc., lo cual

no fué un óbice para que Leon no saliese una sola vez de su casa, sin que hallara la casa de Chaumier en su camino.

M. Anselmo anunció que iba á ausentarse por algunos meses; que probablemente seria este su último viaje, y que se traeria consigo al baron.

Antes de marcharse recorrió con Genoveva todos los almacenes alhajando el aposento de la señorita d'Arnberg con todo cuanto la parecia rico y bonito.

Genoveva habia compuesto tan perfectamente la levita castaña, que hubiera sido muy difícil dar con el desgarron.

M. Anselmo la dijo:

—Lindisima vecina, es preciso que me haga V. una promesa; tengo ahí una sortija antigua de ningun valor, que quiero que lleve V. en memoria de mi cariño. Deme V. su palabra de que no se la quitará hasta que yo vuelva.

Y sacó del bolsillo de su levita castaña una cajita que contenia una sortija adornada de perlas y con un diamante demasiado grueso para que fuese fino.

Algunos dias antes de marcharse llamó á Leon aparte, y le dijo:

—Querido hijo, no sé á punto fijo cuál es el estado de sus negocios; así es que no me separo de ustedes sin inquietud.

Leon le aseguró que ganaba mucho mas de lo que necesitaban.

La vispera de su partida les rogó M. Anselmo á Leon y Genoveva que permaneciesen todo el dia en su compañía.

Por la noche hizo que le repitiesen todos sus aires favoritos.

Hizo cantar á Genoveva, examinó sus cabellos, su talle, sus manos; la dió algunos consejos acerca de su salud, que dijo le parecia habia sufrido cierta alteracion de algun tiempo á aquella parte, y por último

á media noche se levantó, estrechó la mano á Leon, le dió á Genoveva un beso en la frente, les repitió tres ó cuatro veces que volvería muy en breve, y se separó de ellos.

Por la mañana se oyó parar un carruaje á la puerta, y M. Anselmo llamó suavemente á la puerta de Leon.

Volvió á despedirse de él otra vez, y entró en la alcoba de Genoveva, que dormía profundamente. Su fisonomía estaba tranquila y sonrosada. La contempló durante mucho tiempo, y en seguida bajó la escalera diciéndole á Leon:

—Hasta muy en breve.

A la sazón, muchos de los discípulos de Leon comenzaban á marcharse al campo, y Leon no le habia confesado la verdad á Anselmo al decirle que ganaba mucho mas de cuanto necesitaban.

Comenzaba por el contrario á experimentar sumo disgusto: cada vez que atravesaba los umbrales de uno de sus discípulos, temía que le dijese el criado:

—Se ha marchado mi amo.

Sobre todo, lo que no quería es que experimentase ni observase Genoveva la menor señal de pobreza. Lo que decia Anselmo era exactísimo: se la veía perder por dias el bello colorido de la salud.

Dos años han trascurrido ya desde la muerte de madama Lauter.

Leon y Genoveva se fueron á Fontainebleau. Llegaron el 1.º de Mayo: en igual día habia sido enterrada su madre.

Sus primeros pasos se encaminaron al cementerio; todo se hallaba cubierto de flores; alegres ruiseñores silvestres trinaban entre las madreselvas; pero ¡cuál fué su asombro al apercibirse de que en lugar de la cruz de madera que habian colocado en el sepulcro de madama Lauter, hallaron una ancha lápida de mármol negro!

Sobre la piedra se leía el nombre de Rosalía Laster, y debajo de él muchas fechas, una de las cuales era la de su muerte, y otra la de su nacimiento.

En cuanto á las demás, carecian para ellos de sentido.

La sepultura se hallaba circunvalada por una reja de hierro.

Los dos hermanos se arrodillaron y besaron el mármol que cubria á su madre.

Los ojos de Genoveva tenian un brillo extraño. Le refirió en voz baja á su madre todo cuanto nadie sabia sino ella misma, su amor desgraciado y sus angustias de todos los dias. La decia:

—¡Yo amo á Alberto!

Y sentia algun alivio á sus penas al confiar este secreto que la abrasaba el alma.

Despues se dejó llevar hasta hablar en alta voz y exclamó:

—¡Oh, madre mia, mi buena madre! tu hijo ha respetado tu ultima voluntad; me ha amado y protegido, ha trabajado para mi, ha velado por mi, ha aceptado tu legado de bondad y de adhesion. ¡Oh, madre mia! bendícele y ruega en el cielo por su felicidad.

Y añadió por lo bajo:

—¡Ruega á Dios que agregue á su dicha toda la parte á que he debido yo renunciar! Ruega á Dios que aparte de él los tormentos horribles que yo sufro, y que me llame pronto cerca de ti, y que se haga el ángel protector de todos cuantos amo sobre la tierra con una ternura impotente é inútil.

Leon la miró con ternura y la dijo:

—Madre mia, bendice á tus hijos. Genoveva es mi apoyo y mi consuelo: ruega á Dios que secunde mis esfuerzos y que haga que consiga rodearla de todo cuanto constituye la felicidad de las demás mujeres!

¡Oh, madre mía, bondadosa madre! Rosa nos abandona; hemos llegado á convertirnos en estraños para tu familia, reemplazándonos estraños cerca de ella. Tu hermano y Rosa han olvidado lo que les pediste al morir. ¡Madre mía, nos has dejado solos!

Permanecieron aun durante algun tiempo arrodillados; despues se levantaron y miraron la tumba como si hubieran querido atravesar la tierra con su mirada y contemplar las facciones adoradas de la muerta.

Al fin, abandonaron el cementerio y se fueron en busca de M. Semler para pedirle las llaves de la casa.

A sus preguntas acerca del mármol negro respondió que lo habian enviado con unos hombres que hicieron por si toda la obra, y que dijeron eran enviados y pagados por la familia de la difunta.

Dirigiéronse hácia la casa en que se habian deslizado los dias de su feliz infancia.

Les pareció que se veian trasladados á aquella época de su vida; nada habia cambiado; la yerba circundaba como siempre las losas del pátio, los serbales del jardin estaban floridos, la maleza habia invadido sus plantaciones; las euredaderas, sembradas por si mismas, empezaban á brotar de la tierra. Todo estaba colocado de la propia suerte en las habitaciones.

Hallaron en las paredes los mismos cuadros; en los cuartos de Rosa y Genoveva se veian aun los juguetes de su infancia, las palas y los volantes.

En la sala en que se reunian se hallaban aun los sillones colocados fuera de su sitio, y su número les recordaba cuántos eran entonces.

El de madama Lauter estaba cerca de la ventana, y en el rincon de la chimenea se vela el gran sillón de tapicería en que se echa y se dormia Rosa por la noche cuando era niña.

El reloj, al cual no había vuelto á dársele cuerda, estaba parado en la hora en que abandonó la familia á Fontainebleau.

El piano se hallaba abierto, y Genoveva encontró encima de él todas cuantas piezas cantaba entonces con Rosa.

Dejó caer las manos sobre el clavicordio, y ambos reconocieron la voz del piano, y esta voz les llegó al corazón.

Cantó, y cantó aquella canción que la obligó á cantar su madre un día: *La dicha de volverse á ver*.

Y ambos hermanos comenzaron á deshacerse en lágrimas; porque *no volvian á ver á nadie*.

Leon la dijo á Genoveva:

—Oye, Genoveva; el día que enterraron á mamá, estabas tú sentada allí, y Rosa se hallaba á tu lado. ¿Te acuerdas cómo me prometia amarme?

Y Genoveva agitaba en su memoria cuantos recuerdos de Alberto la asaltaban.

Estas emociones demasiado fuertes la agobiaron escesivamente: se acostó.

Leon fué á sentarse á la cabecera de su lecho; ambos continuaron hablando de lo pasado hasta muy adelantada la media noche; por último, Genoveva cedió al sueño, y Leon se durmió en su asiento, apoyada la cabeza en la cama de su hermana.

Al día siguiente por la mañana cogió Genoveva en el jardín las simientes de las enredaderas que empezaban á germinar, y se fué á plantarlas alrededor del sepulcro de Rosalía.

Al volver á Paris, hallaron una carta de uno de los discípulos de Leon, en que le participaba que suspendía *momentáneamente* sus lecciones, y que le escribiría para designarle el día en que podría volver.

En otra carta le invitaban á Leon á una partida

de recreo con muchos de sus amigos músicos y pintores.

Una tercera le hizo estremecer.

Comenzaba así:

Caballero:

Acostumbrado á dejar á Paris todos los años por ahora..

Pero al final le suplicaba si queria continuar dando sus lecciones en Auteuil, añadiendo al precio de cada leccion el de un carruaje para ir y volver.

Leon, aun cuando ganaba bastante, no se permitia el menor gasto para divertirse. Su placer mas vivo era el hacer de modo que no la faltase nada á Genoveva; en lugar de ir al teatro ó á otra reunion, de las que llaman divertidas, la llevaba á Genoveva una cinta ó un ramillete.

Si veia en la calle á una mujer cualquier objeto de su prendido que la iba bien, no descansaba hasta llevarla otro igual á su hermana.

Cuando eran invitados ambos para ir á alguna casa, pensaba con ocho dias de antelacion en el traje de Genoveva, abrumándola á preguntas:

—¿Tienes todo lo que necesitas? ¿Se hallan en buen estado tus zapatos de raso? ¿Tendrás un vestido conveniente?

Nunca, por bueno que estuviera el tiempo, la dejaba volver á pié de un concierto ó de un baile. Era preciso que llevase al baile el ramillete mas lindo y las cintas mas nuevas.

En cuanto á él, aun cuando naturalmente le gustaba vestir bien, y fijar en sí las miradas de las mujeres, se contentaba con ir solo decentemente; es decir, con un traje sencillísimo. Tenia prendas que hubieran podido citarse como

Ejemplos de longevidad

en la época del año en que los periódicos, que no saben de qué hablar, entre dos legislaturas de las cámaras, inventan todos los días para llenar sus columnas noticias de centuagenarios, de lluvias de sapos, de bueyes de dos cabezas y de remolachas monstruosas.

Practicaba una notable economía con los guantes, llevándolos negros invariablemente.

Para andar por las calles llevaba botas *remontadas*; y aun algunas veces un ojo bastante perspicaz descubria en uno de los lados de una bota una piccecita que el remendon de al lado le habia puesto con el posible esmero.

Nunca tomaba carruaje, por mucho que distasen unas de otras sus lecciones.

Nunca entraba en el café.

Así que, cuando vino su vecino el pintor á saber su respuesta, le dijo:

—No me es posible ir.

—¿Con que es cosa decidida que no has de formar nunca parte en nuestras escursiones?

—Me lo impiden mis quehaceres.

—Tambien los tenemos todos los demás. ¡Haces mal, porque nos vamos á divertir estraordinariamente!

—No lo dudo; pero no puede ser.

Por la tarde, ya cuando se hallaban comiendo, hubo de recaer la conversacion sobre Leon.

Dijo uno:

—¡Es singular! ¡cómo ha cambiado! ¡El, que en otro tiempo era el jefe de nuestra pandilla; él, cuya alegría nos reanimaba á todos; él, que vestía con tanto esmero!

—¡Cómo ha cambiado!

—¿Ha sufrido alguna pérdida irreparable? ¿Será quizá presa de algun grave dolor?

—De ningun modo; no hace muchos dias que yo me lo encontré, y estaba tan alegre como no lo he visto nunca.

—Pero lo que evita ahora con mas cuidado que nada es el gastar.

—Es extraño, porque él debe ganar.

—Gana mucho.

—Entonces, ¿qué es lo que hace?

—Yo creo que lo guarda.

—¿Acaso es avaro?

—Debe haberse vuelto, por fuerza.

—¡Qué lástima!

—Sí, era un excelente muchacho.

—Preciso será corregirlo.

—Sí, es necesario hacer que se avergüence de su sordidez.

En efecto, algunos dias despues, al entrar Leon en el taller del pintor, halló en él reunidos á cuatro ó cinco de sus amigos.

IV.

El taller.

Los diccionarios pretenden que un taller es

«Un lugar en el que se reunen muchos artifices para trabajar juntos.»

El taller de Antonio Huguet no es precisamente esto. Hallarse en él cuatro jóvenes que disgustados de no poder perder cada uno de por si sino veinticuatro horas por dia, se han reunido y asociado para tener por semejante medio noventa y seis horas á su disposicion.

Se levantan por la mañana, hora mas ó menos temprano. Están medio adormilados; empero no es posible que puedan trabajar si no beben una gota de rom. ¡Oh, si no hay rom!

—¡Rapaz! ¿dónde está ese rapaz? Rapaz, ¿en dónde estás?

Entonces se vé levantarse de un rincon en donde dormia á un muchacho de unos catorce años, con los cabellos escesivamente largos y un casquete griego que le cubre media cabeza; viste una blusa gris, cuyo color ha elegido para que disimule mejor las manchas.

El rapaz vá en busca del rom. El rapaz pide dinero.

Apenas está en la calle, cuando ya vuelven á llamarlo.

—Oye, ya que sales, yo no tengo cigarros.

El rapaz vuelve al cabo de hora y media; lo confunden á regaños.

—Tú eres causa de que perdamos nuestro tiempo

El rapaz, que conoce bastante á fondo el disgusto de aquellos señores, no se toma la menor pena. Le predicen que morirá en un cadalso.

El rapaz arregla las paletas.

El rom se ha bebido.

—Vamos á trabajar, dice Antonio.

—¡Ah! ¡si fumásemos una pipa!

—Si, con eso se nos escitarían las ideas.

Acaban de fumar la pipa.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Diantre! dentro de media hora tendremos ya que desayunarnos y dejar de trabajar, y no hay cosa que me fastidie tanto como interrumpir el trabajo.

—Creo que lo mejor que podremos hacer será no ponernos á trabajar hasta despues de habernos desayunado.

—Hé aqui ya una mañana perdida.

—¡Y todo por culpa de ese infame Gargantua!

—¡Bribon de Gargantua!

—Gargantua es nuestra ruina.

—Propongo que se queme á Gargantua.

—Que se le crucifique.

—Que se le diseque.

—Que se le empaje.

Gargantua no se altera lo mas mínimo; le manda que vaya en busca del desayuno.

—¿Qué vamos á comer?

—Yo no sé.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

Gargantua vá á sentarse á un lado. Despues de una larga discusion, se decide que están á fines de mes, y que la caja se halla casi vacia. Se almorzará pan á discrecion y queso de Italia; y en cuanto á comer, se hará una comida formal, una comida regular. El uno encarga á Gargantua que el queso sea craso, y el otro que no lo sea, y ambos le amenazan con apalearlo si no obedece. Gargantua no fija la atencion en lo que le dicen.

Al cabo de una hora corta vuelve con el queso de Italia.

Almuerzan y vuelven á fumar otra pipa. Vamos á trabajar.

Los cuatro amigos guardan silencio.

¿Acaso no se prentará pretesto alguno para no trabajar?

Hé aquí uno de ellos que siente frio. Y en efecto, el taller es grande; ha escarchado aquella noche. Un poco de fuego dilata el ánimo.

—Es preciso encender lumbre.

—¿Y con qué la hemos de encender!

—¡Ay, es verdad! ¿con qué?

—En el desvan hay un baul viejo.

—¿De quién es?

—Yo no lo sé.

—Ni yo.

—Es un baul desechado.

—Un baul que nos estorba estraordinariamente.

Encienden fuego, se sientan en rededor de él; fuman otra pipa, hablan y cantan.

—Vamos; ahora ya, pongámonos á trabajar.

—¿Qué hora es?

—Está parado el reloj.

—Es preciso darle cuerda.

—Gargantua, vé á preguntar la hora.

Esta vez está fuera cinco largos cuartos de hora.

—Ya no merece la pena de trabajar antes de que venga el modelo.

—Yo voy á afeitarme. Así no me quedará ninguna otra cosa que hacer hasta comer, y trabajaré sin distracciones.

El modelo tarda aun en venir dos horas; lo colocan.

—Con tal de que no venga algun importuno, algun ocioso...

—Detesto de muerte á los ociosos.

—Es la polilla de los talleres.

Y todos van repitiendo sucesivamente:

—¡Con tal que no venga algun ocioso!

Pero al propio tiempo que dicen esto, vuelven los ojos hácia la puerta, y no seria aventurado el creer que la llegada de un ocioso colmaria los votos de todos.

—Gargantua, vé á limpiarnos las botas.

—¡Oh! antes echa lo que reste del baul en el fuego.

—Quizá haya aun carbon de piedra en el sótano.

—Gargantua, baja á ver á la cueva.

En efecto, encuentra algunos pedazos de carbon.

—¡Gargantua, las botas!

—Toma, irás á llevar esta carta.

—Y esta.

—Sacudirás mi levita.

—Darás cuatro escobadas en mi cuarto.

Gargantua abre la boca, y todos gritan:

—Callad, que hable Gargantua.

—Habla, Gargantua.

—Que se suba sobre una silla.

—No, sobre aquella tabla.

Impelen á Gargantua sobre una tabla adherida á la pared, seis pies de altura, y le invitan á que hable.

Gargantua espone entonces que no puede hacer tantas cosas á la vez, que se embrolla su memoria, y que se siente muy cansado.

—Cómo, Gargantua, hijo mio, ¿has creído por ventura que habrias de llegar á ser un gran pintor de otro modo que á costa de mucho trabajo y de fatigas sin número?

Bajan á Gargantua.

—Vamos, á trabajar.

—Es preciso cerrar la puerta.

—Y poner encima de ella que no estamos; de ese modo no se estarán dos horas llamando; nada hay que me disguste tanto como el estar oyendo llamar.

—¿Dónde está el clarion?

—Es imposible dar con el clarion; Gargantua lo habrá perdido; Gargantua vá á morir si no encuentra el clarion.

—¡Ah! ¡aquí está! escriben en la puerta:

«NO HAY NADIE.»

—¡Ah! alguien sube; ese debe ser algun desocupado.

Y cada cual abruga con vehemencia la esperanza de que sí lo será.

—Esto es insufrible; así no se puede hacer nada.

—¡Nada!

—Absolutamente nada.

Ya han dejado las paletas y los tientos.

—¡Ah! se detienen mas abajo.

—¡Ah! tanto mejor, esclama tristemente el taller.

Cierran la puerta.

Antonio, al dirigirse á su sitio, mira el lienzo colocado en el caballete de Carlos Mithois.

—Gargantua, ven aquí á recibir una reprension bien merecida; ponte enfrente del lienzo de Carlos. Escucha, Gargantua, pronto hará dos años que te ejercitas

en los primeros elementos de la pintura; todos los días pintas de negro mis botas. Sin embargo, veo que vas siguiendo muy mal camino, que no estudias bastante á los maestros; observa bien á Cárlos. Tú limpias mis botas, y por poco que ande durante una hora ó dos en el polvo ó en el lodo, ya maldito si parece que lo han sido: el lustre no tiene brillo y está manchado; ¡pues bien! mira el lienzo de Cárlos; sus soldados han caminado durante toda la noche; dan una sangrienta batalla, pisan sobre polvo, sobre lodo, sobre sangre, y no obstante, sus zapatos se ostentan negros y brillantes. De ese mismo modo es como yo quisiera que embetunases mis botas. No me cansaré de repetirtelo, Gargantua, estudia á los maestros.

Nocturna versate manu, versate diurna.

Durante el anterior discurso de Antonio, se habia colocado el taller delante del caballete de Cárlos, y la peroracion fué acogida con prolongadas carcajadas.

En este instante entró Leon.

—¡Cuánto nos alegramos de verte!

—Aun cuando nos haces perder tiempo, estábamos dispuestos á trabajar como tigres.

—Y esto no nos sucede tan á menudo, que no miremos como preciosos estos instantes.

Un poeta, cuyo nombre no recuerdo, ha dicho hablando de la vida:

Se despierta y levanta;
y se viste y se vá;
vuelve y almuerza y come;
se acuesta y duerme en paz.

A la nuestra es á la que se aplicaria con mayor exactitud esta definicion. Pero nosotros hemos cambiado esto: trabajamos.

—Pero, espuso Leon, ¿quién ós obliga á que suspendais vuestras tareas? Gargantua vá á darme una pipa, la fumo, y en seguida me marcho. No traedme á hablaros ni de haceros hablar. Espero solo á que sea hora de ir á dar una leccion cerca de aqui.

—No importa: vamos á hablarte con seriedad, porque asi conviene á tus intereses. Te haremos el sacrificio de nuestro trabajo de hoy.

—Si, se lo sacrificaremos.

—Nada hay que deje de hacerse en obsequio de la amistad.

—¿Quereis hablar, interpuso Leon, del servicio que os hago?

—¿Qué servicio?

—El de impedirnos que trabajéis, el de ocasionaros un pretexto honroso para no trabajar.

—¡Oh, virtudes desconocidas! ¡Oh, injusticia de nuestros contemporáneos!...

—¡Es igual! por esto no ha de amenguarse nuestro celo.

—Gargantua, las pipas.

Levantóse Gargantua, y sin hablar palabra se colocó ante su amo, esperando una orden mas detallada.

Su amo le dijo, haciendo intermediar de orden á orden un instante de meditacion:

—Le darás:

Fatmé, á Lefeoch.

La *Abrasa-Galillos*, á tu maestro.

La *Rotschild*, á Mihois.

El *Etna*, á Leon.

Sardanápalo, á Edgar Sagan.

Los *Cinco-liares*, al modelo.

Y tú te reservarás la *Liliputiense*.

Y Gargantua se dirigió á una especie de armario pequeño en el cual se hallaban colocadas las pipas cada cual debajo de su etiqueta.

Cada una de ellas habia sido solemnemente bautizada á su entrada en la casa, y se la habia aplicado un nombre segun una particularidad cualquiera que la distinguia.

La *Rotschild* era una pipa de espuma montada en plata.

La *Sardanápalo* tenia una preciosa boquilla de ámbar amarillo.

Las *Cinco-lias* podia contener media onza de tabaco.

Fatmé era una pipa turca.

Gargantua ejecutó escrupulosamente las órdenes que le habian sido dadas, y por una distincion particular, llenó por si mismo la pipa de su amo.

Cuando se hallaban ya todos fumando, Antonio Huguet tomó la palabra.

—Leon, estás dando mil disgustos á tus amigos; tienes un vicio que nos ocultas. La presente sesion tiene por objeto el hacerte confesar tu vicio, para que lo compartamos si es que por acaso divierte, ó para obligarte á que lo dejes, si acaso no.

¡Tú ganas dinero, pero mucho dinero! ¿Qué es lo que haces de él?

Leon sintió enrojecérsele hasta las orejas, aunque no porque pudiera enfadarse por semejante broma; estaba muy al contrario acostumbradísimo á recibirlas. Pero por nada en el mundo hubiera querido hablar, ni dejar que se hablase de su hermana. La costumbre que tenian aquellos jóvenes de convertirlo todo en broma, le hacia avergonzarse de su buen comportamiento.

Quizá habia tambien algun otro entre ellos que ocultaba asimismo algun buen sentimiento, con no menos hipocresia que Leon.

Un provinciano que se hubiera visto colocado de súbito en medio de aquellos jóvenes, se hubiese creido al escucharlos en una caverna de bandidos.

Nada era mas comun que el oír hablar de estrangular á los tios que se retardaban en el envio del dinero; de hacer hervir en aceite á los propietarios demasiado exactos en enviar un recibo, etc., etc.

Huguet continuó:

—En otro tiempo nos honrabas; sostenias nuestro crédito decaído. Al ver entrar en nuestra casa un caballero bien trajeado, un dandy, nos respetaba la frutera á causa de nuestras relaciones (*Movimiento*). Tenias uno de esos *esteriores* que le es á uno embarazoso y costoso el sostener, pero que gusta mucho verlo en los demás. (*¡Muy bien, muy bien!*)

El orador guardó silencio un momento y dió algunas chupadas á su pipa. Todo el auditorio inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Leon se levantó exclamando:

—¡Estás loco!

—¡Ah! prorrumpió Antonio Huguet, hé aquí lo que son los hombres; no es uno cuerdo cuando aprueba ó comparte la locura de los demás (*Movimiento de aprobacion*); pero no esperes de nosotros tan baja adulacion; somos tus amigos, y ante nada retrocederemos hasta probártelo. (*¡Muy bien!*)

¿A dónde se ha ido aquella elegancia irreprochable? ¿Qué se ha hecho de aquella armonia, de aquella audacia siempre bien medida? ¿Aquellas modas adivinadas con una semana de antelacion? ¿A dónde está nuestro Leon? El Leon que fué siempre el primero en llevar los chalecos muy cortos y los cuellos muy estrechos.

*Quantum mutatus ab illo
Hector qui redit exuvius inductus...*

¡Cuánto dista de aquel Héctor que vuelve cubierto con los despojos de Aquiles! Mas bien parece en efecto cubierto con los despojos, aunque no como Héctor,

con los despojos gloriosos, sino con los que llevan al hombre ignominiosamente los ropavejeros (*que continúe*).

—¡Ah! por vida mía, exclamó Leon, que se esforzaba por ocultar su disgusto, no hay duda que os sienta bien á vosotros el haceros los esquisitos en punto á la manera de vestirse. Vosotros, que los domingos no hacéis otra cosa que poneros las blusas del revés.

—¡Hablad mas respetuosamente al tribunal!

—No acepto su competencia.

—El tribunal se declara competente. (*¡Silencio, silencio!*)

Y en efecto, señores, ved en qué traje ha osado presentarse ante nosotros el acusado, aquí, en el templo del gusto; aquí, donde no conocemos otro Dios que *lo bello*.

—Vuestro Dios, interrumpió Leon, no es como el nuestro: no os ha hecho á imagen suya.

El acusado agrega el cinismo de la espresion al del traje.

—Empero no me dejaré intimidar seguramente por sus furoros. Conozco la importancia del mando que me ha sido conferido. Estamos aquí por la voluntad del pueblo, y no abandonaremos nuestros puestos sino á la punta de las bayonetas. ¡Tomad mi cabeza!

(*¡Bien, muy bien! agitacion.*)

¿En qué traje, repito osa presentarse ante nosotros el acusado? Un frac raído, cuyas costuras blanqueadas por el tiempo, se hallan mal teñidas con tinta.

Tal cual nuestros cabellos nuestras ropas blanquean. (Risas.)

¡Y es de nosotros de quienes se trata de abusar con tan groseros subterfugios! ¡De nosotros, que hemos inventado los cuellos para la camisa de papel do

cartas! ¡Y el arte de salir tres con dos pares de guantes! Y ese sombrero, ese sombrero desformado, ese sombrero tan desalisado como una gorra de pelo, ese sombrero que se avergüenza de sí mismo. Ese chaleco y ese pantalon, que, segun la oportuna espresion de J. B. Rousseau,

Rujen de espanto al verse reunidos,

ó por mejor decir, que se niegan á ir reunidos y se separan con horror.

MITHOIS.

Pido la palabra.—Llamo la atencion de la cámara sobre las botas del inculpado.

ANTONIO.

En efecto: ¿qué botas, señores, qué botas! ¡Ah! no puedo menos de participar del disgusto de un antiguo poeta francés (Ronsard), que decia:

*Combien je suis marry que la muse françoise
Ne peut dire ces mots comme fait la grégoise,
Ocymore, Dispotme, Oligochronien,
Ma muse les dirait du sang Valésien.*

UNA VOZ.

Al órden.

ANTONIO.

Y yo tambien, señores, yo tambien siento el que la musa francesa no tenga, como la italiana, una pa-

labra particular para designar un calzado tan plebeyo.
(*Bien, bien.*)

¡Qué botas, señores! ¡Ved cuál las lleva torcidas y desformadas! Y es en vano que trate el acusado estrechando uno contra otro sus pies, de disimularnos una pieza que deshonra su bota derecha! (*Murmullos en diverso sentido.*)

¡Oh! ¡oh! ¡ah! ¡ah! ¡eh! ¡eh! (*Numerosas muestras de desaprobacion.*)

UNA VOZ (*que podría ser la de Leon.*)

¡Es indigno valerse de esas palabras!

MUCHAS VOCES.

¡Al orden! ¡al orden!

ANTONIO.

Pido la palabra para una alusion personal.—No es difícil, señores, el no equivocarse cuando no se hace nada; pero quien mas embarazado se encuentra siempre, como vulgarmente se dice, es aquel que tiene la sarten por el mango.

—Perdonen ustedes, señores, exclamó Leon, creo que soy yo aquel á quien tratan de freir.

—Pedimos, dijo el orador, á nuestro amigo, que nos dé la razon de esa negligencia, de ese abandono. ¡Ah! si no tuviera dinero, si estuviera mendigando como nosotros, seria otra cosa. Sabemos respetar la desgracia. Pero no es esa la posicion de nuestro amigo. Le interrogaremos además por qué se escusa de asistir á nuestras partidas de campo, cuando se le convida, cuando nosotros, pobres diablos, sabemos procurarnos siempre dinero para tan graves atenciones.

—Acusado, ¿qué teneis que respondernos?

Leon entonces se hizo el catavera, habló vagamente de mujeres, de desórden, de deudas, de orgías, etc., etc.

Cuando hubiera podido decir:

—Me veis mal vestido; pero á mi hermana Genoveva no le falta nada: gasta calzado de raso del mejor zapatero, y su lindisimo pié no pierde ninguna de sus ventajas; sus vestidos son confeccionados por la mas afamada modista; yo no tengo capa, pero ella tiene lumbré suficiente con qué calentarse; mi hermana Genoveva no echa nada de menos; la repugnante pobreza no se la aproxima, ni marchita su juventud con su mortífero aliento.

V.

Genoveva inventaba todo género de economías para hacerle gastar menos á su hermano, en tanto que Leon, por su parte, estremeciéndose de dolor y de cólera ante la idea de cualquiera privacion que pudiera sufrir, inventaba por ella mil descos, con el objeto de satisfacerse los.

Una noche encontró ocupada á Genoveva en el arreglo de un vestido viejo.

Aquel mismo dia habia visto atravesar por las principales calles miles de mujeres de virtud dudosa, magnificamente vestidas y llevadas en soberbios carruajes arrastrados por troncos inmejorables.

—¡Dios mio! hubo de preguntarse á sí mismo, ¿qué

es lo que la tiene reservado Dios á una criatura buena y virtuosa como Genoveva, cuando de tal suerte permite que se les prodigue á esas mujeres, sin corazón y sin amor, todo cuanto bello y rico existe en el mundo?

Todo el día había estado preocupado por semejante sentimiento.

Por la noche, la ocupación en que vió invertida á Genoveva, acabó de llenar el colmo de su dolor.

Sentóse á un lado y la dijo:

—¿Por qué compones aun ese vestido viejo y usado?

—¡Oh! ya verás, le respondió Genoveva, los buenos oficios que ha de prestarme este verano.

—Sin embargo, siempre serán inferiores á los de uno nuevo.

—Uno nuevo costaría mucho, y nuestros medios...

—¿Quién te ha dicho semejante cosa, hija mía? ¿Participas tú también de la opinión vulgar? ¿Crees por ventura que un artista está destinado á vivir en la miseria y á morir en el hospital? La hermana de un músico debe presentarse á igual altura que las demás mujeres. Yo gano, y gano mucho. Quiero que vayas siempre hermosa y vestida con esmero. Ese vestido viejo se le darás á la mujer que nos sirve. Y ahora, en cuanto comamos, vamos á ir á comprar uno.

Y al pasar por los boulevards, la llevó á tomar helados en Tortoni. A su alrededor se veían muchas mujeres, cuyos carruajes las esperaban en la calle.

Una ramilleteira las vino á ofrecer un ramo preciosísimo.

—¿Cuánto es ese ramo? la preguntó una de aquellas mujeres.

—Diez francos.

—Es muy caro.

La vendedora ofreció entonces su ramillete á las demás: todas le dieron igual respuesta. Pero cuando pasó por delante de Leon, la echó sobre la mesa dos monedas de á cinco francos.

Presentóle ella el ramillete á Genoveva, á quien las mujeres y los hombres que las acompañaban hubieron de mirar con curiosidad.

—¡Qué locura! le dijo Genoveva á su hermano al salir de Tortoni.

—No lo es, la respondió Leon. ¿No eres tú por ventura mas hermosa que esas mujeres que nos rodeaban, y que tenian así como un aire de impertinencia? Se me ha antojado contrariarlas un poco.

Entraron en un almacén de modas, y Leon eligió para su hermana todo lo mas lindo que en él encontró.

En cuanto á él, aquella noche se ocupó en teñir con tinta las costuras de su frac.

VI.



Una mañana llegó Alberto, pálido y con la voz agitada.

Llamó á Leon aparte y le dijo:

—¿Sabes lo que me pasa? Durante mi ausencia, mi oficial mayor, á quien le habia dejado una carta para Eleonora, la ha visto, la ha hecho el amor, la ha agrado, ha vivido con ella por espacio de dos meses, y ha desaparecido, dejando un déficit de 30.000 francos en mi caja. Esos 30.000 francos no me pertenecian;

estoy perdido si mi padre no me auxilia; vengo á buscarte, porque yo no me atrevo á afrontar solo la primera impresion que vá á causarle semejante relato.

Leon no le respondió palabra; se vistió y siguió á Alberto á casa de M. Chaumier.

M. Chaumier comenzó por enfurecerse, y despues concluyó diciendo que no tenia dinero, lo cual era verdad.

Los Redeuil lo impelían cada dia á nuevos gastos; últimamente, lo habían inclinado á que se abonase á medias con ellos á un palco en la Opera, y á otro en el teatro Italiano.

Durante casi todo el invierno le habia hecho que tuviese un carruaje por meses. Todos los domingos habia de desplegar mayor suntuosidad que el domingo precedente.

Rosa, sin pensar en el dinero que podia tener de coste, mandaba hacer á su costurera y á su modista todo cuanto la gustaba en cuantas jóvenes veia.

Modesta contribuia en cuanto la era posible á este género de gastos; estaba orgullosa con la belleza de Rosa, á quien creia haber educado, y por otra parte esperaba humillar algun tanto á Genoveva por la comparacion de los adornos de Rosa con los suyos. Y sin embargo, Genoveva, aun cuando menos rica que su prima, hallaba ocasiones de ser generosa para con ella: si decia Rosa que era de su gusto una cinta ó un prendido de Genoveva, trascurridos algunos dias, recibia otro semejante.

M. Chaumier concluyó por comprender que no habia qué dudar; contrajo un préstamo *in solidum* con su hijo, á pagar trascurrido un largo plazo, pero tambien á intereses sumamente crecidos. Al volver á su casa, le dijo Leon á su hermana:

—Hasta otra vez, ya ha salido Alberto del apuro;

pero es preciso que se apresure á casarse, y á casarse con una mujer muy rica.

Genoveva quedó entonces tristemente sorprendida al ver que aun la restaba alguna esperanza que perder.

Por circunstancias independientes á su voluntad, habia dejado Leon de asistir á una leccion dos veces consecutivas.

El dia en que Alberto vino á buscarlo, contaba con reparar su negligencia; pero no creyó que debia rehusar á su primo el servicio de asistirle contra el primer choque de la cólera paternal.

Así que, al dia siguiente recibió una carta en la que le decia:

«Que comprendian perfectamente que un artista de talento fuese buscado y solicitado por todo el mundo, y que de esta suerte no le fuera posible tener siempre todo su tiempo á su disposicion. Por lo tanto le pedia perdon por el que le habian hecho perder hasta alli, y renunciaban, aun cuando muy á su pesar, á las lecciones que daba, ó por mejor decir, que no daba al hijo de casa. Habian, siempre con un vivo sentimiento, buscado otro maestro, menos célebre, es verdad, pero tambien menos ocupado, y al cual le permitia su oscuridad una asiduidad y una exactitud que, sobre todo en los principios, podia muy bien suplir á un talento superior, etc.»

Nada habia que responder á esto: le presentaban el asunto como concluido, y además habia en la carta una finura mezclada de ironia que ajaba el orgullo de Leon y que no le permitia dar el menor paso.

Algunos dias despues recibió una invitacion para ir á comer á casa de su discipulo de Auteil. Se encerró temprano en su aposento, para preparar, sin que se apercibiese Genoveva, su traje para el dia siguiente; pero esta, inquieta al ver luz en el cuarto de su hermano á la una de la mañana, se levantó y fué á

mirar por la cerradura. Entonces vió ocupado á Leonⁿ en dar con sumo cuidado tinta á las costuras de su frac, segun hacia de tiempo en tiempo; doblar su corbata de seda negra, de modo que no se viesen sus dobleces ordinarios que estaban deslucidos, etc., etc.

Genoveva se retiró sin hacer ruido; en toda la noche pudo conciliar el sueño; acababa de comprender la generosidad y los sacrificios de su hermano; por la mañana no le dijo nada de su descubrimiento; pero al pasar por la pieza, en que se hallaba colocado en una silla aquel frac viejo, por el cual menospreciaban muchas personas á Leon, se inclinó y lo besó con respeto.

JOSÉ VAZQUEZ-YLLA
SABATER VII.
VALLADOLID

La casa de Auteil era sumamente rica. Leon fué perfectamente recibido, empero habia en la manera de tratarlo detalles casi imperceptibles que no por eso dejaban de herirle.

Algunos descuidos de los criados le ponian de manifiesto el verdadero pensamiento que acerca de él tenian los amos, demasiado finos y circunspectos para demostrárselo por sí mismos.

Su asiento en la mesa, cuando á ella se sentaron, no era de los preferentes; pero esto podia muy bien atribuirse á su edad.

De vez en cuando no le servia cualquiera de los criados sino despues que á las personas de la casa, lo cual reprendia la señora con una mirada; pero Leonⁿ

se apercibía del olvido y de la mirada. Muchas veces cuando llegaba, en lugar de anunciarlo por su nombre y en la forma ordinaria, abría una criada la puerta de la sala exclamando:

—Es el músico.

Un día, un criado nuevo, campesino, bastante rústico, traído por M. Sanlecque de sus posesiones de Reims, encargado de entrar el refresco á la sala, después de haberles ofrecido á todos los circunstantes, le preguntó á su ama á media voz:

—¿Hay que darle también al músico?

Ningun mal hubiera habido en esto, si madama Sanlecque hubiera repetido en alta voz y sonriéndose la barbaridad del torpe campesino, lo cual es indudablemente lo que hubiera hecho si se hubiese tratado de alguna persona considerada de todo punto como igual, y respecto de la que hubiera sido una necedad incontestable; empero se puso muy encarnada y le respondió en voz baja:

—Seguramente.

Nada de esto se le escapaba á Leon; siempre alerta, y siéndole muy necesario pensar en Genoveva para haberse de resignar á tantas humillaciones. El, de muy buena voluntad, no hubiera parecido por las casas sino al tiempo de dar las lecciones; pero rehusar las invitaciones que le dirigian, hubiera sido comprometer la duracion de estas mismas lecciones. Anhelaban su asistencia por su talento, y además por hacer que diese mas baratas estas mismas lecciones; tacañerías en que incurren con gusto y especial tacto las personas mas ricas y mejor consideradas.

M. y madama Sanlecque no tenían sino un hijo, jóven de 15 á 16 años, bastante favorecido por la naturaleza, y debía llegar á ser muy rico con el tiempo; pues á la fortuna de sus padres debería agregársele la de dos ancianas tías que habían permanecido solteras.

Solo que como las personas que son muy felices sienten la necesidad de crearse tormentos y disgustos, M. y madama Sanlecque, de comun acuerdo, habian formado para su hijo un plan muy detallado, en el cual se hallaban incluidos dia por dia y hora por hora, desde la de su nacimiento hasta la de su casamiento, y aun mas allá.

Estaban en la persuasion de que no podia existir otro alguno ni mas prudente ni que le hiciera mas dichoso: asi que, cada vez que la voluntad del niño ó los acontecimientos llegaban á desviarlo de él en un ápice, lo que estaba acaeciando continuamente, recibian un disgusto de los mas vivos, y no perdonaban medio alguno para hacer que siguiera sin desviarse por la senda de la buena vida.

Teodoro (presente de Dios) Sanlecque tenia diez y seis años; debia (segun el famoso plan) continuar aun su educacion durante dos años mas: despues viajar otros cuatro años con un preceptor: en seguida de lo cual volveria á Paris, en donde se casaria con la hija de un amigo de M. Sanlecque.

Nos hemos dejado por decir que hasta tal época era preciso que se viese exento de toda clase de sentimiento de amor, y que sus ojos no se fijasen en ninguna mujer: que necesitaba guardar su primera mirada, el primer latido de su corazon, su primer estremecimiento para la mujer que le habian destinado sus padres.

Hasta alli todo habia ido bien, respecto á este punto; pero los demás puntos de la *circiopedia* para el uso de Teodoro Sanlecque habian tropezado con mas inconvenientes. Todo el plan habia sido compuesto por M. Sanlecque, conforme á su modo de ver de hombre de temperamento linfático; empero el jóven resultó nervioso y sanguineo. Lo que habian calculado que le divertiria, le fastidiaba horriblemente; los estudios le eran antipáticos; se asemejaba á un hombre

que pasase su vida entera calzándose botas que le estuviesen estrechas.

Por una enorme concesion, habian sido remplazadas, en equivalencia, las matemáticas por la música, lo cual trastornaba en gran parte los planes.

Es cierto que Teodoro engañaba á su padre, que no era muy fuerte en ellas: habiale persuadido de que sabia ya lo bastante para poder continuar estudiándolas sin maestro; y de vez en cuando fingia dedicarse á la resolucion de algunos problemas, sin que el papá Sanlecque se apercibiese de la mentira.

Así que, un dia que sorprendió á Teodoro emborronando un papel, teniendo apoyada la cabeza entre las manos, etc., le preguntó qué era lo que hacia.

—Medito en la resolucion de un problema.

—¡Ah!

—De un problema de matemáticas.

—Sí: ¿y qué dice ese problema?

—Es muy complicado para V., papá.

—No importa; dime cómo es.

Teodoro que escribia versos, lo cual no hubiera querido confesar á su padre por nada en el mundo, le dijo:

—Hé aquí el problema que me trae sumamente pensativo, pero con el que al fin daré indudablemente. «Si una libra de manteca cuesta tres francos, ¿cuánto costará un pantalon de piel?»

—¡Ah! exclamó el papá.

Ordinariamente suele hallarse una cosa desconocida, con relacion á otras dos desconocidas; pero aquí solo me es conocida una de ellas.

—Te deajo, te deajo.

—¡Ah! ¡por vida mia! exclamó Teodoro Sanlecque; gracias á Dios que *di* con el consonante en *eza* que buscaba «*empleza terneza*;» esto vá divinamente.

Los Sanlecque daban aquel dia una *comida hostil*. Habian convidado á muchos vecinos de las cercanias

á la par que á varios amigos de Paris; se trataba, lo propio que acontece en otras muchas comidas, mas bien que de distraer á las personas que iban á recibir, de abrumarlas con la opulencia de la casa. Asi que se habian *desplegado todas las velas*. Se mostraban pródigos en vajillas, en *maravillas* de porcelana, en botellas de vino de Burdeos que M. Sanlecque sacaba por sí mismo en ambas manos, y cuidaba de contener el aliento para no agitar el fondo; en legumbres y frutas que se presentaban con un año de antelación.

Hay casas en que no se come nada en las estaciones, es decir, cuando está todo sabroso y sazonado, lo cual es una de las mayores necesidades gastronómicas que pueden imaginarse.

Además de que las legumbres son mejores en su madurez, y que ciertos platos delicados necesitan ser anunciados y rotulados para que no se los tome por su gusto por una sola y única yerba sin sabor; existen en la naturaleza armonias en las cuales es una imprudencia el introducir la menor variacion. (De ningún modo quiero escribir con tal motivo veinte páginas, cuyas letras se han adherido á mi pluma al mojarla ahora en el tintero; sacudo por lo tanto la pluma y tomo tinta en otro lado.) Diré únicamente que en las mesas se debe procurar mejor dar de comer á los convidados, que asombrarlos; y que muchas personas al darnos *guisantes verdes* en determinada época, no lo hacen con otra intencion que con la de darnos *guisantes caros*.

Los salones ostentaban una magnificencia summa. Leon pensaba en Genoveva, y no gozaba de aquello que no compartia con ella; pensaba en los muebles de nogal, en el espejo de marco de madera; comparaba con las arañas, con los candelabros dorados y cargados de bugias, el humilde candelero de cobre amarillo y la vela de sebo que alumbraba á Genoveva; pensaba en Genoveva comiendo sola los restos de la co-

mida del día anterior, en la mesita de nogal, y bebiendo mal vino aguado.

Tales pensamientos no le permitieron probar ninguno de los fritos de las segundas entradas. Todos hablaban, la conversacion era viva y animada; algunas veces se dejaba llevar Leon por la gracia de alguna agudeza; pero al instante le parecia entrever la fisonomia triste y pensativa de su hermana, y la sonrisa moria en sus labios mustia y yerta.

Concluida la comida pasaron á los salones. Todas las mujeres se mostraban frescas, sourosadas, felices, y Leon pensó en Genoveva cuyo color habia sido reemplazado por la palidez; pensó en Rosa, la que sin duda alguna no pensaria en él, y en cuyo torno muriposearian probablemente en aquel momento algunos elegantes, como en torno de todas aquellas mujeres que tenia á la vista.

Se retiró solo á una ventana en una salita retirada; abrió las maderas y contempló las estrellas; la noche estaba magnífica.

Asi se dejó arrastrar por sus ensueños; pero no tardó en verse sacado de ellos por los sonidos de un instrumento, un violin; pero lo que en él se ejecutaba no era precisamente música; era una série de posturas nuevas y de aires conocidos; tocó primero:

Todo en el valle es sombra, etc.; prestó atencion y en seguida comenzó por: *Despierta, dormida hermosa*. Siguió atendiendo, y despues de tales intervalos ejecutó: *Venid, venid en mi ayuda, venid, gentil señora*.

Leon no pudo ya dudar entonces de que aquellos aires no eran tocados sino para recordar á alguien la letra de semejantes sonatas, y de que aquello no fuese sino un medio de que se valian para dialogar desde alguna distancia sin llamar la atencion.

En efecto, no tardó en ver aparecer una luz en una ventana enrejada, en lo mas alto de un edificio que dominaba el jardin; el violin, oculto entre las lilas, á

los pies del muro, ejecutó entonces: ¡Oh, Zelia mía! Inmediatamente respondió una voz de mujer, no cantando letra alguna, sino tarareando los aires, cuyas letras conocidas respondían perfectamente á las del violín. Por la locuacidad de la voz, el aspecto de la ventana y sobre todo por el inmenso conocimiento de aires nuevos, y por la vulgaridad de algunos, debía ser aquella mujer alguna modista ó cocinera.

Por lo demás, hé aquí quizá lo que se decían. Era un diálogo sin palabras, pero muy completo y á lo sumo inteligible.

Imposible me es hacer aquí otra cosa que reproducir las letras de las canciones que se dejaban percibir alternativamente.

EL VIOLIN, *entre las lilas.*

Una fiebre abrazadora, etc., etc.

LA VOZ, *á través de la reja.*

Fiad de los hombres en vanas palabras, etc.

EL VIOLIN.

Te amo tanto, te amo tanto...

LA VOZ.

Callad, callad, que no os creo.

EL VIOLIN.

Tú, cuyos ojos me matan...

LA VOZ.

No te daré la rosa...

EL VIOLIN.

Es mi tesoro mi acento...

—Apuesto, pensó Leon, al oír este aire de Gatayes, á que ella no sabe lo que quiere decir. En efecto, la voz cantó otra vez: *No te daré la rosa*

EL VIOLIN.

Si quieres, bella morena,
que esta noche con la luna...

.

—¡Hola! ¡hola! exclamó Leon, el jóven se vá tornando atrevido.

LA VOZ.

Los ojos negros son bellos,
Mas no adoro los azules...

—Ella rechaza, pensó Leon, la calificacion de morena.

{EL VIOLIN.

Largo tiempo corré el mundo

.
Rubias amando y morenas...

—Parece que esto le es igual; efectivamente tiene razon.

LA VOZ.

Han de ser de igual clase los esposos...

EL VIOLIN.

.....El amor no sabe bien
Lo que prohíbe ú ordena...

LA VOZ.

Leon no hubo de reconocer este aire, ni el violin tampoco, porque nó respondió. La voz se decidió á cantar la letra.

Soy criada.

—¡Ah! prorumpió Leon, ya caigo; es del *Diablo á cuatro*; pero en la pieza *criada*, no quiere decir cocinera; lo mismo dá; esto es ingenioso.

Esta vez ya hubo de comprender el violin, porque respondió:

El brillo de la diadema
No atrajo mi corazon, etc.

La voz creyó que debía emitir una duda: cantó:

Mas ¡ay! que quiso engañarme
El que acertó enamorarme...

Esto me recuerda que mi padre, Enrique Xarr, hizo una fantasia para piano sobre el mismo aire de madama Gail, y que despues vi un ejemplar caricaturado de esta suerte por la mano de Herold:

Fantasia sobre el aire: *El que acertó á enamorarme.*

LA VOZ.

Triste razon, rechazaré tu imperio...

EL VIOLÍN.

Si quieres, bella morena,
Que esta noche con la luna,
Este césped..

—Parece, dijo Leon, que el violin insiste.

LA VOZ.

Es tarde, voy con mi madre.
Adios, vida mia, adios...

EL VIOLIN.

Si quieres, bella morena,
que esta noche con la luna,
Este césped...

—Está visto que el violin es obstinado. Lo que es tambien tan evidente como su obstinacion es que está enamorado; halla un indecible encanto en ejecutar estos aires.

LA VOZ.

No hagais ruido, no hagais ruido...

—Parece que vá á bajar. ¿Pero qué es lo que sucede en el jardin?

Resuenan pasos en la arena de los paseos. El violin toca precipitadamente:

.....Estad prevenida,
Que la dama blanca os mira...

—Hablan alto en el jardin; es la voz de M. Sanlecque.

El violin no era otro que el discípulo de Leon; lo obligaron á entrarse.

Al dia siguiente recibió Leon una carta concebida en estos términos:

«Caballero:

»Una cosa que hemos descubierto y nos ha ocasionado el disgusto de ver evadirse aun otra vez mas á nuestro hijo de los planes que habiamos concebido acerca de su educacion, mirando por su felicidad, nos obliga á anticipar la época de sus viajes. Así que, de hoy en adelante, habrá de verse tambien privado por lo tanto de sus lecciones de V. Recibirá á la par que mi sentimiento por ello, la seguridad de mi particular consideracion.

SANLECQUE.»

VIII.

Una mañana llevaron un enorme ramillete para Genoveva; al dia siguiente otro ramillete no menos precioso; al dia inmediato un tercer ramillete con una carta.

Genoveva le entregó la carta á su hermano: leíase en ella:

«Todos los días la veo á V., señorita, y observo que, sin pensar en ello, agrava V. inocentemente males que no puede compadecer, y que nunca deben ser por V. sabidos, etc.»

La carta estaba firmada por un tal Cárlos Merruel, que á continuacion estampaba la direccion de su sobre.

Leon le contestó:

«Caballero:

»V. ha escrito á mi hermana, y esta me encarga le conteste á V.: con esto solo comprenderá cuál ha de ser la respuesta. Mi hermana no recibe ni cartas ni ramilletes de un hombre á quien no conoce. Permitame V. que le añada de parte mia, que es bastante bonita para que se la escriban cartas espresamente para ella. Por lo demas, caballero, ¿á qué viene el pedir V. una respuesta? Podria V. hallarlas de todas las formas apetecibles, de la propia suerte que sus cartas, en la *Nueva Eloisa* de Rousseau; y semejantes respuestas por lo menos serian de un estilo igual al de sus cartas, lo cual ya vé V. que no lo podian esperar de mi hermana, que no se llama *Julia*.

LEON LAUTER.»

IX.

M. Cárlos Merruel á M. Leon Lauter.

«M. Leon Lauter: Usted se permite mofarse de mí, y quizá tenga razon para ello; no obstante, sírvase

usted dispensarme el que pase á esplicarle mi modo de obrar. Este invierno he tenido ocasion de ver muchas veces á su señorita hermana, habiéndome prendado tanto de su aire de dulzura y de candor, como de su belleza. Soy comerciante, y me figuré que no habia de saber escribirle á una jóven una carta capaz de predisponerla en favor mio. Así que, pensando en su señorita hermana, no me ocurría otra cosa que decirle que esto mismo que á usted le digo hoy: «Tengo treinta y cinco años, soy casi rico, amo á su señorita hermana; el mayor deseo que abrigo en mi corazon es el de que sea mi mujer y el de que sea feliz por causa mia.» En mi apuro abrí el libro que pasa por ser el que contiene las mas elocuentes frases de amor, y lo he copiado, tan perfectamente copiado, que segun parece no me cuidé de cambiar el nombre que en tal libro se estampa. Sé muy bien que su señorita hermana no se llama Julia, sino Genoveva; he sabido acerca de ella todo cuanto puede desearse saber, y todo ha contribuido á aumentar mi amor. Hoy por lo menos, ya que mi lenguaje sea sencillo y vulgar, hablo por mi mismo; y le repito: tengo treinta y cinco años, soy casi rico, amo á su señorita hermana; el mayor deseo que abrigo en mi corazon es el de que sea mi mujer y que sea feliz por causa mia. Ahora podrá usted ya contestarme sin remitirme al libro de Rousseau.

»Tengo el honor de ofrecerme, M. Leon Lauter, como etc.

C. MERRUEL.»

X.

Leon le mostró la carta á Genoveva, y la dijo:

—Hoy es ya formal la carta, y es preciso contestar con seriedad. Este M. Merruel me parece un excelente sugeto, muy preñado de *tus atractivos*. ¿Qué quieres que le responda? ¿Le conoces?

—He bailado con él algunas veces este invierno, contestó Genoveva; mi tío lo ha nombrado en mi presencia.

—¡Ah!... ¿y qué te parece?

—Bien, respondió Genoveva con indiferencia.

—Entonces le contestaré que su petición es muy honrosa y que le autorizo...

GENOVEVA.

A nada.

LEON.

¿Cómo á nada? ¿y por qué?

GENOVEVA.

No quiero casarme.

LEON.

Haces mal: si lo que dice Merruel es cierto, y todo

inclina á creerlo, seria un matrimonio tan feliz cuanto para ti podria desearlo. Un marido jóven con una figura agradable (tú eres la que lo has dicho), rico, enamorado de ti, que reconoce su inferioridad y que se halla enteramente dispuesto á vivir ante ti de rodillas, es imposible que aun cuando se le hubiese mandado hacer lo hubieran hecho mejor.

Genoveva no respondió; Leon continuó en un tono mas grave:

—Genoveva, estoy seguro de que mi madre aprobaria este casamiento, y daria por él gracias al cielo. Sé razonable, mi querida Genoveva; me conceptuaré tan dichoso viéndote al fin rica y brillando... Preciso es que sean tan grandes las ventajas que se presentan, Genoveva; de otro modo no me obstinaria hasta este punto ppr una cosa que tantos disgustos ha de acarrearame. ¡Cuán solo y desconsolado quedaré cuando abandones nuestra reducida habitacion, cuya felicidad toda constituyes tú sola! ¡A qué he de hablar de Rosa? porque vendrian á llenar tu corazon nuevas afecciones; tendrás hijos y marido. No necesito acaso triunfar, antes de decidirme á casarte, de un sentimiento extraño, inconcebible. ¡Oh! muchas veces me ha ocurrido pensar en ello: habrá de ser para mí un dia muy cruel aquel en que haya de entregarte á ti, á mi hermana, tan tímida, tan inocente, al amor de un hombre, quizá corrompido por el vicio, y que no sabrá respetar ni esa inocencia ni esa timidez; á un hombre que hoy no es nada, y que dentro de muy poco será mas que yo; á un hombre que podia hacerte llorar, y decirme á mí, á tu hermano, que te ama desde hace tiempo:

—¿Y usted que tiene que ver en eso?

Alberto entró.

Genoveva no se atrevió á decirle á Leon que no hablase ante él de lo que acaccia.

LEON.

Llegas á tiempo; lee esta carta.

ALBERTO.

Me parece bien: ¿y qué dice á esto Genoveva?
Genoveva se inclinó sobre su bordado.

LEON.

Genoveva rehusa.

ALBERTO.

Hago muy mal. Conozco á Merruel; es el mejor sujeto del mundo; cuanto prometa en la carta lo cumplirá; Genoveva escitará la envidia de todas las mujeres. Es muy modesto al decir «casi rico;» Merruel posee mas de ochocientos mil francos.

LEON.

¿Oyes, Genoveva? (Genoveva se inclina aun mas sienta despedazársela el corazon; Alberto no experimenta ni aun esa sensacion de disgusto de que poco antes hablaba su hermano al verla pasar á los brazos de un marido.

ALBERTO.

Querida Genoveva, creo que tú no habrás manifestado hasta ahora sino la repugnancia que toda muchacha cree debe manifestar respecto del matrimonio: te felicito por la oferta de Merruel; es un hombre circundado de redes y de asechanzas por las señoras

mayores y por las jóvenes. En cuanto penetra en una sala ya se están volviendo hácia la puerta los sombreros amarillos de las mamás; cuando baila con una joven, aquella joven le habla de lo parco de sus deseos, de su amor á la vida del campo y por los alimentos mas sencillos. Serás feliz, y harás trinar á todas tus amigas.

Genoveva no fué dueña de prorumpir en llanto. Alberto insistiendo en casarla con otro!

ALBERTO.

¿Qué es lo que tienes, Genoveva?

LEON.

Cuando tú entraste, hacia ya una hora que estábamos hablando de M. Merruel: habíame ya suplicado que dejara de hablarla acerca de este asunto, y la estamos contrariando.

ALBERTO.

Sea, Genoveva; y ya que no quieres que hablemos acerca de tu casamiento, hablaremos del mio.

LEON.

¿Del tuyo?

ALBERTO.

Del mio.

(Genoveva siente pasarla por el cabello un escalofrío mortal; en seguida alza los ojos al cielo para pedirle á Dios fuerza y valor.)

Alberto continuó:

Me caso con 250.000 francos; lo cual no es mucho para restablecer mis negocios, que tan mal parados me dejó el bueno de mi oficial mayor.

LEON.

Yo te creía aun muy enamorado de Eleonora.

ALBERTO.

Eleonora, á fe mía que no sé á punto fijo dónde se halla, así como tampoco mi señor oficial mayor. Ella lo habrá seguido sin duda alguna: no me siento con fuerzas bastantes para luchar con semejante rival: ¡30.000 francos en tres meses! No la habrá rehusado nada, como nada le costaba el dinero: diamantes, carruaje, etc. Yo solo poseía mi amor, y aun de esto no mucho. Me siento muy inclinado al matrimonio; no siento nada absolutamente el abandonar mi vida de soltero: mi mujer habrá de apoderarse con facilidad suma de un corazón que no se halla ocupado por nada: en ella consistirá el haber de conservárselo.

Venia á buscar á Genoveva, porque á ella es siempre á quien recurro en las grandes ocasiones, para que me auxiliase en las compras que voy á hacer. Debía de haber salido conmigo mi hermana; pero cuando la dije que íbamos á venir aquí, cambió de parecer. ¿Está enfadada por ventura con alguno de vosotros? Pero esto no debe causarnos la menor inquietud: es tan voluble Rosa, que lo mejor es estar siempre reñido con ella; hay la seguridad de esperar pronto un cambio, y no debe uno inquietarse por ello en lo mas mínimo.

Hoy es domingo; saldremos los tres, andaremos un poco por las tiendas, y despues os llevaré á casa, en donde comeremos.

El negarse Rosa á ir á verlos exasperó á Leon.

—¡Cómo! En lugar de buscar Rosa ocasiones para tratar de disculpar su *conducta*, posteriormente á la última reunion en que se hallaron, los evitaba, los menospreciaba! Pretestó que tenia que hacer; dijo que no podria acompañar á Alberto; pero que le confiaba á Genoveva, rogándole que por la noche la acompañase á su casa.

GENOVEVA.

Pues nada habias hablado de semejantes quichaceros.

LEON.

Sin embargo, no por eso son ni menos ciertos, y sobre todo menos inevitables.

GENOVEVA.

¿Y ni aun podrás ir por la noche?

LEON.

Imposible.

GENOVEVA. (*En voz baja.*)

Yo te lo ruego, Leon.

LEON. (*En voz baja.*)

¿Sabes, Genoveva, que nunca sé negarte nada?

GENOVEVA.

Adios, Leon.

Y al bajar la escalera se apretaba Genoveva las manos exclamando interiormente:

—¡Ah, madre mía, mi querida madre! ¿por ventura han de ser desgraciados tus dos hijos?...

Siguió en pos de Alberto maquinalmente, sin saber lo que se hacia, aturdida y con una nube ante los ojos.

En las tiendas no veia nada de cuanto la mostraban; dejaba que la dirigiesen dos veces una misma pregunta, y respondia indistintamente.

Cuando llegaron á casa de M. Chaumier, Rosa, que habia rechazado con enojo la proposicion de ir á casa de Leon, se levantó á pesar suyo cuando oyó llamar; tan segura estaba de verlo entrar con su hermano y su prima.

Pero cuando la dijo Alberto que Leon *no habia querido* ir, aun cuando Genoveva le interrumpió, é interpuso *no habia podido*, afectó la mas profunda indiferencia, y no pronunció ni una sola vez su nombre durante toda la comida.

Despues de comer intentó Genoveva hablarla de Leon; pero la suplicó Rosa que no continuase.

Genoveva no hubiera hecho caso de semejante prohibicion, que indudablemente no fué hecha de buena fé, á no comenzar á venir gentes, y verse Rosa en la precision de atender á los que llegaban.

Genoveva se encontraba en un estado de exaltacion *imposible de describir*. Los pensamientos se cruzaban y se chocaban con rapidez en su corazon y en su cabeza. Ya se decia que no queria vivir y pensaba con extraño placer en la muerte; en seguida pedia perdon por ello á Dios y á su hermano.

Un instante despues, purificaba su amor hácia Alberto de toda idea vulgar, y se decia:

—Será feliz; yo veré su felicidad; seré la amiga de su mujer; la enseñaré á amarlo; criaré sus hijos.

Y no había trasecurrido un instante cuando ya se decía:

—¡Ah! no tendré necesidad de matarme: mis días están contados; hace mucho tiempo que he perdido mi salud; estos dolores sordos que siento en el pecho, son un signo nada equivoco acerca de la brevedad de mi vida: iré dentro de muy poco á unirme con mi madre; pero Leon... pero Alberto... ¡Pobre Leon! No quiero abandonarlo. ¿Quién sabe si les será dado á las almas de los muertos el proteger á los vivos? ¡Oh! No lo creo, porque no nos hubiera dejado ser tan desgraciados nuestra madre. Pero, ¡Dios mio! ¿es por acaso necesaria una separacion eterna? ¿No he de poderme unir á mi madre sin abandonar á Leon? ¡Ah! ¡madre mia, madre mia! ¿Por ventura no oyes á tu hija, no ves acaso cuánto sufre? ¡Oh, no! esclamaba; la felicidad de los bienaventurados no seria completa si no les fuese dado el ocuparse de los que han dejado sobre la tierra; esta vida no es sino de prueba; mi madre sabe que esto ha de concluir y nos aguarda en el cielo.

No vertia lágrimas; ¡lágrimas! la sangre del alma. Una abrasadora fiebre animaba su semblante y sus miradas; así que esclamaban en su rededor:

—¡Cuán bella está Genoveva esta noche!

—¡Qué color y qué brillo en sus ojos!

—La última vez que la ví, distaba mucho de hallarse así.

—Estaba pálida y con los ojos hundidos.

—Hubiera podido muy bien creérsela enferma del pecho.

—No era sino una indisposicion.

—Hoy está encantadora.

Rosa, por su parte, se agitaba mucho y atendia á todo el mundo.

M. Rodolfo de Redeuil entró y se mostró sumamente rendido.

Rosa lo recibió bastante mal; la suplicó que cantase con él; pero tenía mala la garganta; que bailase, y se sentía fatigada.

Refirió algunas anécdotas: Rosa no se sonrió, y dijo en voz bastante fuerte que no había cosa peor que la maledicencia cuando no divertía.

Entre tanto, ocupémonos algo de cómo iban los quehaceres de Leon.

Leon se paseaba en el boulevard: comenzó á llover, y se fué á Palais Royal, alrededor del cual dió ciento treinta vueltas, despues de lo cual se fué á casa de su tío, diciéndose á si mismo que si no parecia por ella, Rosa y M. de Redeuil lo creerian desesperado; que era un triunfo que no queria proporcionarles: bastantes otros alcanzaban sin necesidad de esto.

Por otra parte, era tarde, no iba á casa de M. Chaumier sino á buscar á su hermana.

Cuando entró, no lo vió Genoveva; hallábanse sus ojos ocupados de un modo escesivamente cruel para que los volviese.

Acababan de anunciar:

Monsieur Michaud.

Madama Michaud.

Señorita Ana Michaud.

Aquella interesante jóven, con los ojos bajos, era la que habia destruido toda la felicidad de Genoveva.

Era bonita, parecia amable y tímida, y le ocasionaba mucho mas daño al pobre corazon de Genoveva que hubiera podido hacerla un tigre con sus dientes y sus garras.

Alberto y Rosa corrieron á su lado; todas las mujeres la miraron cuchicheando.

Hubo un momento horrible de angustia para Genoveva.

No sentía latir su corazón; un dolor agudísimo la traspasó las sienas.

Un horrible vértigo la trastornó é hizo que desapareciera todo á su vista.

Cuando volvió en sí, distinguió la fisonomía de Leon, pálida como debía estarlo la suya: la pérfida Rosa había visto á Leon, cuya ausencia disgustaba y tenía agitada; había querido vengarse, convencida de cuanto acababa de sufrir, y sin dar á conocer de modo alguno que lo hubiese visto, se tornó tan amable con M. de Redeuil, el cual no se había separado de su lado, cuanto algunos momentos antes había estado desdenosa y disgustada.

Genoveva acababa de sentir en su alma lo que le debía pasar á su hermano, y la primera palabra que se dijo á sí propia en voz baja fué:

—¡Pobre Leon!

Noble y dulce palabra. Se había dicho: mi vida ha concluido; procuraré vivir para Leon y para las personas á quienes amo; participaré de la felicidad de los demás, y viviré sostenida por ella. Bellísimo y admirable pensamiento, que debió subir hasta el trono de Dios confundido con los perfumes de la noche!...

Genoveva atravesó el salón y se fué derecha á donde estaba su hermano, á quien le dijo:

—No te enfades por esa ligera coquetería de Rosa: es una niña; no trata sino de contrariarte algo, y de vengarse de las faltas que cree has cometido con ella; en tanto que no has estado aquí, no se ha ocupado de M. de Redeuil sino para darle respuestas ásperas.

—No importa, exclamó Leon; sea el que quiera el motivo de semejante conducta, no se la perdonaré.

Y pensaba en qué sin duda alguna la causaba un grande disgusto su juramento á Rosa; que sus negocios no iban aun en bastante buena disposicion para que pudiera casarse, y que Rosa no tenia energia suficiente, ni bastante amor para esperar y resistir á las seducciones de los hombres que la rodeaban y á las intimaciones de su familia.

Presentáronles la *futura* de Alberto á Leon y á Genoveva.

La pobre Genoveva se quedó sentada al lado de Ana; creia que su secreto lo era de todos, y que se hallaban tijas en ellas todas las miradas.

A cada segundo se deslizaban por su pálida fisonomía nubes de púrpura producidas por las ideas súbitas que venian á aumentar su embarazosa situacion.

De pronto creia que estaba muy fria con Ana.

—Vá á creerme ofendida, ¡infeliz!

En seguida se detenia en medio del cúmulo de atenciones que sucedian á la frialdad.

—Este afecto no es natural, pensaba; á todos les debe ser conocido el motivo que á él me impele.

En cuanto á Leon, habia pasado á una pieza apartada para escribir una carta que deslizó en las manos de Rosa.

Rosa la ocultó en donde produciria tan inmensa dicha ver ocultar las cartas, si las mujeres no lo fuesen con el tiempo ocultando allí casi todo en su seno.

XI.

En cuanto se hubieron marchado todos, Rosa, tan encendida como si alguien hubiera podido estarla observando, sacó del pecho la carta de Leon apresurándose á leerla.

A ROSA.

«Prima, dispénseme V. el haber abusado de un momento de arrebató y de compasion para haberla obligado á hacerme una promesa que la molesta hoy, y que, segun me lo indica todo, siente V. ya amargamente haberme hecho; se la devuelvo á V., prima; es V. libre; únicamente me resta el sentimiento de no haber llenado antes el deber con que cumplo hoy, y así no hubiera V. tenido ocasion de sufrir por causa mia los numerosos y graves males de que ha podido ser objeto de algun tiempo á esta parte. Por la mia, prima, renuncio á V.; sea de hoy mas bonita, coqueta, feliz; nada existe que pueda impedirselo; ame V. á Rodolfo ó á cualquier otro; ya no me asiste derecho para sufrir por ello ostensiblemente. Adios.

LEON.»

Rosa permaneció estupefacta algunos momentos: esperaba que Leon la pidiese disculpa á sus arrebatos:

nunca hubiera creído que pudiera existir entre ella nada suficientemente grave para producir un rompimiento.

Después de haber vuelto á leer la carta, lloró con la mayor amargura.

En seguida escribió:

«Leon, estás loco; yo no quiero recogerte mi promesa, ni te devuelvo tampoco la tuya; ignoro si he podido faltarte en algo; pero si es así, perdónamelo; yo no quiero ni á M. de Redeuil ni á ningun otro; yo soy tuya: si soy coqueta, no es con otro objeto que con el de agradarte mas ó con el de hacerte sufrir un poco.

»He quemado tu fatal carta, que tantas lágrimas me ha hecho derramar.

ROSA CHAUMIER.»

A ser enviada esta carta, ¡cuánta felicidad hubiera llevado á la reducida habitacion de Leon y Genoveva!... Porque Leon y Genoveva no tenían sino una felicidad para ambos, y esta era la de Leon. Pero Rosa se acostó, no durmió, y soñó despierta en los triunfos que habia obtenido aquella noche; pensó en que Leon fué el único á no admirarla, cuidando solo de sermonearla; Leon á quien ella hacia presente de los aplausos y de la admiracion de los demás. Lo halló soberanamente injusto y se durmió con tal idea.

A la mañana siguiente fué esta misma la primera que se halló formada en su cabeza antes de que se hallase aun bastante despierta para encontrar otra. Habia dormido poco, tenia muy mal humor, la carta de Leon yacia hecha pavesas, no pudo volver á leerla y ver otra vez todo cuanto dolor encerraba; no la recordó sino como una injusticia de la que no podria

menos de arrepentirse, y á la que seria sobre todo *vergonzoso* ceder: quemó su carta.

Leon, durante el dia, no pudo evitar el pasar dos veces por delante de la casa de M. Chaumier. Casi no rodaba nada para donde tenia que ir; el piso era mejor, y tenia la calle buena acera, etc., etc.

Vió salir á Rosa con Ana y su madre en carruaje, todas tres vestidas con el mayor esmero.

Leon volvió la cabeza para que no le reconociesen en tan humilde traje. Es tanta la felicidad que quisiera procurarse á la mujer á quien se ama, y al propio tiempo quisiera confundirse de tal modo la existencia del objeto amado con la propia, que no es uno de un placer ó de una dicha que ella guste sin nosotros y sin que seamos nosotros causa de ello.

Leon opinó que habia obrado inmejorablemente al escribir la carta. Rosa, que habia visto á Leon y á la que no se le habia escapado su movimiento para no ser apercibido, se irritó extraordinariamente contra él y se dió por muy contenta de no haberle enviado la suya.

El matrimonio de Alberto y de Ana habia sido fijado para la semana siguiente.

Leon se ocupó del traje de su hermana. Compró algunos objetos al fiado y vendió su reloj para aquellos otros que era preciso pagar de contado. Ocultó cuidadosamente á Genoveva el sacrificio de una alhaja que tenia en grande estima y que le era de todo punto necesaria para sus lecciones; supuso que se lo habia descompuesto y que se la habia dado á arreglar al relojero.

Rosa vino á ver á Genoveva con Ana, para suplicarla que fuese *señorita de honor*.

Genoveva aceptó; ¿cómo habia de rehusar? Además, los que han sufrido saben con qué triste voluptuosidad gusta despedazarse con las uñas y hacer

brotar sangre de una herida sin esperanza de cura. Era la primera vez que veía Genoveva á Rosa después de su rompimiento con Leon; la presencia de Ana y de su madre no le permitió hablar de ello á Genoveva. Únicamente cuando dijo Genoveva: Leon ha salido, sentirá mucho el no haber estado aquí, hizo Rosa un ligero movimiento de cabeza casi imperceptible, cuyo principio queria decir con tristeza suma que no lo creía, y cuyo fin, con excesivo orgullo, que le era absolutamente indiferente.

Esto mismo es lo que dijo Leon al saber que habia estado Rosa; pero al propio tiempo trataba cuidando de no dirigir preguntas acerca de ello, de hacerse referir por Genoveva hasta los mas leves detalles de la visita; le parecia que la casa se habia trasformado después de haber estado en ella su prima; miraba la silla donde estuvo sentada, y el piso sobre que habia pisado: se habia valido de increíbles rodeos para averiguar la silla en que se sentara Rosa.

Habia hallado colocadas fuera de su sitio dos sillas y un sillón, el único de la casa: el sillón habria sido evidentemente ocupado por madama Michaud.

Le dijo á Genoveva:

—¿Qué te ha parecido Ana?

—Muy bien, le respondió Genoveva; empero Rosa...

Leon la interrumpió. No queria hablar de Rosa, por lo mismo que Genoveva no queria hablar de Ana.

—La vi la otra mañana, dijo Leon.

—¿A Rosa? preguntó Genoveva.

—A Ana, respondió Leon; la vi la otra mañana y es muy bonita de día.

—Me gusta mas Rosa.

—Y á mi tambien, pensó Leon; pero lo que pensaba era precisamente aquello mismo que no queria decir. Dijo: Quizá estaria aquí sentada á la sombra: ¿se sentó al lado del balcón?

—Si, contestó Genoveva.

Leon no volvió á hablar palabra; ya sabia los sitios que habian ocupado madama Michaud y su hija.

Desde aquel dia se apropió la silla de Rosa, y la cambió, en ausencia de Genoveva, con otra igual á ella, que habia en su cuarto.

Dos dias antes de la boda llevaron el traje de Genoveva. Leon se habia comprado un sombrero y unos zapatos.

XII.

El tocado de Genoveva.

El tocado de Genoveva, está bien dicho; desde aqui estoy viendo ya vuestro mal humor, señora; vuestros labios de por sí delgados se han contraído, y se ha deslizado por vuestra cabeza un pensamiento que me es injurioso. ¿A qué viene en efecto el escribir dos gruesos volúmenes, setecientas páginas, y mas de cuatrocientas veintiocho mil letras, para pasar en silencio precisamente aquello mismo que puede hallarse mas interesan e? Me espongo á veros comparar cada una de las cosas que digo con las que dejo de decir, y no hallar en mis setecientas páginas nada que equivalga á la página que he dejado de escribir.

Este señor, diréis, pone el mayor cuidado en detallarnos minuciosamente los adornos de las praderas, adorno de primavera, adorno de estio, adorno de otoño,

adorno de invierno; no olvida un solo boton de oro, ni una salvia, ni una margarita.

No se descuida en decirnos los matices que presentan los bosques en el otoño; los lilos están amarillos, los castaños rojos, las madre selvas azuladas: todo eso es muy bonito; la parra virgen pende de lo alto de las paredes en atrevidos festones, púrpura y amaranto. Bien claro lo veo. No halla una flor, sin espresarnos su color y su perfume; nos dice con la mayor exactitud el matiz del verde de cada mata de yerba. Esto ocasiona algun recreo; pero al fin es lo que sabemos tan perfectamente como él; y seguramento que esto no sirve para nada, en tanto que puede hablarse un buen modelo que imitar en un gracioso tocado, y podria hablarnos de las mujeres con tantos detalles y aficion como de las flores de su jardin.

Podria responder á esta exclamacion con trescientas razones; pero hallo preferible ceder, y os describiré el tocado de Genoveva.

Y tambien el tocado de Rosa.

Y tambien el tocado de Ana.

Y tambien, si esto puede agradaros, el tocado de madama...

Y tambien el mio; pero no seria conveniente: estoy en este momento en bata y zapatillas.

Voy á hacer encender á mi negro (un saboyano de trece años llamado padre Miguel) la mayor de mis pipas de cerezo. El padre Miguel vá á guardar sus soldados de plomo y á darme fuego; y yo voy á ir recordando los tocados en cuestion, fumando un tabaco perfumado de benjui y aloe, que recomiendo á los que fumen, y que recomiendo tambien á los que no fumen para que lo recomienden á los que fumen á su lado.

XIII.

Tocado de Genoveva.—Tocado de Rosa.—Tocado de Ana.—Tocado de madama Michaud.

Empecemos por Ana.

¿Quereis tambien el retrato de Ana? Ana es bastante bonita, pero de una belleza insignificante: de esto es todo lo que me acuerdo.

Desgraciadamente no invento lo que refiero, y hay muchas cosas que tengo ya olvidadas; otras hay en que no me fijé en el momento en que pasaron; y cuando me ocurre querer salvar un vacío con la imaginación, resulta que forma un contraste de los mas chocantes, y lo borro.

Hé aquí todo lo que sé de Ana; pero su tocado lo recuerdo perfectamente, porque oí hablar de él á muchas mujeres con los mayores detalles.

Era así:

Un vestido de terciopelo prendido de blanco, con guarnicion de Inglaterra, un velo de Inglaterra, mangas y una mantilla semejante: una pequeña corona de flores de naranjo, naturales, montadas en hilos de plata.

(¡Ah! me acuerdo que Ana era rubia.) Una diadema, un collar y pulseras de perlas: la falda del vestido algun tanto larga en demasia.

Esto alcanzaba estraordinariamente boga: si se hu-

biese atrevido Genoveva á dar cabida en su mente á algun mal pensamiento contra Ana, hubiese hallado en aquel adorno que era éscesivamente recargado y demasiado rico para una desposada, y á punto fijo, si hubiese sido ella la desposada, no era de aquel modo del que se hubiera vestido. *¡Si hubiese sido ella la desposada!* Si Dios Todopoderoso no hubiese hecho que cruzara semejante idea por la cabeza de la pobre niña, hubiera sufrido mucho menos.

El tocado de las dos señoritas de honor no debía atraer las miradas; Rosa llevaba un traje de gró tornasolado de verde y negro, un chal de gró, un sombrero, no sé á punto fijo cómo era el sombrero, y una pulsera de oro sencillísima.

El vestido de Genoveva era igualmente de gró tornasolado, pero gris y naranja, con un chal semejante: llevaba una capita de crespon blanco, y una pulsera adornada de pedrerías, una preciosísima pulsera, el reloj de Leon, que era una magnífica repetición.

Madama Michaud llevaba un sombrero amarillo con exorbitantes plumas, y un vestido verde, y chal color de pulga, tocado de suegra; especie de madama Lelou, de nuestra novela *El camino más corto*. (Un decreto Real del—al diablo vayan las fechas)—ha declarado que esto no era una novela, sino una historia verídica;—¿de qué era de lo que les iba á ustedes hablando?

En cuanto á mí, que asistí al matrimonio, no observé sino una cosa, y es que Genoveva no iba de blanco; saqué de ello la consecuencia de que no se había ocupado de su adorno, y que les había dejado hacer á su hermano y á la modista; era la primera vez que la veía de aquella suerte; quizá también había querido evitar el parecerse á la desposada.

Por la noche, no obstante, en el baile, iba vestida de blanco, pero con un vestido que tenía hacia mucho tiempo. Creo haberlo dicho todo.

XIV.

Genoveva oró en la iglesia con mas fervor que nadie.

Habiase consumado el sacrificio; le pedia á Dios fuerza; despues oraba por Alberto y tambien por Ana.

—¡Oh, Dios mio! decia, ¡que Alberto por lo menos sea dichoso!

No describiré de la suerte que la heria en el corazon cada palabra, tanto en la *mairie* como en la iglesia.

Llegó un momento en que todo estuvo concluido; una mujer anciana exclamó al ver entrar á Alberto y á Ana en la sacristia para escribir las diversas cosas que en semejantes casos se escriben:

—¡Qué linda pareja! parecen hechos el uno para el otro.

Esta exclamacion fué cruel para Genoveva. Sintió un movimiento de cólera contra la pobre anciana; pero lo reprimió muy pronto, pidió perdon á Dios por ello, y deteniéndose dió á la pobre mujer una moneda.

—Mi buena señorita, exclamó la anciana, yo rogaré á Dios porque le llegue á V. pronto su vez.

Cuando subieron al carruaje, el vestido de Ana se enganchó en la portezuela sin que nadie se apercibiera de ello sino Genoveva.

Si se bajaban por la portezuela opuesta, Ana se rasgaria indudablemente el vestido.

El espíritu malo le suministró á Genoveva excelentes razones para que guardase silencio y dejase hacer; pero Genoveva hizo abrir la portezuela, y entró el vestido de su nueva prima.

Por la noche, despues del baile, fué á acostarse moribunda; no obstante, cuando se halló sola, al desnudarse, sus miradas se fijaron en sí misma, se contempló y exclamó:

—Tambien yo estaba hermosa... tambien yo.

Al dia siguiente envió á Ana las pocas joyas que poseia; desde aquel dia pudo observarse en su traje una sencillez que no llegaba á ser luto completo, pero que se le asemejaba mucho.

La estacion avanzaba bastante para que fuesen volviendo algunos discipulos de Leon; algunos volvieron con efecto, pero en muy corto numero.

Una noche al entrar, le entregó el portero de su casa un papel plegado en cuatro dobleces: era un papel timbrado.

Leon lo leyó en la escalera; estaba escrito en un estilo singular; únicamente se comprendia que se hallaba amenazado de alguna gran desgracia.

La ley es la misma é igual para todos, y todos se hallan en la obligacion de entenderla. ¿A qué pues es el explicarla en un idioma raro é ininteligible, recargado á la vez de perifrasis y de abreviaturas? Era una citacion para oirse condenar al pago de una corta suma que le debia á un comerciante.

Concluia de esta suerte:

«Mandamos y ordenamos á todos los dependientes de justicia, que lleven a ejecucion la presente sentencia. A nuestros procuradores generales, á nuestros procuradores de los tribunales civiles de primera instancia, que velen por su cumplimiento; á todos los comandantes ú oficiales de la fuerza publica que presten auxilios con mano fuerte cuando sean legalmente requeridos.»

Lo cual, leído en la escalera, de noche, á la luz de una vela, produce un escalofrío y evoca en masa un ejército entero que llega en tropel contra vosotros.

Leon tuvo miedo, pero al miedo sucedió muy pronto un pensamiento.

—¡Qué felicidad, se dijo á sí mismo, que no haya caído este papel en manos de Genoveva! Es precisamente una suma gastada para mi hermana la que me reclaman; la hubiera producido un gran sentimiento.

Volvió á bajar, dió dinero al portero y le dijo:

—Si trajeran por casualidad otros papeles de este género, tenga V. cuidado, suceda lo que quisiera, do no entregárselos nunca á mi hermana.

Entró sin ruido para no despertar á Genoveva, y pasó gran parte de la noche volviendo á leer el fatal papel.

Este papel le habia sido enviado:

A nombre del rey, por la ley y por la justicia.

No era solo el ejército el que se levantaba contra Leon, era la sociedad entera.

Al día siguiente salió en cuanto amaneció y corrió á casa del portero de estrados, redactor de aquel papel.

Se caló el sombrero hasta los ojos, evitando en lo posible las miradas de los transeuntes.

Se consideraba á sí propio como un pária, como un enemigo de la sociedad, como un gran criminal que prestaba tantos derechos á la curiosidad pública como el asesino que van á guillotinar (cuando se guillotinan los asesinos; últimamente en Paris mató una joven á su amante de un tiro por crimen de infidelidad, el jurado declaró que el amante habia faltado.)

Vió venir por casualidad hácia sí agentes de la municipalidad y tomó por otra calle. Le parecía que todo el mundo lo miraba, que se le mostraban los unos á los otros exclamando:

—¡Ese es!

Llegado al número indicado, miró á ver si lo veía alguien, y se apresuró á entrar en el portal del dependiente de justicia; llegó por una escalera oscura á una espaciosa estancia adornada con una copa sin lumbre.

Veíanse allí cartones y mesas negras por todo el mobiliario.

Cuatro galafates amarillos, vestidos de pretendidas levitas color avellana verde olivo, estaban inclinados sobre las mesas, los dedos estendidos, escribiendo incessantemente papeles semejantes á aquel que habia recibido Leon: sentíase allí un olor nauseabundo á papel viejo, sin que me meta á hablar del olor de los escribientes.

Preguntó por el portero de estrados: uno de los tagarotes le dijo:

—Soy el oficial mayor; dígame V. qué es lo que quiere.

Leon, que por nada en el mundo hubiera osado mostrar su vergüenza ante cuatro personas, insistió en querer hablar al principal.

El principal salió de su gabinete, y delante de los escribientes le dijo:

—¿Qué es lo que V. quiere, caballero?

—Hablarle á V. en particular.

—Entre V. en mi gabinete.

Leon no se atrevió á sentarse ante un tan poderoso personaje, un hombre que daba órdenes, segun lo decia el papel, á los procuradores generales y á los comandantes de la fuerza pública de Francia.

El hombre de la ley le preguntó entonces su nombre.

—Leon Lauter.

—¡Ah! M. Leon Lauter, ¡negocio de Chabanne!

—¡Eh! exclamó por la puerta que había quedado entrecabierta, ¿en dónde está el negocio de Chabanne contra Leon Lauter?

—En la audiencia del día.

—Caballero, su asunto de V. está en la audiencia del día.

—Dispéñseme V., caballero, pero no comprendo...

—V. se burla, señor mío.

—Nunca se me ha ocurrido tal cosa.

—Pues bien, caballero, quiero decir que hoy al medio día, en la audiencia pública del juez de paz...

—¡Pública! exclamó Leon.

—Pública, repitió el hombre de la ley; en la audiencia pública del juez de paz se dará cuenta de su negocio y será V. condenado á pagar.

—Pero, caballero, yo no me niego á pagar.

—Entonces pague V.

—Hoy no me es posible, pero lo haré mañana.

—Mañana... esto le ocasionaría á V. gastos.

—¿Cuántos? exclamó Leon.

—Hé aquí la cuenta, le dijo el interlocutor tomando la pluma:

Protesto..	6 francos	85 c.
Registro.	1	35
Citacion..	8	20
Poder.	2	20
Juicio.	26	45
	<hr/>	
Total.	45 francos	5 c.

que tendrá V. que pagar además de la suma.

—Pero señor, la deuda que yo he contraído no es sino de 50 francos.

—Eso no importa; y si V. no paga mañana, tendremos que añadir:

Notificación.	7 francos	95 c.
Mandato.	5	50
Proceso verbal de embargo.	11	70
	<hr/>	
Total.	25 francos	15 c.

—¿Irá V. á la audiencia del juez de paz?

—¿A la audiencia pública?

—Sí.

—Preferia antes morir.

—Entonces en el proceso verbal del secuestro se opondrá V., y será el juicio por contumacia; para lo cual se necesitará una autorizacion del juez de paz, y tendremos aun que pagar:

Citacion con multa.	8 francos	20 c.
Nuevo juicio.	26	45
Notificación.	7	95
Mandato.	5	50
Proceso verbal de embargo.	11	70
Proceso verbal de citacion.	24	"
	<hr/>	
Total.	85 francos	80 c.

En todo, 154 francos, á mas del capital de 50 francos.

—No le hablo á V. aquí ni del proceso verbal de *comprobacion* de sus muebles, ni de los gastos de venta, etc., etc.

—Pero, señor, ¿qué vamos á hacer? exclamó Leon.

—Traerme mañana 50 francos, con mas 45 francos 5 c., y todo quedará terminado.

—¡Oh, caballero! yo le doy á V. infinitas gracias.

—Señor mio, no hay de qué.

Y Leon se vió precisado á pasar por delante de los cuatro escribientes instruidos, á pesar de sus precauciones, del negocio que allí lo llevaba.

Al dia siguiente fué aun mas temprano que aquel á llevar la suma exigida, deshaciéndose en gracias con el dependiente de justicia.

XV.

Desde el dia del casamiento de Alberto se habia apoderado de Genoveva una fiebre ardiente; á pesar de la resignacion que á si misma se habia prometido sentia á cada momento accesos de desesperacion á los que la era imposible resistir.

Salia entonces y se iba á orar á las iglesias. Despues de su descubrimiento, de los cuidados que se tomaba Leon con su frac y su levita, habia traslucido Genoveva las dificultades que experimentaba su hermano en proveer á las atenciones de su reducido menaje, y lo habia observado: no tardó mucho en adivinar la suerte de su reloj, pero aparentaba Leon poner tanto cuidado en ocultarla sus miserias, que no se atrevia á manifestarle que se apercibia de ellas. Así que evitó el volver á hablarle de su reloj y el preguntar nunca la hora en su presencia.

Leon se retiraba generalmente muy tarde y no se

levantaba hasta las ocho ó las nueve: no tenia nada que hacer antes y muchas veces necesitaba de reposo.

Una mañana la dijo á Genoveva:

—Pero Genoveva, ¿cómo es que no veo nunca á la mujer que venia á ayudarte?

—Ha encontrado otra casa en donde asistir, y me ha pedido permiso para venir mas temprano; sin lo cual, segun me ha dicho, se verá precisada á renunciar á ella. Suele venir un poco antes de que amanezca, y casi siempre se marcha mucho tiempo antes de que te despiertes.

Habiase alzado entre ambos hermanos una lucha de generosidad y de sacrificios. Nunca se hubiera atrevido Genoveva á pedirle dinero á Leon; pero Leon la daba siempre antes de que acabara de gastarlo.

Frecuentemente le decia Genoveva:

—No lo necesito; tengo todavia.

La verdad era que habia suprimido la asistenta, á la cual la daba veinte francos al mes.

Muchas veces he reflexionado en la indiferencia de la divinidad sobre las acciones humanas, al ver á la misma luna vertiendo los mismos rayos sobre el hombre que vuelve llevando pan á su familia, y sobre el delincuente que lo espera á la vuelta de una esquina para asesinarlo: pero no me atrevo á creer que no fijase Dios por un momento sus miradas sobre Genoveva, cuando por las mañanas, una hora antes de despuntar la aurora, se despertaba, encendia *una vela de sebo*, y se levantaba sin mover ruido.

Entonces se entregaba á los trabajos mas viles; fregaba la vajilla, barria, no teniendo mas idea fija que la de no despertar á Leon que debia estar cansado de la vispera, que se apesadumbraria de verla trabajar de aquella suerte, y que se opondria á que siguiese empleando el único medio que habia podido

hallar de contribuir á los gastos de la casa; pero lo que hacia sobre todo con un cuidado y un respeto admirables, era el limpiar la ropa de Leon. ¡Cómo cuidaba aquella vieja y pobre levita que le significaba todas cuantas privaciones se habia impuesto Leon por ella! ¡Con qué cuidado daba un zurcido en donde habia visto que lo necesitaba durante el dia anterior, absteniéndose de hablar de ello, porque comprendia que esto hubiera sido agregar á los sufrimientos de Leon el de manifestarle que no conseguia engañar á su hermana.

Levita vieja en efecto, pero mas respetable que la púrpura; trabajo mas noble que el bordado de las mujeres desocupadas en telas de oro y de plata.

No se detenia ante ningun cuidado, ó por mejor decir, no veia en nada inconveniente alguno.

Genoveva tenia preciosas y delicadas manos, afiladas, blancas, con las uñas de una rosa mate, y con aquellas preciosas manos, tan llenas de distincion, limpiaba hasta el calzado de su hermano; despues volvia á colocarlo todo en su lugar, de idéntica manera que lo hacia en otro tiempo la asistenta.

Concluidos los quehaceres, preparaba el desayuno: despues se ocupaba de su tocado y limpiaba sus magníficos cabellos, porque era preciso que Leon la hallase vestida cuando se despertara, y sin que en nada pudiese indicar su traje de mañana aquello en que se habia ocupado.

Y en cada mañana eran estos mismos los quehaceres, y los mismos los cuidados.

Y no obstante, nunca ha existido mujer alguna de una belleza tan delicada como la de Genoveva; jamás mujer alguna inspiró mas naturalmente el pensamiento de que para ella era para quien habian sido inventados los terciopelos y las sederias; nunca molició alguna mas elegante en las formas y en los movimientos hizo soñar en rodear á una mujer de aten-

tos esclavos que previniesen aun la fatiga de un deseo...

Una noche quiso Leon darla dinero, y ella le mostró que tenia mucho mas aun de lo que era creible. ¡Pobre niña! ¡Cuán feliz fué aquella noche! A Leon le ocurrió entonces que podia renovar su sombrero, que hacia mucho tiempo se sostenia solo a fuerza de industria.

Al dia siguiente pasó cinco ó seis veces ante la puerta del sombrero sin atreverse á entrar; por último, el aspecto de su sombrero en un espejo hubo de decidirle, y entró, vergonzoso para con los demás por haber llevado un sombrero por tanto tiempo, y consigo mismo, por no llevarlo aun durante un poco mas.

XVI.

Genoveva habia comprendido ya muchas veces que debia renunciar á Alberto; pero por muy firme que fuera su resignacion, conservaba siempre algun resto de esperanza, aun sin saberlo. Esta vez lo habia acabado con el matrimonio de Alberto.

Rosa no veia ya á Leon; creia que obedecia á un justo orgullo en no volver á llamarlo; pero habia tomado aborrecimiento á M. de Redeuil, que la habia servido de pretexto para un ensayo de coqueteria que tan malos resultados la habia producido.

Rodolfo continuaba siempre asistiendo con la mayor asiduidad á casa de M. Chaumier, y toda la sociedad

de Chaumier, y los de Redeuil creían que se casaría con Rosa.

En vano se esforzaba M. Chaumier en poner orden en su casa, cuyos gastos escedían en mucho á sus rentas.

Tomó el pretexto de que tenía que verificar algunas obras en su casa de Fontainebleau, para ir á pasar un mes en ella, aun cuando á la sazón se hallaba en la mitad del invierno.

Al cabo de ocho días, no pudiendo Rosa resistir el permanecer allí por mas tiempo, la escribió á Genoveva que si quería salvarla la vida é impedir que muriera de fastidio, era preciso que fuesen á compartir con ella su destierro.

A continuación ponía una P. D.: Trae consigo *si quieres* á M. Leon, si es que por ventura no teme fastidiarse demasiado con *nosotros*.

Genoveva estaba mala; el disgusto y la fatiga habían acabado de destruir su salud.

Leon no podía abandonar á su hermana ni á sus lecciones.

Rosa vió en esta negativa una rotura completa. Cayó en una profunda melancolía; la permanencia en Fontainebleau la traía á la memoria con demasiada viveza su cariño hácia Leon: cariño verdadero y profundo, de que había podido distraerla, pero no despojarla el mundo.

Cada árbol del jardín, cada mueble de la casa, la recordaba sucesos de su infancia y de su amor. Los detalles mas fútiles la enternecían y arrancaban lágrimas á sus ojos.

Volvió á hallar bajo la yerba agostada los límites de su jardín, del jardín de ella y de Leon. Recordó que cuando estaba Leon en casa de M. Semler, y no venía á casa sino los domingos, le tenía muy encomendado el que quitase los guisantes de color que él había sembrado.

Cuando iba alguien á casa de M. Semler, Rosa arrancaba del suelo uno de los guisantes con su tallo verde y sus raices, y se lo enviaba á Leon para que pudiese juzgar del estado de la vejetacion. El mensajero iba encargado de volvérselo á traer, y Rosa lo plantaba de nuevo.

Cuando Rosa se aprovechaba de uno de sus rayos tan dulces del sol de invierno para pasearse en el jardín, la parecia que los servales, los rosales, las matas de yerba, murmuraban el nombre de Leon.

Todo habia cambiado; habianse deslizado los dias; madama Lauter habia muerto; Genoveva y Rosa estaban separadas. Alberto enlazado con una familia nueva; M. Chaumier envejecido y achacoso; Leon era un artista de talento y de reputacion.

Pero los árboles y los rosales no habian cambiado; todos los años producian las mismas flores y esparcian los mismos perfumes: la misma yerba circundaba las losas del pátio: los mismos mirlos venian á picar en las ombelas de coral de los servales.

Un dia exclamó M. Semler:

—¡Cómo me he engañado! Yo siempre habia creido que V. se casaria con Leon, y que Genoveva seria la mujer de Alberto.

Rosa se separó de él, y fué á pasearse en el jardín; meditaba en cuánta felicidad hubiera podido haberles en reunir entre ellos cuatro todas las afecciones que ocupan la vida, no teniendo que distraerse en nada, no teniendo que perder tiempo alguno con el resto del mundo: amor de padres, amistad de hijos, primer amor de niños y de niñas, último amor del matrimonio; todos aquellos amores contenidos en ellos cuatro. Una noche escribió á Genoveva:

«Genoveva mia, á Leon es á quien vá dirigida esta carta, entrégasela.

»Leon, somos unos locos; yo te amo, y estoy segura de que tú me amas tambien. Estoy en Fontaine-

bleau, te escribo sentada en el mismo sillón que ocupaba cuando nos prometimos ser el uno del otro, el día en que enterraron á mi tía Rosalía.

»Mira, Leon, renuncio á mi orgullo, soy muy desgraciada; tú no me has olvidado, ¿no es cierto? Ven á Fontainebleau; trae á Genoveva; estaremos los tres solos con mi padre; le recordaremos cuanto la prometió á mi tía. ¡Pobre tía! si no hubiera muerto, jamás nos hubiéramos separado. En tanto que llega mi carta á Paris, voy á ir al cementerio á orar sobre su sepulcro; ven, ambos estais haciendo aquí falta; por todas partes se ven los vacíos de los lugares que debierais ocupar.»

En este momento llegó Alberto; habia venido en un caballo de posta; le encargó al postillon que le trajese otros caballos dentro de media hora para volver á Paris.

—Pero, le dijo Rosa, ¿estás loco? Es imposible que andes de esa suerte 24 leguas sin tomar algun reposo.

Alberto no la respondió, y dijo que queria hablar á su padre. Rosa le condujo hasta la puerta de la habitacion de M. Chaumier, é intentó retirarse; pero Alberto la dijo: quédate, hermana mia, es preciso que oigas tú tambien lo que voy á decir á nuestro padre; tanto es lo que deseo no hablar de ello sino una sola vez.

Rosa fijó entonces mas su atencion en Alberto y juzgó que no era solo á la fatiga del camino á lo que era preciso atribuir la escesiva palidez de su hermano.

XVII.

Hé aquí, en efecto, lo que le dijo Alberto á su padre: el robo perpetrado por mi oficial mayor fué mucho mas considerable de lo que yo hube creído en un principio: he descubierto posteriormente que habia verificado á mi nombre diversas cobranzas, cuya falta me ha abrumado extraordinariamente; me he visto por lo tanto obligado á contraer un nuevo préstamo, cuyos plazos van á cumplir al propio tiempo que aquel para el cual se comprometió mi padre *in solidum* conmigo: ignoro cómo han llegado á apercibirse mis suegros del estado de mis negocios; pero despues de una escena bastante violenta que ha tenido lugar entre nosotros, han conseguido que Ana se ponga de su parte, y me amenazan con un litigio de separacion de bienes. Este golpe destruiria mis últimos recursos: me he visto por lo tanto obligado á acceder á todo para que todo pase sin ruido; así que, antes de nada le traigo á mi padre valores para que se ponga á cubierto de una parte de los pagos que dentro de muy poco vá á tener que satisfacer por mí.

Y al propio tiempo le entregó Alberto á su padre una porcion de papeles de comercio.

—Sé muy bien, continuó, que esto no forma una suma suficiente, y que su fortuna de V. se resentirá algun tanto de esto; pero es todo cuanto he podido reunir á mas de la dote de mi mujer. Voy á devolverle el estudio á mi predecesor, que en cambio de las

sumas que tiene ya percibidas satisfará una parte de las deudas del estudio; lo demás, Dios dispondrá. Me marchó.

—Pero... exclamó M. Chaumier.

—Pero... exclamó Rosa.

—¿Quieren ustedes, indicó Alberto, que les dé explicaciones? No las hay absolutamente: ya lo saben ustedes todo. Cuanto les dijera no serviría sino para tornar mas oscuro cuanto acabo de revelarles. Perdónenme ustedes la enorme mella que he ocasionado á su fortuna, y adios.

En aquel instante se oyó en efecto restallar el látigo del postillon que tenia un caballo del diestro á la puerta.

Alberto abrazó á su padre y á su hermana, y partió á galope.

M. Chaumier y su hija se quedaron estupefactos. M. Chaumier calculó que con aquella nueva pérdida y con los extravagantes gastos que la habian precedido, iban á hallarse precisamente un poco menos ricos que antes de ganar el pleito, y por consecuencia, en la imposibilidad de volver á auxiliar á Alberto ninguna otra vez.

Rosa no se afligió tanto como hubiera podido creerse de la disminucion de la fortuna de su padre, que los obligaba á volver á adoptar su antigua vida de Fontainebleau.

Despues que se habia vuelto allá, sus placeres de Paris le parecian insipidos y vanos, respecto á los recuerdos que se le despertaban con cuanto la circundaba allí. Era un concierto en el que venian á tomar parte todos los objetos, en donde todo la decia: Geneveva y Leon, amistad y amor.

El pensamiento de vivir en Fontainebleau encerraba el de vivir allí con ellos; corrió al jardín que se hallaba todo nevado, como para ir á decirles á los árboles que Geneveva y Leon iban á volver, y que bien

pronto los cobijarian á todos bajo su follaje de prill mavera. Pero no tardó en apoderarse un triste pensamiento del alma de Rosa. Que su carta les llegaría á Genoveva y á Leon al propio tiempo que la nueva de su ruina; su corazon tan noble y tan orgulloso podría creer por un momento que no habian vuelto á su seno los buenos sentimientos sino con el infortunio, y que no se adhería al amor y á la amistad, sino porque iban á faltarla los placeres del mundo.

Aun cuando esta impresion no hubiera morado sino un instante en la mente de sus antiguos amigos, nada en el mundo hubiera decidido á Rosa á suscitarla.

No envió la carta, y únicamente entonces comprendió que se hallaba arruinada y cuánta era su desgracia.

Se acostó temprano para no dormir, y cuando á los dos dias de la visita de Alberto, partió M. Chambier á Paris, con el objeto de arreglar sus negocios y de desembarazarse de todo el mueblaje de la casa de Paris, no quiso acompañarlo, y se quedó sola con Modesta en Fontainebleau. Repasó en su mente toda aquella dulce vida de familia de que la casa y el jardín habian sido teatro; recordó las menores faltas que habian cometido con Genoveva y Leon durante su permanencia en Paris. Si hubiera sido todavia rica, hubiera corrido á arrojarse á sus plantas, y á decirles: Genoveva, hermana mia, Leon, primo mio, mi amante, mi esposo, no volvamos á separarnos nunca, y limitemos á nosotros tres toda nuestra existencia.

XVIII.

El autor á sus amigos conocidos y desconocidos.

.....
¿En qué iba de mi narracion? Me he visto precisado á interrumpirme durante algunos dias á causa de un accidente poco comun. Mi perro Freyschütz, mi compañero diez años há en la tierra y en el mar, en la buena y en la mala fortuna, ¡mi perro me ha comido!...

El doctor Lebatard ha recogido cuidadosamente mis pedazos, los ha unido, pegado y atado; y ahora pretende que no tengo que hacer mas que permanecer en mi casa y esperar.

Esperemos.

Es cosa sumamente triste el verse comido por su perro; yo no he visto ejemplos de esto sino en la fábula, y aun se ha creido, por la verosimilitud, que debia decirse que Acteon habia sido anteriormente trasformado en ciervo.

No sé sino de tres personas en el mundo que comprendan el disgusto de semejante aventura. Ya me habia devorado Freyschütz una vez. Yo habia hallado mil medios de disculpárselo; á fuerza de ingenio habia llegado á sacar en limpio que la culpa toda habia estado de mi parte; habia vuelto á mi casa tarde, con estrépito, sin luz; lo habia despertado con sobresalto;

en fin, parecía que por último me había perdonado. Pero esta vez me comía con deleite; ha sido necesario que haga uso de toda mi fuerza, y de mi destreza toda para librarme de él.

El doctor Lebatard me ha hecho comprender perfectamente, que á comerme algunas líneas mas abajo, hubiera muerto.

La otra vez se dudó, durante algunos días, si conservaría el brazo.

Decididamente Freyschütz me amaba como se ama el beefsteak: era glotonería y no afecto lo que yo le inspiraba.

Y no obstante, era un perro feliz, abonado del pastelero Félix, amo en casa y fuera de ella; de tal modo, que cuando salíamos juntos, cada cual de nosotros á uno de las extremos de un cordón de seda, pretendían que él era el que me llevaba atado.

Todos mis amigos lo eran tambien suyos; Galayes lo llamaba: mi primo Victor Bohain lo convidaba á comer en Palaiseau, en donde existía aquel delicioso rosal bajo el cual se ponía al abrigo del sol y la lluvia. Aquel precioso rosal que murió en el año postrimero.

Semejante á un árbol cuyas hojas se van cayendo vé morir el hombre sucesivamente en torno suyo todo cuanto ama, todo cuanto le es grato.

Todos los días le mandaban golosinas y bombones. Los dedos mas blancos y mas bonitos se deslizaban diariamente á través de las negras sedas de su melena.

Vamos, los perros no valen mas que los hombres; Freyschütz se ha marchado.

Freyschütz no me amaba: se irá á 200 leguas de aqui con personas que no exigen de su perro otra cosa que el que sea un perro feroz, porque quieren ser defendidas por él; yo era quien defendía á Freyschütz, y una vez le di de palos á un carretero que

hizo como que le quería sacudir un latigazo; conservo su retrato y los cogines color de naranja sobre que se acostaba; ¡le iba también el color de naranja!...

Aparte del disgusto, es una situación muy buena la de quien se halla enfermo; vuestros amigos vienen á veros, y hacen al irse el elogio de vuestras virtudes.

Recibis golosinas y cartas encantadoras, y flores para que os hagan compañía, sobre todo un pequeño brezo, cuyas diminutas campanillas, sembradas entre su follaje como una nieve rosada, y que parece que dicen «mentirosas» al enfermo prisionero, que se está aun en el otoño; y le traen á la memoria aquellas praderas de tres leguas de la Bretaña, aquellas praderas enteramente rosadas con un horizonte violeta. Vuestras vecinas suspenden en sus pianos sus eternas escalas; haceis que permanezca cerrada vuestra puerta á las personas que os molesten, y el médico os prohíbe trabajar.

He recibido con este motivo una interesante carta:

«¡Cómo estás? ¡Qué perro tan terrible tenias! ¿Quieres otro? de tres meses, un cordero de Terra-Nova. Se hará hermosísimo, y tendrás siempre un año de que disponer antes de ser devorado de nuevo.

J. J.»

«¡Ay! no, mi querido Jenin; no quiero tu perro; no volverá á entrar en mi casa perro alguno. Tú mismo que con tanta poesía y ternura has hablado de tu primer perro, estoy seguro de que no has llegado nunca á querer á tantos hermosísimos perros como has tenido despues, tanto como tu aborrecible Medoro. No se tiene en la vida sino un solo perro, de la propia suerte que no se tiene sino un solo amor. Gracias por

haberte mostrado de nuevo como amigo mio, en el momento en que comprendes que he perdido un amigo y una amistad.»

Hay muchas personas que se preguntan en voz baja si estoy ó no rabioso; otros vie en á pié desde el faubourg Saint-Germain para decirme: «Bien se lo tenia á V. dicho.»

Esta mañana me ha dado el doctor Lebatard una mala nueva; me ha dicho que podia trabajar; pretende que voy muy bien, y yo me refiero á él; tal es mi estado.

¿En qué iba de mi narracion? Tenia necesidad de hablar un poco de mi perro. Dicen que *los grandes dolores son mudos*: es un axioma falso, inventado para el uso y conveniencia de los leves disgustos y de los corazones apagados.

XIX.

Genoveva cayó de hecho enferma, y se vió precisada á volver á llamar á la asistenta que habia suprimido.

Leon hizo venir á un médico. Despues de algunas visitas lo acompañó Leon hasta la escalera, y le dijo: —¿Qué opina V., caballero?

Hay instantes en la vida que se llaman minutos, durante los cuales no recorre en efecto la aguja de un péndulo sino la sexagésima parte de su cuadrante; y sin embargo, se necesitarian diez volúmenes para

escribir sumariamente lo que pasa en la cabeza y en el corazón de un hombre durante un instante.

Tal fué lo que pasó entre la pregunta de Leon y la respuesta del médico. Leon vió en un instante toda su vida pasada y toda su vida por venir; en aquel momento se le presentaban dos caminos que seguir á su vida; segun que Genoveva viviera ó muriese, así se inclinaria hácia uno de los dos caminos que se le presentaban.

Si Genoveva viviese, disfrutaría de dias muy felices; serian lo que las lilas á la primavera, una vida sumamente corta; si muriese, seria para él un eterno duelo que no concluiría sino por una muerte tardía; si muriese, se presentaba ya con todos sus detalles, la muerte, el frio, la palidez, el féretro, el cementerio, la tierra; si viviese, se formaba el proyecto de veinte partidas de campo, de cien distracciones; la casaria; los hijos, la felicidad. Nada se escapó á sus ojos en ambos casos: al pensar en el casamiento, entrevió el traje de la desposada; la flor de naranjo, el velo, y los niños, entre los cuales habia uno rubio, otro castaño, etc.

Repito que se necesitarian diez volúmenes para indicar todo lo que pensó; y no obstante, treinta segundos despues de su pregunta abria el médico la boca para responder, y Leon lo miraba como se mira á un juez cuya voluntad es omnipotente; habia habido un no sé qué de suplicante en su voz cuando dijo:

—¿Qué opina usted, caballero?

El médico contestó sacudiendo la cabeza:

—Esto vá mal.

Leon se quedó con los ojos abiertos, mas sin distinguir nada; aquellas palabras habian resouado en su cabeza como otros tantos martillos que se la golpeasen interiormente.

El médico bajó un escalon, Leon le detuvo:

—¿Con que no hay esperanza alguna?

—Caballero, dijo el médico, siempre hay esperanza; pero su hermana de V. está mala.

Y saludó.

Leon siguió en pos de él; le parecía que aquel hombre iba á llevarse consigo su última esperanza.

—V. volverá pronto, no es cierto?

—Sí; pero esto no dá prisa; la enferma no se halla en el último periodo; tenemos probablemente muchos meses por delante.

Diciendo estas palabras habia continuado bajando hasta la puerta de la calle.

Siguióle aun con la vista hasta donde daba vuelta la esquina de la calle, á donde iba á tomar café y á leer los periódicos.

Leon se entró; no podia evitar el mirar sin intermision á Genoveva.

Hay en las personas que van á morir muy pronto algo de solemne y de singular, sus carnes están como transparentes, y parece que se hallan iluminadas interiormente por su alma, semejante á una lámpara que se alimenta del cuerpo y le consume.

Genoveva no se creia enferma; esperaba, sí, morir muy pronto, pero era de sentimiento y de desesperacion.

Al cabo de algunos dias habian producido excelentes resultados las prescripciones del médico; le dijo á Leon:

—La enferma vá mejor, pero hasta ahora nada es lo que yo puedo contra la enfermedad. Es preciso cuidar ante todo de no hacerla entrar en aprension; voy á decirle á V. en su presencia que mis cuidados son ya de todo punto inútiles, y que se halla curada; usted me pedirá que siga visitándolos alguna vez á título de amigo; yo vendré algunas veces por la noche á hacerles á ustedes una partida de dominó, y de esta

suerte podré ir observando la enfermedad sin que ella pueda tomar lo que yo disponga que se haga por otra cosa que por consejos dados casualmente.

— ¡Ah, caballero! exclamó Leon, ¡salve V. á mi hermana!...

El médico le estrechó la mano sin responderle, y partió.

XX.

El taller.

Aquel día no se trabajaba en el taller de Antonio Huguet: siendo tan leve la diferencia que resultaba entre él y los otros en que se trabajaba, que solo un ojo muy ejercitado podía apercibirse de ella.

Los días en que se trabajaba, se entregaban, es cierto, á igual pereza, pero con remordimientos, reprendiéndose los unos á los otros, y repitiéndose á cada media hora, como el estribillo obligado de una balada: *¡Ea, vamos! ¡ahora trabajemos!* lo cual no producía el menor efecto en nadie, ó cuando mas uno equivalente al de la momia que ciertos pueblos hacían pasar en un festin ante los ojos de los convidados: lo que equivalía también poco mas ó menos al *Hermano, morir habemos*, que no se dicen los trapenses, como fui á asegurarme de ello uno de estos años pasados (1837); de lo cual tenían probablemente cuidado los convidados de imaginación viva de sacar esta conclu-

sion: «Si tenemos que morir, fuerza es vivir, interin llega ese día.»

Los dias en que se trabajaba estaban los lienzos sobre los caballetes, las paletas cargadas de colores; si se paseaban por el taller y por el resto de la habitacion, era siempre con el pretesto de buscar un tiento que se habia estraviado, ó con el de entrar los pies en calor. Si venia alguna visita, era preciso hacerla redundar en beneficio del arte; se le preguntaba al visitante su parecer acerca de una figura en bosquejo, y cuando, despues de un maduro examen, se aventuraba á decirles que le parecia que uno de los brazos era demasiado largo, le respondian:

—¡Ah! nos sacas de un gran cuidado, porque creiamos que era demasiado corto.

Despues, cuando se marchaba la dicha visita, con gran sentimiento del taller, se formulaba hipócritamente el mal humor causado por su partida en declamaciones contra los ociosos, y el tiempo que hacen perder, sentándose ante el fuego para quejarse mas á sus anchas de aquel tiempo perdido.

Pero los dias en que no se trabajaba, se hacinaban en los rincones los caballetes desarmados y los lienzos puestos del revés, no hablándose de la pintura mas que la vispera del dia en que no sé qué mujer griega dibujó, segun cuentan, en una pared, *con carbon*, el perfil de su amante, tal como lo atestiguan ciertos grabados, anécdota que nosotros consideramos como apócrifa, fundándonos en que bajo un cielo tan hermoso como el de Grecia, en donde es antepuesto el placer á la utilidad, es decir, en donde es considerado el placer como la mas útil de las cosas, no es probable que se hubiese inventado el carbon antes de ser inventada la pintura, la cocina antes que las artes.

Los dias en que se trabajaba, se paseaban francamente por pasarse; el que hubiera mirado con alguna

atención á cualquiera de los cuadros ó de los yesos que cubrían las paredes del taller, hubiese sido acusado unánimemente de «labrar su sepulcro.» Los días en que no se trabajaba, eran los grandes días de trabajo para Gargantua; siendo el desayuno mas suntuoso, exigía mas esmero y carreras, etc., etc.

Aquel día no se trabajaba en el taller. Mithois tenía puesto un *burnous* árabe de cachemira blanco: Antonio Huguet ostentaba una chupa de bandido napolitano.

ANTONIO HUGUET.

Vamos, Gargantua, pon la mesa.

MITHOIS.

Llaman.

ANTONIO HUGUET.

Gargantua, ves á abrir.

EL CHORICERO (*entrando*).

¿M. Huguet?

EDGARD SAGAN.

Aquí es, choricero.

Gargantua le dá al choricero un plato para que coloque en él las costillas de cerdo frescas, que trae en una caja de hoja de lata: pide un tenedor...

MITHOIS.

Gargantua, un tenedor.

GARGANTUA.

Los estoy buscando.

ANTONIO HUGUET.

¿Pues dónde has echado los tenedores? ¿Es así como cuidas *de mi plata*? Toma, choricero. (Le dá un puñal; el choricero toma el puñal con la punta de los dedos, no atreviéndose a alzar los ojos: acaba de colocar en el plato las costillas.)

MITHOIS.

Choricero, ¿tiene V. confianza en lo que trae? A primera vista podría asegurarse que son costillas de perro de aguas.

EL CHORICERO.

Son lo mismo que las últimas.

CARLOS LEFLOCH.

No hay bastantes pepinillos.

ANTONIO HUGUET.

Gargantua, ¿qué tenía yo dicho?

GARGANTUA.

Que trajese mas pepinillos.

ANTONIO HUGUET.

Pues bien; ¿y qué es lo que dice Carlos?

GARGANTUA.

Que no hay bastantes pepinillos.

ANTONIO HUGUET.

¿Luego mis órdenes han sido desobedecidas?

GARGANTUA.

La culpa la tiene ese maldito pinche; bien que se lo encargué.

ANTONIO HUGUET.

Así me gusta, Gargantua, que tengas energía para las cosas de la casa: harás que esta noche me acuerde de echarte mi bendición: paga al contado, y pide alguna rebaja. (*El choricero sale.*)

MITHOIS.

Llaman.

ANTONIO HUGUET.

Gargantua, llaman.

(*Entra otro salchichero.*)

CARLOS LEFLOCH.

¡Calla! ¡otro choricero!

MITHOIS.

Y otras costillas.

EL NUEVO CHORICERO.

¿M. Vasselin?

ANTONIO HUGUET.

Aquí vive.

(Todos miran á Antonio con estupefaccion; pero sin que nadie deje escapar la menor palabra. El choricero pide un tenedor; Gargantua lo busca en la estufa, despues de haber hecho inútiles pesquisas en la cama de Antonio Huguet y en la espuerta del carbon de piedra. Le dan al choricero un puñal malayo con la hoja torcida, como haciendo llamaradas.)

ANTONIO HUGUET.

M. Vasselin no está aquí; él hará que se le pague á V. (*El salchichero sale.*)

CARLOS LEFLOCH.

¡Ah! ¿con que vamos á comernos las costillas del propietario?

ANTONIO HUGUET.

A él mismo es á quien yo quisiera comerme si no fuera tan correoso.

CARLOS LEFLOCH.

Y las estará esperando.

ANTONIO HUGUET.

Tanto mejor.

CARLOS LEFLOCH.

Y tendrá que pagarlas.

ANTONIO HUGUET.

Si así no fuese, ¿cómo habíamos de vengarnos?

CARLOS LEFLOCH.

¡Ah! ¿con que se trata de una venganza?

ANTONIO HUGUET.

Me ha despedido de la casa.

(Momento de estupor, indignación profunda.)

ANTONIO HUGUET.

Y os he reunido para meditar con vosotros el género de castigo que conviene aplicarle. Sentémonos á la mesa. ¡Eh! Gargantua, ¿y los tenedores?

Gargantua ha dado por fin en la cabeza de una Niobe de yeso, con los tenedores de hierro, á que llamaba Antonio Huguet *su plata*.

Se sientan á la mesa; nunca se han visto servidas en mesa alguna tantas costillas.

CARLOS LEFLOCH.

Es un verdadero festin de Baltasar. Me tomo á cada instante ver aparecer en la pared las tres palabras amenazadoras:

MANE TECEL PHARES.

MITHOIS.

El lujo excesivo en las comidas ha precedido siempre y ha anunciado la caída de los grandes imperios.

ANTONIO HUGUET.

El tal Vasselin me ha despedido de la casa; apenas me instalé en ella, cuando ya, sin saber por qué, empezó á concebir dudas sobre mis fondos, habiéndome hecho pasar con este motivo por diversas pruebas, de todas las cuales he salido victoriosamente.

Primera prueba. El criado de Vasselin vino á pedirme, ocho días despues de haberme mudado aquí, el cambio en metalico de un billete de 1.000 francos.

MITHOIS.

¡De mil francos!

CARLOS LEFLOCH.

¡De mil francos!

EDGARD SAGAN.

¡De mil francos!...

ANTONIO HUGUET.

De mil francos. Yo no me alteré en lo mas mínimo; le contesté al criado: no tengo dinero suficiente para cambiarle á V. un billete de mil francos; pero vaya V. al pasaje de los Panoramas, y allí encontrará usted un cambiante, que por cierto no es nada bonito, ó si no en la Plaza de la Bolsa hallará V. á otro

sumamente feo; estoy seguro de que uno ú otro lo han de servir á V.

El criado se volvió á bajar. La primera prueba se le habia frustrado; las personas mejor acomodadas pueden muy bien no tener en sus arcas mil francos en plata.

Segunda prueba. Ocho dias despues volvió á subir el criado; me dijo que su amo tenia convidados; que le faltaba algun servicio de mesa, y que me suplicaba le prestase tres cubiertos.

—¡Cómo! le dije, ¡con el mayor placer!... Entre vecinos son permitidas estas cosas; ¿está V. bien seguro de que no le faltan mas que tres cubiertos?

—Sí señor.

—Hágame V. el gusto de bajar á ver si con tres cubiertos tendrá bastante.

Trascurridos diez minutos, volvió á subir el criado afirmándome que tendria bastante con tres cubiertos. Gargantua le dijo entonces al rapaz, que se halla aqui presente: dame tres cubiertos; Gargantua, con una gravedad digna de los mayores clogios, sacó tres cubiertos. Gargantua no metia todavía, segun creo, entonces los cubiertos en la cabeza de Niobe; era verano, los guardaba dentro de la estufa.

MITHOIS.

¿Los cubiertos de que nos servimos?

ANTONIO HUGUET.

Los mismos.

CARLOS LEFLOCH.

¿Los cubiertos de hierro?

ANTONIO HUGUET.

Cuidado que le diga V. á su amo, le añadí, que si quiere mas, que estoy enteramente á sus órdenes. Y el criado se llevó los cubiertos que me fueron devueltos al dia siguiente. De entonces acá no he perdonado medio alguno de disgustarme: en fin, al llegar el dia del último pago, me ha retardado algunos dias y me ha hecho saber por un agente de justicia que puedo desocupar la habitacion. Hé aqui, amigos míos, cuál es el estado de las cosas; que nos ponga de beber Gargantua, y que cada uno con calma y gravedad emita su opinion sobre el castigo que debemos imponer á Vasselin.

MITHOIS.

Creo que aqui no se trata de un simple castigo, sino de una sucesion de castigos; es decir, de una *sierra*. Es necesario que Vasselin maldiga el dia de su nacimiento; es preciso que nos halle en todas partes á nosotros y á nuestra venganza; es necesario que sueñe con nosotros.

ANTONIO HUGUET.

Mithois ha presentado perfectamente la cuestion: procedamos con órden, que cada cual dé su opinion; Gargantua las irá escribiendo, y las diversas penas á que condenamos á Vasselin, irán siendo ejecutadas sucesivamente por su turno, sin restriccion, sin conmutacion, sin piedad.

MITHOIS.

Sin piedad.

CARLOS LEFLOCH.

Sin piedad.

EDGARD SAGAN.

Sin piedad.

GARGANTUA.

Sin piedad.

ANTONIO HUGUET.

Gargantua, sirve de beber y escribe.

MITHOIS.

ESCRIBE: Por crímenes y maldades con que no queremos manchar el papel, es condenado el señor Vasselín á sufrir las penas, cuyo pormenor es el siguiente:

1.º El señor Vasselín y sus descendientes quedan privados para siempre de campanilla.

(Antonio Huguet sale.)

CARLOS LEFLOCH.

2.º Todos cuantos vengan al taller tendrán que llamar en casa del señor Vasselín al subir, y preguntar á su criado: ¿es cierto que se ha vuelto loco M. Vasselín?

(Antonio Huguet vuelve con el cordon de la campanilla de M. Vasselín, que ha ido á cortar á su puerta; es acogido con aclamaciones.)

ANTONIO HUGUET.

3.º.....

A este tiempo entró Leon.

Para saber el motivo que condujo allí á Leon, será preciso que nos remontemos á sucesos algo anteriores.

XIX.

Un día nefasto.

Pero antes de escribir este capítulo tenemos que intercalar otro, para no haber de interrumpir en seguida nuestra narracion; es una *fé de erratas*, puesta por una persona á quien amamos, y cuyo talento es para nosotros un juez sin apelacion.

FÉ DE ERRATAS.

1.º Al principio del primer volumen habeis puesto dos veces *somno* como una cosa sumamente elegante, y en esto os habeis engañado.

2.º Y *clavicordio*; tendreis la bondad de decirme: ¿en dónde habeis visto clavicordios?

—Yo vi uno en mi infancia, en casa de una señora anciana que lo tocaba: las teclas eran negras y los dieces blancos. Es ridículo decir *clavicordio*, sobre

todo siendo, como vos sois, hijo de un pianista distinguido.

3.º No me gustan las mujeres que hacen las cosas de la cocina, sobre todo con zapatos de raso; deben tener los pies helados y por consecuencia la nariz encarnada; lo único en que les es permitido entender á las mujeres en el arte de cocina, es en la confeccion de platos de dulce, y aun así tienen ocho días después echadas á perder las uñas.

4.º Hablais demasiado de botas.

5.º Las mujeres aprobarán la idea de proporcionarle á Genoveva el mejor zapatero, porque los zapatos no son nunca ni bastante caros, ni bastante bien hechos; pero se reirán de la *mejor modista*, pues que aun las mas elegantes no mandan hacer sino unas á Palmira, para tener un modelo.

A esto responderemos:

1.º

2.º Detestamos la palabra *piano*, que no quiere decir nada, y que no es sino la mitad de nombre del instrumento, en tanto que clavicordio tiene sentido y suena mejor; hemos visto clavicordios, y por mas señas que hemos quemado uno durante un cierto invierno.

3.ºEs una historia que referimos y que no inventamos.

4.º

5.º Leon es quien se ocupa del tocado de su hermana; y tanto á Leon como á mi, se nos alcanza muy poco en estas materias; además, solo las personas ricas son las que saben y las que pueden hacer economías, y Leon no tenia medio alguno de ser económico.

—¿Es eso todo?

—Seguramente que sí.

Añadiremos ahora de *nuestra cabeza* que hemos

escrito al principio del segundo volumen: *una pipa de espuma*: todo el mundo habla de pipas de *espuma de mar*, y todo el mundo comete la propia tontería que nosotros: es necesario decir pipas de *Kummer*, del nombre del inventor de la pasta de que son hechas las mencionadas pipas.

Y además: tan encantadora cuanto puede serlo la mujer á quien se ha amado. El pensamiento es bastante original; hay dos clases de hombres que profesan la opinion contraria: los *liceístas* y los *antiguos buenos mozos* de cuarenta y ocho años que empiezan á encanecer.

Los liceístas erigen en Dianas cazadoras á las diversas Gothons, cocineras y ñiñeras, á quienes las está reservado la mayor parte de las veces cuanto de mas noble y grande encierra la vida: el primer amor de un adolescente; los hombres de cuarenta y ocho años dicen, con una voz de tenor y una añosa sonrisa de fatuidad sin dientes, al hablar de una mujer cualquiera: «yo la conocí muy bonita; tenía un cuerpo lindísimo; era una Vénus.

Y además: en el capítulo XI y en el capítulo XV del segundo tomo hemos mostrado á Leon comprándose un sombrero; el sombrero renovado en el capítulo XI, no tenía necesidad de serlo mas adelante: es un error de fecha de nuestra memoria, que no reporta otra utilidad que la de prestarle al capítulo XV los sucesos de lo que acaeció en el capítulo XI.

XXII.

Un dia nefasto.

Un dia salió Leon por la mañana diciéndole á Geneveva:

—Volveré temprano y te traeré lo que el médico te ha mandado.

Y por la vez primera la habia dejado sin dinero: Leon carecia de él absolutamente; pero era dia de leccion de una de sus discipulas, cuya duodécimu tarjeta le habia sido entregada la leccion precedente, y segun costumbre debia pagarle en aquel dia.

Estando dando la leccion anunciaron á *M. Rodolfo de Redeuil*. Rodolfo entró, besó la mano de la jóven señora, y saludó á Leon con un aire protector tan impertinente, que le costó trabajo á Leon hallar un saludo que lo fuese aun mas. Leon estaba en la casa bajo el pié de hombre pagado, y Rodolfo, aun siendo amigo de Leon, no hubiera tenido valor para confesarlo en semejante circunstancia; pero ambos, cuantas veces se encontraban, no perdonaban medio de dirigirse palabras punzantes; Rodolfo, menos espiritual que Leon, á pesar de la superioridad de su posicion en la cual se atrincheraba, no le llevaba ventaja la mayor parte de las veces á su adversario, avivándose su cólera contra él á cada encuentro.

—*M. de Redeuil*, exclamó madama de Drean, ¿me permitirá V. continuar mi leccion?

Leon sintió agolpársele la sangre al rostro: aquello equivalia á preguntarle á Rodolfo si queria que lo despidiesen.

Rodolfo se inclinó sin hablar; pero antes de su respuesta habia vuelto Leon á ocupar su asiento al piano y habia dado el tono á madama de Drean. Cantó una pieza, despues de lo cual dijo Leon:

—Eso no está bien.

Rodolfo se levantó y exclamó:

—Admirablemente.

Leon á su vez fingió no haberle entendido é hizo ver á madama de Drean en qué se habia equivocado; solo que como el modo que habia tenido Rodolfo de dirigirla aquella galanteria era mas que desairado para él, añadió:

—Hay personas á quienes les pareceria esto admirable; pero V. felizmente se halla adornada de unas dotes tales, que no debe contentarse con una aprobacion vulgar y de mal gusto.

Madama de Drean le preguntó á Rodolfo si era músico: él la respondió: No; tengo hace un año un *pobre diablo* de maestro de piano que anda todos los dias una legua por el lodo para ir á darme una leccion que yo no tomo casi nunca, á lo que últimamente he determinado hacerle ejecutar dos ó tres cosillas en el piano, le pago su tarjeta, y se vá.

—Pobre diablo, en efecto, murmuró Leon, pues se vé obligado á sufrir eso.

—V. deberia imitar mi ejemplo, continuó Rodolfo; M. Leon tiene bellisimas disposiciones para el violin; esto la procuraria á V. alguna distraccion.

—Me es conocido, contestó madama de Drean, el talento de M. Lauter: *tuvo la bondad* de que le oyésemos en mi última *soirée* á la cual *se dignó* asistir.

Leon le dió interiormente gracias á madama de Drean; Rodolfo se mordió los labios; madama de Drean añadió: ¿Y V. por qué no vino?

—No soy aficionado á la música, respondió Rodolfo, y V. en su billete me advertía que su *soirée* sería toda musical; además, le había prometido á...

Leon le interrumpió con un preudio en el piano, y dijo:

—¿Gusta usted, señora, de que repitamos aquella canción antigua que á usted la agrada tanto?

Deslizóse una nube de cólera por la frente de Rodolfo.

Madama de Drean se levantó y comenzó á cantar.

En tanto que madama de Drean cantaba, Rodolfo, el codo sobre el piano y la cabeza inclinada, le lanzaba las mas irresistibles miradas.

Leon le dijo:

—Dispense usted, caballero, pero su codo colocado sobre el piano le apaga en gran manera los sonidos.

La lección había acabado; pero Leon no quería hacer delante de Rodolfo como el *pobre diablo* de nuestro de piano, á quien este le daba su *tarjeta*, y *se iba*: además, no era de aquella suerte como se procedía con él en casa de madama de Drean. Leon estaba bastante bien educado, y tenía bastante mundo para que generalmente gustaran todos de tratarlo de un modo decoroso.

Eseptuó de esto á algunas personas que, en su culto por el dinero, no creen jamás de buena fé que lo que se dá por el dinero, por precioso que sea, valga realmente dinero, y creen siempre ser los bienhechores de aquellos á quienes se lo dan, por corta que sea la cantidad que den, y sea cualquiera el valor de lo que se les dá en cambio, porque sea lo que sea, nunca, dicen, es dinero.

Nada de extraño había por lo tanto en que Leon, terminada que fué la lección, tomase una silla y continuase alternando en la conversacion. Nada es tan desagradable para un hombre como el ser sorprendido por otro haciendo gestos y guiños de ojos; de esta

especie era el disgusto que le habia ocasionado Leon á Rodolfo cuando le suplicó con la mayor urbanidad que no pusiese el codo sobre el piano. Madama de Drean habló de música; Rodolfo de muchas simplezas.

LEON.

En Francia es comprendida de un modo bastante singular la música: generalmente se toma como una fiebre intermitente. Durante cinco ó seis años no se suelen ocupar de ella; despues se pone de pronto á la moda, y entonces ya todos se aficionan, todos hablan de ella, á todos estasia, y la aplauden. Y los elegantes van á gritar al teatro italiano: «¡Bravo, Rubini! ¡Bravo, Grissi!» en tanto que Rubini y la Grissi cantan, haciendo de modo que ni ellos ni nadie pueda oirlos. Es una desgracia que se haya llegado á hacer tocar en el ridículo la cosa mas bella que existe, el mas divino de los artes, la música; y que á causa de no poder sentir dignamente y apreciar la música, haya quien se revista de una admiracion grotesca en su exageracion para con los diversos funambulos á quienes se les rinde mil veces mas homenajes que á los grandes génios cuyas obras cantan.

RODOLFO.

Monsieur Lauter, ¿quién es hoy dia el primero de los jóvenes violinistas?

Era imposible hacer una pregunta con peor intencion; equivalia decir á Leon: no te cuento á ti, a tí, pobre talento de segundo orden. Leon comprendió la impertinencia, y le respondió con la mayor imperturbabilidad:

—Yo, caballero...

Rodolfo creyó replicar con una sonrisa irónica. Pero madama de Drean, casi á pesar suyo, exclamó:

—¡Bravo, monsieur Lauter! A propósito, dijo poniéndose algo sobre sí: el que tenga V. tan admirable talento no es una razón para que yo no le pague á usted sus lecciones, de las que, aun despues de pagadas, le quedo sumamente reconocida porque me las dá. Soy deudora de V. desde la lección última, usted tiene todas mis tarjetas, ¿no es cierto?

Leon habia tomado las tarjetas por la mañana y las habia contado cuatro veces para estar bien seguro de no dejarse olvidar a ninguna, y no dejar á merced de la suerte medio alguno de retardar el pago; y antes de llamar en casa de madama de Drean, habia metido la mano en el bolsillo para asegurarse de nuevo de que estaban allí; pero la idea de recibir delante de Rodolfo el importe de sus lecciones le pareció insostenible, y le contestó á madama de Drean que no llevaba consigo sus tarjetas.

—¡Pero si yo no tengo necesidad alguna de ellas!... usted me las devolverá otro día; estoy completamente segura de que le di á V. la duodécima la última vez que vino; voy á darle á V. su dinero.

Y se aproximó á un escritorio.

¡Dinero! ¡allí habia dinero! tan cerca de Leon: dinero que se le debia, que le pertenecia, que se lo iban á dar, que iba á tocarlo con sus manos, á echarlo en su bolsillo; dinero que, en un volumen tan pequeño, encierra tantos placeres, tanta felicidad, tanta independencia, tantas lágrimas enjugadas, tanto poder.

Y dijo:

—No, gracias; me lo dará V. otro día; hoy me *embarazaria*...

¡Le embarazaria! ¡Pobre jóven! ¡no se creeria sino que llevaba los bolsillos henchidos de oro! ¡Ay! ¡sus pobres bolsillos tan vacíos y tan holgados! ¡Cuando no le habia dejado nada al marcharse a Genova, era señal de que absolutamente nada le restaba!...

—¿Y su casamiento de V? le preguntó madama de Dreañ á Rodolfo.

RODOLFO.

¿Qué casamiento?

MADAMA DE DREAÑ.

¿No decian que iba V. á casarse con la señorita de Chaumier?

RODOLFO.

¿La señorita de Chaumier? ¿Quién es la señorita de Chaumier?

LEON.

Es mi prima, caballero, y la hija de mi tío M. Chaumier, en cuya casa hubo un tiempo en que *rogó* usted lo presentase á M. Alberto Chaumier.

MADAMA DE DREAÑ.

Dicen que es muy bonita la señorita de Chaumier.

RODOLFO.

No es fea.

MADAMA DE DREAÑ.

No puede V. negarme que haya mediado algo entre ella y V.; mas de diez personas distintas me han hablado de ello.

RODOLFO.

Se engañaban.

LEON.

A no dudarlo, porque á ser cierto se vanagloriaría de ello M. de Redeuil en lugar de negarlo.

MADAMA DE DREAN.

Parece que todo ha concluido ya, lo cual le ha ocasionado á V. algun disgusto...

RODOLFO.

¿A mí? no, de ningun modo; no era fortuna suficiente la de esa muchacha para mí.

MADAMA DE DREAN.

Hay cualidades que superan en mucho á los bienes de fortuna.

LEON.

Precisamente de dichas cualidades es de las que quizá no le hubiera podido ofrecer muchas M. de Redeuil á mi prima.

RODOLFO.

¿Es ella acaso quien se lo ha dicho á V., caballero?

LEON.

No señor: nunca la he oido hablar de V.

MADAMA DE DREAN.

En fin, es lo cierto, según dicen, que V. llegó á pedir su mano.

RODOLFO (*con el mas fátuo é impertinente de los tonos, como si fuera una cosa absurda el que pudieran suponer que se ocupaba con seriedad de una tal señorita de Chaumier.*)

No.

LEON.

Este caballero es muy prudente.

RODOLFO.

No lo es V. menos.

LEON.

Será quizás porque no crea en el peligro.

MADAMA DE DREAN.

Hablemos de otra cosa.

RODOLFO.

¿Y por qué?

MADAMA DE DREAN.

Por hablar de otra cosa, lo cual es para mí suficiente motivo. ¿Vá V. esta noche á los Bufones?

RODOLFO.

¿Canta la *Grissi*?

MADAMA DE DREAN.

Si.

RODOLFO.

¿V. irá?

(Leon aprieta los labios y hace un ligero movimiento de cabeza, lo cual quiere decir tan manifiestamente, que hubiera sido mas atento comenzar la segunda pregunta, que madama de Drean traduce en alta voz este pensamiento, que no comprende cómo le ha sido sugerido.)

MADAMA DE DREAN.

Si, iré; pero me parece que hubiera sido mas galante el haberme preguntado primero esto.

RODOLFO.

Adios pues, señora.

MADAMA DE DREAN.

Adios.

LEON.

Senora, tengo el honor de repetirme á sus órdenes.

MADAMA DE DREAN.

No me olvidará V. pasado mañana.

Al bajar la escalera sentia Leon la violencia con que le latia el corazon dentro del pecho; la primera palabra que iba á pronunciar era muy grave. Llamó á M. de Redeuil que no le habia saludado, aun cuando salió el primero, y que iba á traspasar el umbral de la puerta de la calle sin mirar á Leon.

LEON.

¿M. de Redeuil?...

RODOLFO.

¿Monsieur Lauter?...

LEON.

¿Gustará V. permitirme que le dé un consejo?

RODOLFO.

¿Le es á V. igual esperar á que yo se le pida?

LEON.

No, caballero, de ningun modo me es igual; y hé aquí el que le tengo que dar á V.: creo que seria en todo tiempo mas honroso para V., y sobre todo mas prudente, el hablar en mi presencia de un modo conveniente de una persona que se halla ligada conmigo por lazos de parentesco.

RODOLFO.

Caballero, no acostumbro á recibir lecciones.

LEON.

No obstante, parece que necesita V. de algunas.

RODOLFO.

¿Quiere V. hablar de lecciones de violin, caballero?

LEON.

No, sino de lecciones de urbanidad y de saber vivir en sociedad.

RODOLFO.

¿Por ventura ejerce V. tambien esa profesion caballero?

LEON.

Algunas veces, señor mio.

RODOLFO.

Sin embargo, no me parece V. muy docto en la materia.

LEON.

Pero.. lo soy lo suficiente para V., caballero, á quien será preciso adorne de conocimientos elementales.

RODOLFO.

¿En dónde suele V. dar esas lecciones, caballero?

LEON.

Yo, en Meudon, ó tambien al pié de Montmartre, cerca de Clignancourt.

RODOLFO.

¿No podriamos comenzar desde mañana?

LEON.

Con muchisimo gusto.

RODOLFO.

Enviaré á casa de V. á dos de mis amigos para fijar las condiciones.

LEON.

Desearia que no fuesen á casa con semejante motivo (Leon pensaba en Genoveva); yo mandaré á casa de V. ¿Le seria á V. igual no llevar sino un solo testigo?

RODOLFO.

Absolutamente, si V. así lo prefriere.

LEON.

Entonces, el mio estará en casa de V. mañana por la mañana á las ocho.

RODOLFO.

Señor mio, hasta que vuelva á tener el gusto de que nos veamos.

LEON.

Caballero, el gusto será el mio.

Al separarse de Rodolfo, el primer pensamiento que se le ocurrió á Leon fué el de buscar un testigo y armas; despues pensó que era ya mas de medio dia y que habia dejado á Genoveva sin dinero; recordó el que acababa de rehusar. Maldijo su vanidad que se habia llevado la preferencia sobre su hermana; y concluyó por maldecirse á sí mismo. Despues comenzó á imaginar espedientes, porque necesitaba dinero, y se decidió á ir á pedirselo prestado á Antonio Huguet. Era una cosa que nunca habia hecho; nada le parecia tan natural como el que sus amigos le pidiesen dinero prestado, no ballando nada reprehensible en ello. Pero al ocurrírsele ir á pedirlo, se sentia humillado de un modo muy singular; no obstante, se dirigió hácia el taller.

XXIII.

Durante este tiempo se hallaba Genoveva tristemente encerrada en su casa; habia adivinado por la mañana que Leon no tenia dinero, y estaba sumamente afligida por el abatimiento en que suponía á su hermano, y por lo que sin duda alguna se estaria atormentando para encontrarlo. Alberto fué á verla; hacia bastante tiempo que no habia ido; sorprendióse extraordinariamente del cambio verificado en la fisonomía de su prima. En cuanto á Leon, que la veia diariamente, podia graduar muy poco sus alteraciones sucesivas, siendo muy débiles de un dia para otro para que pudiese apereibirse de ellas.

Su cutis se habia tornado de un blanco mate y pálido, áspero y seco, tenia la cabeza vencida hácia atrás, como si así hubiera podido sostenerla mejor; su cuello inclinado se movia con alguna dificultad; cuando queria ver algo, adelantaba el rostro hácia los objetos, como si los hiciera menos perceptibles la disminucion de la sensibilidad de su piel: despues de semejante esfuerzo, que parecia serle muy violento, volvia á dejar caer la cabeza.

Alberto la retiró sus disgustos; se sentia abrumado, casi enfermo; aquella noche pensaba marcharse á pasar algunos dias á Fontainebleau con el objeto de descansar. Genoveva alzó los ojos al cielo con una mirada de reconvencion: ¡habiale rogado tanto por la felicidad de Alberto!

—Alberto, le dijo, quisiera que fuese posible hallar felicidad en esta vida y que estuviese en mi mano el dártela; ten valor; no te dejes llevar de la desesperación; eres joven, tienes porvenir. ¿Pero y tu mujer? ¿y Ana?

—Está con sus padres, respondió Alberto; me han arruinado; después que la han persuadido de que no podía compartir la suerte de un hombre arruinado que *lloraban con el alma* no poder socorrer.

—¿Es posible? exclamó Genoveva.

Y pensaba la pobre niña en la felicidad que hubiera sido para ella el ser desgraciada con Alberto. Compartir la existencia del hombre á quien amaba, la parecía una dicha tan inmensa, que todas las demás cosas que son tenidas por felicidades la parecían, comparadas con ella, inútiles y aun embarazosas.

Alberto la besó en la frente y partió. Genoveva le dijo:

—Adios, Alberto, sé feliz; yo rogaré á Dios por tí.

—¿Pobre niña! pensó Alberto al irse, quizá será muy pronto en el cielo en donde rogarás tú por mí.

Y bajó la escalera sumamente contristado.

Alberto se fué en efecto á pasar algunos dias á Fontainebleau; allí encontró á M. Chaumier y á Rosa igualmente tristes, pero por causas muy distintas. Rosa habia perdido á Leon, lo habia perdido por culpa suya, y lo lloraba amargamente, sobre todo al sentir en su corazón tanto amor y tanta ventura para él.

M. Chaumier, hechos todos sus cálculos, se veía en la necesidad de tomar dinero sobre su casa de Fontainebleau.

Un dia llegó un forastero á hablarle acerca de esto, para lo cual recorrió la casa, y después le dijo:

—¿Querria V. vendérmela?

—No, dijo M. Chaumier, me gusta; es muy cómoda, y estoy muy acostumbrado á ella.

—No, exclamó Rosa en voz baja, ¿á quién habian

de hablar de Leon los árboles y las flores del jardín, y quién había de hablar de él conmigo?

No obstante, el forastero ofreció por ella un precio tan subido, que M. Chaumier le dijo:

—¿Habla V. en broma, caballero?

EL FORASTERO.

No señor, que hablo con seriedad.

M. CHAUMIER.

¿Y es para V?

EL FORASTERO.

¿Y esa pregunta, qué objeto tiene?

M. CHAUMIER.

Absolutamente ninguno.

(Sin embargo, era por algo, y este algo era que el exterior del forastero no permitía creer que poseyese tanto dinero como ofrecía dar.)

EL FORASTERO.

Veo claro lo que á V. le ocurre; V. me supone demasiado pobre para que me halle en estado de comprar casas; quizá tenga V. razón; en efecto no es para mí.

Al llegar aquí, Modesta, que había suspendido el arreglo del gabinete de M. Chaumier, comenzó á barrer y á sacudir el polvo sin piedad.

M. CHAUMIER.

¡Eh, Modesta, que nos deja V. ciegos!

MODESTA.

Preciso es que se haga la limpieza.

M. CHAUMIER.

Ya ee hará mas tarde.

MODESTA.

Entonces comerán ustedes á las ocho de la noche.

M. CHAUMIER.

No importa.

MODESTA.

Entonces no hay que echarme á mi la culpa.

M. Chaumier dejó percibir entonces un cierto chasquidó de lengua que de ordinario precedia cortísimos instantes á las violentas cóleras de que hacia objeto algunas veces á los criados que tenian la desgracia de no ser negros. Modesta se fué.

EL FORASTERO.

No, la casa no es para mí.

M. CHAUMIER.

Es que considere V. bien, *buen hombre*, que me contraría mucho el venderla.

EL FORASTERO.

El precio que por ella ofrezco es muy suficiente á compensar ese disgusto.

Rosa salió para ir á buscar á Alberto al jardin.

EL FORASTERO.

¿Es esta la señorita Rosa?

M. CHAUMIER.

Esta señorita es mi hija. ¿Sabe V. su nombre?

EL FORASTERO.

Lo ha pronunciado V. delante de mi.

M. CHAUMIER.

Entonces me pregunta V. lo que ya sabe de antemano.

EL FORASTERO.

Hablemos de la casa.

M. CHAUMIER.

Pues bien; no pienso en venderla.

EL FORASTERO.

Pues ofrezco 20.000 francos mas de lo que realmente vale.

M. CHAUMIER.

¿Y eso por qué causa?

EL FORASTERO.

Porque me gusta. La casa y el jardín no valen sino 40.000 francos á todo valer; pero el antojo de poseer una cosa que gusta, vale muy bien 20.000 francos independientemente de la cosa misma.

M. CHAUMIER.

¿Pero no dice V. que la casa no es para V?

EL FORASTERO.

¿Quiere V. 60.000 francos?

M. CHAUMIER.

Seria una locura el no aprovecharse de la de V.

EL FORASTERO.

¿Quiere V. venir mañana á Paris? Terminaremos el negocio: V. recibirá sus 60.000 francos de la persona que compra, y al propio tiempo le hará V. cesion de los títulos de propiedad: la escritura de venta se hallará estendida.

M. CHAUMIER.

Desearia no dejar la casa hasta el otoño.

EL FORASTERO.

Eso podrá zanjarse. Tendrá V. la bondad de estar allí á las cuatro de la tarde.

M. CHAUMIER.

Una parte de la casa le pertenece á mi hija.

EL FORASTERO.

En ese caso será preciso que firme la escritura; llévela V. consigo.

M. CHAUMIER.

Está bien. No olvide V. que se ha terminado el negocio en los 60,000 francos; que únicamente dicha suma es la que me decide.

EL FORASTERO.

Dicho está lo que se ha dicho: hasta mañana á las cuatro. Aquí tiene V. las señas.

M. CHAUMIER.

Hasta mañana. No le salgo acompañando á V.

EL FORASTERO.

Bien lo veo.

XXIV.

En el jardín.

—¿Qué es lo que tienes, Rosa? exclamó Alberto, al ver la fisonomía de su hermana.

—¡Ay, Alberto! le contestó Rosa, papá vende la casa.

—¿Esta? le preguntó Alberto con indiferencia.

—Sí, le contestó Rosa, mas triste aun.

ALBERTO.

¿Es que ha encontrado quien se la pague bien?

ROSA.

Parece que sí.

ALBERTO.

Entonces no hay por qué afligirse; al contrario.

ROSA.

¡Ah! ¡tú no comprendes nada de esto!...

ALBERTO.

Pero ¿qué quiere decir esto? Voy á informarme de mi padre de cuanto aqui ocurre.

—¡Oh! prorumpió Rosa cuando se vió sola, es que

venden á la vez todos mis recuerdos, todos los dias felices de mi infancia, cuyos risucños fantasmas parece que andan vagando entre el follaje de los árboles. Nada mas existe en un jardin que árboles y flores: todo cuanto en él acaece, todo lo que en él se dice, tiene un carácter enteramente distinto; parte del corazon, y va derecho al corazon. Todas cuantas palabras de amor me ha dicho Leon, se han quedado en el jardin; y cuando en el estío al ponerse el sol agita las hojas un viento suave, me parece que oigo en aquel murmullo que cada una de las hojas me dice una de esas palabras que me han conservado. ¿Cómo es posible que hayan de vender todo esto?

Y ahora que ya no existe para mi felicidad alguna en lo porvenir ni en lo presente, ¿cómo he de poder renunciar á lo pasado?

Y comenzó á llorar amargamente. ¡Oh, preciosos rosales! exclamó, esta será quizá la última confidencia que yo pueda haceros.

XXV.

Aquella noche se volvió Alberto á Paris. Pero la desgracia se encarnizaba tanto en los Chaumier como en los Lauter; ambas ramas de la familia se hallaban envueltas por la suerte en un mismo odio, en una misma persecucion; al dia siguiente, hácia el medio dia, se presentó un guarda de comercio con sus dependientes, y arrestó á Alberto en virtud de un pagaré de mil escudos.

Un fiacre esperaba á la puerta. Calle de Clichy, dijo el guarda de comercio; no obstante, trascurridos diez minutos, le preguntó á Alberto si queria que le condujese á casa de alguno de sus amigos para que le prestase la suma por que se veia conducido á la prision.

—¡De mis amigos! le respondió Alberto; no tengo sino uno, y ese es mas pobre que yo, porque nadie aceptará su firma.

—¿Quiere V. entonces ver á su acreedor?

—Sí; quizá quiera ponerse en razon.

—No es la costumbre, cuando logran tener á su disposicion al deudor.

—Lo mismo dá: probemos.

—Probemos. ¡Cochero, á los Campos Eliscos!

Rosa y M. Chaumier no se hallaban en tanto mucho mas satisfechos que Alberto; Rosa sobre todo consideraba la venta de la casa de Fontainebleau como un sacrilegio, como una cosa funesta que debia acarrearles una gran desgracia.

Llegaron á Paris á las tres de la tarde, y se dirigieron á la casa cuyas señas les habian indicado. Hicieronlos pasar á una antesala, en donde les suplicaron que esperasen.

Rosa sentia una fuerte opresion y no hablaba; su padre le habia indicado que necesitaba de su firma, y que era preciso que ella misma vendiese su casa de Fontainebleau, y no podia apartar la memoria de lo pasado.

Goete y nuestro amigo Gantier tienen mucha razon al darles á las flores una voz y un idioma particulares; en cuanto á mí, no sé que exista nada menos silencioso que un jardin.

XXVI.

En el jardín.

Cuando llega la alegre primavera, cuando aromas y flores por do quiera y amor natural envía.

Entre las *lilas* y *abenuz* floridos van mis dulces recuerdos escondidos, á buscar alegría.

Se abre una flor y exhálase al momento de ella una voz con armonioso acento, que llega al corazón.

Si por Junio las *rosas* blancas veo, ¿por qué en pos de ellas mi tenaz deseo me arrastra con pasión?

Y es que en Junio á la *rosa* siempre he oído: «*Ahí tienes, Juan, tu fiesta nunca olvidado,*» trece años hace ya.

De cada flor oye una voz el alma, voz que á llanto produce ó dulce calma, y que veloz se vá.

¿Conoceis esa flor que las paredes cubre de verdes y floridas redes? es el fresco *alcohol*.

La *enredadera*, con sus flores ciento, que noche y día con fugaz acento cantan, y alegre voz.

Una canción de amor tierna y sencilla, que bajo un árbol al pararme á oírlo, cierto día.

Ved, allá abajo el *aleli* florece. Flor habladora que decir parece: «Acuérdate de mí.»

«¿Te acuerdas de los sitios dó gozabas? ¿De la escalera que al jardín guiaba y que el musgo cubria?»

«En las grutas nacer flores doradas, veíanse por su vestido ajadas, al pasar cada día,

»Tú las cogias, y despues ansioso, ya secas, las besabas ardoroso, mil veces con pasion.»

Si es que á pasar por otro lado acierto, á un naranjo florido hablar advierto, y si presto atencion

Dice: «¿Recuerdas una noche acaso? solo vagabas con incierto paso, y tu alma con afan,

»Me decia: Por Dios, abre tus flores, que esencias y balsámicos olores, sus pétalos darán,

»Florece por el ser que adoro bello; tus flores ornarán con su cabello su rostro encantador.»

«Trece años há, para ella guardo en vano, cada estacion, mi adorno mas galano.. Ni aun percibe su olor.»

XXVII.

El taller.

.....¡Ah! hé aquí á Leon, dijo Edgard Sagan.

CARLOS LEFLOCH.

Que tome asiento en el consejo y que emita su opinion.

ANTONIO HUGUET.

Gargantua, lee el proceso verbal.

GARGANTUA.

«Por crímenes diversos, etc., etc.»

MITHOIS.

Bueno será informar á Leon de toda la estension del crimen que M. Vasselin, propietario de esta casa, ha osado desahuciar á Antonio.

LEON.

¡Oh!

ANTONIO HUGUET.

Continúa, Gargantua.

GARGANTUA.

Art. 1.º «El señor Vasselin y sus descendientes quedan privados para siempre de campanilla.»

MITHOIS.

Y hé aquí la primera campanilla cortada por Antonio.

LEON.

Bien.

ANTONIO HUGUET.

Continúa, Gargantua.

GARGANTUA.

Art. 2.º «Todos cuantos vengan al taller, quedan

obligados á *llamar* en casa del señor Vasselin al subir á él, y á preguntarle á su criado: *¿Es cierto que M. Vasselin se ha vuelto loco?*»

ANTONIO HUGUET.

En el artículo se espresa *llamar*, porque en el caso en que apareciese en la puerta una nueva campanilla, deberá cortarse y echársela en el bolsillo antes de *llamar*.

MITHOIS.

Hé aquí en lo que nos hallábamos. Escribe, Gargantua.

ANTONIO HUGUET.

Art. 3.º...

LEON.

«Será dibujada la caricatura de Vasselin en las fachadas de todas las casas del cuartel, y especialmente en la escalera y en la puerta del arriba mencionado, *en donde* deberá quedar perpétuamente; para lo cual se renovará cuantas veces sea borrada.

ANTONIO HUGUET.

¿Queda aprobado el artículo 3.º?

TODOS.

Si.

ANTONIO HUGUET.

El artículo tercero queda adoptado por unanimidad. Gargantua, registra el artículo tercero.

Art. 4.º...

EDGARD SAGAN.

Siempre que se tenga noticia de que hayan salido Vasselín y su esclavo, se deberá cegar la cerradura con huesos de cereza.»

ANTONIO HUGUET.

¿Queda aprobado el artículo 4.º?

MITHOIS.

Aprobado.

CARLOS LEFLOCH.

Propongo una enmienda.

ANTONIO HUGUET.

Tiene la palabra Carlos Lefloch.

CARLOS LEFLOCH.

Propongo que se añada: «ó con chinás.» No hay cerezas en todas las estaciones.

ANTONIO HUGUET.

¿Queda adoptada la enmienda?

TODOS.

Adoptada,

ANTONIO HUGUET.

Escribe, Gargantua, el artículo 4.º—Art. 5.º Hé aquí lo que yo propongo.

Art. 5.º «La casa no volverá á estar alumbrada.»

Es decir, que todas las noches se deberán apagar

los quinqués colocados en los diversos pisos, tantas veces cuantas los enciendan.

TODOS.

Aprobado, aprobado.

ANTONIO HUGUET.

Escribe el artículo 5.º, Gargantua.—Art. 6.º

MITHOIS.

«Se invitará á todos los amigos de casa á que vengán á ejercer aquí sus talentos mas ó menos brillantes en todos los instrumentos de vecindad enojosa, tales como la trompa de caza, el trombon, la trompeta, el cornetin de piston, el oboe, etc.

Tendrán además lugar algunos conciertos de cacerola y tenazas y selos de tambor, promediando cortos intervalos y procurando que sean á deshora.»

TODOS.

Arobado.

ANTONIO HUGUET.

Art. 7.º...

CARLOS LEFLOCH.

«Desde esta noche, y atendiendo á que Vasselin se acuesta, asi como su criado, en el interior de la casa (con tornillos y tablas agujereadas de antemano, para evitar el ruido del martillo) se barrenará, tapaná y cerrará hermética y sólidamente la puerta de Vasselin que dá á la escalera.»

TODOS.

Aprobado.

ANTONIO HUGUET.

Art. 8.º «Desde mañana, en vista de que Vasselin habita precisamente debajo de mi cuarto, queda instalado aquí un juego de bochas.»

Art. 9.º y último.

«No dejará de ponerse en práctica nada de cuanto pueda hacer inhabitable la casa, y convertir en insufrible la existencia de Vasselin.

»Fecho en nuestro domicilio el de Febrero de 18...»

ANTONIO HUGUET.

Nada se opone á que sea inmediatamente puesto en ejecución el art. 3.º

—Gargantua, lee el art. 3.º

GARGANTUA.

«Será dibujada la caricatura de Vasselin en las fachadas de todas las casas del cuartel, y especialmente en la escalera y en la puerta del arriba mencionado, en donde deberá quedar perpétuamente; para lo cual se renovará cuantas veces sea borrada.»

ANTONIO HUGUET.

Gargantua, embadurna de carbon la escalera, que es amarilla, y dame clarion para la puerta, que es oscura.

Todos se precipitaron á la escalera, escepto Leon, que se quedó solo en el taller.

Recorrialo á grandes pasos, y pensaba en Genoveva, que le esperaba, y á cuyo lado no se atrevia á volver: no sabia cómo componerse para pedirles dinero prestado á sus amigos. ¿Cómo lanzar un pensamiento triste en medio de tan loca alegría?

Todos volvieron á entrar riendo; Leon componia laboriosamente en su imaginacion la frase de que debia servirse para hacer la peticion. Nunca fué tan estudiado y retocado discurso alguno académico.

Quería fingir cualquiera diversion, para la cual le faltaba un luis: pero se apercibió de que hacia mas de un cuarto de hora que no desplegaba los lábios; que su aire taciturno desmentiria sus palabras; que antes de hablar necesitaba desvanecer esta impresion, y se apoderó ávidamente de este pretesto que á sí propio se daba para retardar una peticion que le causaba tanta vergüenza.

Despues, cuando hubo llegado el momento, volvió á repasar la frase.

Durante este tiempo, Mithois habia comenzado á referir no sé qué suceso, en cuya narracion no podia interrumpirlo.

—Cuando haya acabado de hablar Mithois, se dijo á sí mismo.

Y cuando Mithois hubo cesado de hablar no se atrevió; empero recordó en seguida á Genoveva que lo esperaba, y abrió la boca; mas la voz se detuvo en la garganta: se levantó, comenzó á pasearse por el taller, y se dijo:

—Vamos; preciso es no reflexionarlo.

Miró el reloj de madera colocado en la pared, y pensó:

—Cuando llegue el minuterero al VI.

Pero un poco antes de que el minuterero señalase en el VI, llamaron á la puerta del taller.

Todos prorumpieron en un grito de admiracion al reconocer á M. Vasselin.

M. Vasselin venia cárdeno y profundamente irritado.

Al entrar dejó los chanclos á la puerta: Antonio Huguet se adelantó hácia él.

M. VASSELIN.

¡Ah! V., caballero...

ANTONIO HUGUET.

¿Cómo está V., M. Vasselin?

M. VASSELIN.

No se trata aquí de mi salud: solo vengo á preguntarle...

ANTONIO HUGUET.

Siéntese V.

M. VASSELIN.

No estoy cansado.

ANTONIO HUGUET.

No importa.

M. VASSELIN.

No quiero sentarme.

ANTONIO HUGUET.

Pues estoy decidido á no escucharle interin no se siente.

Todos, *con hórridas exclamaciones.*

M. Vasselin, debe V. sentarse.

M. VASSELIN.

Ya estoy sentado. Ahora, caballero, podré saber...

GARGANTUA.

Aquí preguntan por M. Huguet.

ANTONIO HUGUET.

Dispéñseme V.; soy con V. al momento: Mithois, ten la bondad de quedarte aquí con este caballero.

M. VASSELIN.

Lo que tengo que decirle á V...

GARGANTUA.

Dicen que traen grande urgencia...

ANTONIO HUGUET.

Dispéñseme V. (*Antonio Huguet sale.*)

M. VASSELIN.

No comprendo, señores...

GARGANTUA.

Ahí están buscando á M. Mithois; dicen que su tía acaba de dar á luz un niño con dos cabezas.

MITHOIS.

Mil perdones, Leon; reemplázame.

M. VASSELIN.

Ya sabré yo hacer entrar en razon á M. Huguet.

GARGANTUA.

Aquí esperan á M. Leon para la ejecucion del artículo 5.º

Leon sale y se encuentra con Mithois y con Antonio Huguet; leon les indica que se vá; en efecto, habiale ocurrido una idea que iba á poner en ejecucion; no les pedirá dinero prestado á sus amigos. Mithois se baja con él, vá á comprar los tornillos para el cumplimiento del artículo 7.º Al bajar apagan los quinqués; Gargantua los sigue á corta distancia, y vá vertiendo agua en los mecheros para dificultar el que puedan volver á encenderlos; apenas hubieron llegado á la calle, cuando Mithois eccó á un pobre que á la sazón pasaba, y le dijo:

—Tome V., buen hombre, haga V. uso de ese par de chanclos nuevos.

El pobre aceptó con el mayor reconocimiento los chanclos de M. Vasselin que Mithois acababa de tomar al salir de junto á la puerta; Leon se despidió de él y se marchó precipitadamente.

XXVIII.

Leon se precipitó con la mayor rapidez en las calles; atravesó *le pont Royal*, y llegó á la calle *des Agustins*; allí entró en una casa en la que pocos días antes habia dejado su violin, lo tomó, y comenzó á vagar en busca de la casa de un prestamista sobre alhajas ú objetos.

Por último, ya triunfó de su vergüenza, se aproximó á un hombre sentado en una esquina, y le preguntó:

—Se me han olvidado las señas de un amigo mio

que acaba de mudarse; pero estoy seguro de que usted podrá dármelas: es en esta calle ó esotra de al lado; es un comisionista del Monte de Piedad.

—El Monte de Piedad, contestó el saboyano, creo que es en el número 58.

Leon voló al número 58 y entró en el portal: aquel portal le recordó el portero de estrados. Todo cuanto encierra Paris de repugnante mora en los portales.

Subió un piso, dos pisos; todo estaba cerrado. Volvió á bajar, y le preguntó al portero:

—¿El Monte de Piedad?

—¿Por qué no me lo preguntó V. antes de subir? Está cerrado.

—¿Cómo cerrado?

—Hoy como es domingo se cierra temprano.

—¿Y si llamo?

—No le abrirán á V.; no hay nadie.

Salióse Leon anonadado, y sus piernas moviéndose por sí solas le llevaron hácia su casa.

Al pasar otra vez por *le pont Royal*, la frescura del agua le sacó de aquel enagenamiento.

Se detuvo y se apoyó sobre el pretil, mirando hácia el río, y preguntándose:

—¿Qué hacer?

El aspecto que á semejante hora presentan los puentes, es á la vez sombrío y magnífico. Se vé mas abajo de *le pont des Arts* dividirse el Sena en dos ramales negros que se pierden en densísimos vapores. Se distinguen en la sombra las torres cuadradas que se elevan sobre un horizonte casi tan negro como ellas; no se vé, de las casas que se hallan diseminadas en los muelles, sino las luces por las ventanas, y aquellas luces que se reflejan en el agua negra, alargadas como cirios de fuego.

Es imposible detenerse de noche sobre un puente sin verse asaltado por ideas lúgubres: parece que aquella agua negra no tiene fondo y que atrae hácia

í con una especie de vértigo. Leon estaba triste, sentia tan desgraciado, que á no pensar en Genoveva á quien dejaba sola en el mundo, sin apoyo, sin protector, no se le hubiera presentado el pensamiento de la muerte sino como un medio de libertarse de todos aquellos disgustos cuyo fin no preveia.

Pero al pensar en Genoveva se echó en cara su apocamiento, atormentó la ridicula vanidad que por la mañana le habia impedido recibir en casa de madama de Drean un dinero que le hubiera sido tan util, y se alejó precipitadamente del puente para libertarse de los pensamientos que se apoderaron de él.

Al atravesar por los Campos Eliseos, vió gente reunida. Aquella gente formaba una masa negra y compacta; pero sus pies y sus piernas se veian iluminados por una incierta claridad. Eran tan siniestros los pensamientos de Leon, que por un instinto irreflexivo corrió á confundirse con aquella gente, únicamente por no hallarse solo.

Entonces tuvo lugar de ver lo que ocasionaba aquella aglomeracion de gentes: era un hombre que tocaba el violin, y la claridad que habia percibido desde lejos provenia de cuatro cabos de *velas de sebo* que ardian á los pies del músico.

En el momento en que Leon se incorporó al círculo que le rodeaba, acababa el músico de colocarse el violin debajo del brazo, y comenzó á dar con el sombrero en la mano la vuelta al auditorio.

Leon se retiró porque no tenia nada que darle, y se internó en la parte mas sombría del arbolado.

—Este hombre acaba, pensó, de recibir un dinero que me haria sumamente feliz; él al fin podrá llevar que comer á su mujer y á sus hijos. Y yo, ¡y Genoveva!

Se estremeció ante un pensamiento que entreveia confusamente, y en el cual no se atrevia á fijar los

ojos; echó á andar con pasos sumamente precipitados; despues se detuvo bruscamente.

Volvió á echar á andar; despues se volvió por los mismos paseos; no podia, por mas que hacia, alejarse de los Campos Eliseos. Se detuvo aun otra vez, y se dijo:

—¿No he cometido hoy bastantes timideces?... ¿Y por acaso soy yo mas que ese hombre? ¿Que, por ventura no es él mas que yo, él, que por su familia triunfa de su orgullo y dá música en la calle? ¿De que tengo miedo? ¿del menosprecio? ¿Pues qué, es por ventura mas ignominioso el mendigar que el dejar sufrir á una hermana? ¿Y qué es lo que hago yo diariamente? ¿No toco el violin por dinero? ¿vergüenza, cuando debería tener á orgullo el tocar el violin y recibir el dinero que me diesen para mi hermana? En mi vida podré hacer nada mas grande ni mas noble; tanto peor para aquel que me menosprecie; seria un hombre sin corazon; y siendo así, ¿qué debería importarme de su menosprecio?

Dió algunos pasos con profundisima agitacion.

—¡Oh, Dios mio! exclamó, ¡gracias por haberme concedido este talento! ¡Oh, hermana mia! ¡perdóname el que haya dudado tanto tiempo!

Los ojos de Leon despedian llamaradas; se sentia grande y fuerte; su corazon estaba henchido de noble orgullo.

Sacó su violin de la caja, se arrimó á un árbol, y comenzó á ejecutar unas bellisimas y santas armonias que debieron escuchar los ángeles batiendo las alas y con los ojos húmedos.

Lo que primero se desprendió de su arco fué la grande, la divina música de *Beethoven*. Su arco tenia un increíble vigor. Las gentes que se paseaban se detuvieron admiradas.

Leon ejecutó *el último pensamiento de Weber*, esa

música tan penetrante, que oprime tortura el corazón.

Mirábanlo, y hablabau en voz baja y respetuosamente.

—Está vestido muy decentemente.

—Tiene un aire muy distinguido.

—Y muy hermosos ojos.

—¡Qué desgracia!...

Etc., etc.

Una lindísima mujer, la primera, se bajó y colocó, sin tirarla, una moneda de cien sueldos en el sombrero de Leon. Levantóse turbada y bella, como una belleza divina. ¡Oh, interesante mujer! si el hombre á quien amas te hubiese llegado á ver en semejante momento, hubieras sido recompensada; ojalá durante tu vida toda te pague tu caridad en amor y en adoracion, como Dios te la paga en gracias y admirable hermosura.

Muchos jóvenes siguieron su ejemplo. Un hombre se acercó separando á la multitud, y comenzó á rebuscar en su bolsillo; pero miró al músico y exclamó:

—¡Leon!

—¡Anselmo! prorumpió Leon.

Y ambos cayeron el uno en los brazos del otro.

La multitud curiosa se estrechó en torno suyo.

Anselmo se apoderó del sombrero de Leon, y le dijo:

—¡Oh! déme este dinero, bondadoso y noble joven.

¡Oh! démele: lo conservaré como una preciosa reliquia. Quisiera guardarlo dentro de mi corazón.

Anselmo mandó acercar un fiacre, y subió á él en compañía de Leon. En el camino le refirió Leon á Anselmo todas sus desgracias.

Antes de volver á su casa compraron todo cuanto necesitaba Genoveva.

—¿Vuelvo muy tarde, es verdad, querida Genoveva? le dijo Leon.

—No me he apercibido de ello, contestó Genoveva, que habia pasado llorando cuatro horas sin intermision. He estado durmiendo, y asi es que tengo los ojos un poco cargados.

A eso de las nueve de la noche salió Leon. Anselmo se quedó solo con Genoveva, y esta le dijo:

—Mi buen vecino, necesito de V., de su auxilio, de su discrecion.

XXIX.

—Todo lo que V. quiera, hija mia, la contestó Anselmo.

—En primer lugar, continuó Genoveva, no le diré usted nada á Leon de cuanto voy á confiarle.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Anselmo.

—Nunca le he ocultado nada sino esto, añadió Genoveva, y otra cosa además, pensó para sí suspirando.

—Se lo prometo á V.

—¡Pues bien! distamos mucho de ser ricos. Leon trabaja demasiado, y yo quisiera aliviarle en algo. Además, como casi siempre estoy sola... me fastidio y quisiera encontrar alguna ocupacion. Repetidas veces he oido decir que hay muchas señoritas, de muy buenas familias, que bordan... y cosen...

Anselmo levantó los ojos al cielo y juntó sus manos.

—V. tiene muchos conocimientos, bondadoso vecino,

Yo no conozco á nadie mas que á mi hermano y á usted, y nunca me he atrevido á hablarle á Leon de esto. Lo veria de muy distinto modo de lo que es en sí: todo se lo exagera con la mayor facilidad; se disgustaria, y no me permitiria llevar á cabo mi proyecto. Así, vuelvo á suplicarle, querido vecino, que tenga la bondad de ocuparse de lo que le pido; toda mi vida le estaré á V. por ello sumamente reconocida.

Leon volvió; visiblemente se hallaba contrariado. Cuando se marchó Anselmo á su habitacion, subió en pos de él.

—Necesito hablar con V., le dijo; tengo que suplicarle me preste un gran servicio. Me bato mañana por la mañana.

Anselmo palideció.

—Ni aun intente V. el disuadirme: se halla interesado mi honor. Contaba con Alberto para que me sirviese de testigo; se halla ausente, y es preciso que usted lo reemplace. Cuento con V. mañana por la mañana; yo lo despertaré á V. á las siete, á cuya hora es preciso vaya á ver al testigo de mi adversario.

—¿Quiere V. batirse? le dijo Anselmo, ¿y Genoveva y su hermana de V?

—Mucho es lo que he pensado ya en ello, y no se hallará mi idea fija en otra cosa durante la noche toda; pero no está en mi mano el volverme atrás.

—Tambien yo tengo que hablarle á V.; M. d'Arberg ha llegado; su hijo necesita de sus lecciones. Aquí tiene V. las señas de su casa; no deje de asistir mañana á la hora indicada en la tarjeta: no le ha de disgustar á V. el resultado de esta entrevista. Buenas noches.

XXX.

Leon despertó á M. Anselmo temprano. M. Anselmo se dirigió con vivísima ansiedad á la casa de M. de Redeuil. En el camino fué componiendo un breve discurso estendiéndose en varios razonamientos sobre el desafio; desgraciadamente M. Anselmo poseía un juicio demasiado recto que se respondía á sí mismo, y se refutaba perfectamente.

Ocurrióle tambien durante un momento la idea de escitar la compasion de M. de Redeuil hácia Leon y hácia su hermana; pero semejante pensamiento le hizo encendérsele el rostro de vergüenza: esto parecería ser como demandar gracia para Leon. No le quedaba recurso; preciso era que dejara batirse á Leon; ¡hacer que se batiera! ¡fijar por sí mismo las condiciones de duelo!...

En esto llegó á la casa sin haberse podido resolver á nada.

Preguntó por M. de Redeuil, fiando á la inspiración del momento lo que debería hacer y decir; recordando por otra parte con satisfaccion que Leon tiraba perfectamente las armas, y decidido, en todo caso, á representarlo con firme é inalterable dignidad.

Al penetrar en un salon amueblado con excesivo refinamiento, saludó M. Anselmo y anunció que iba de parte de M. Leon Lauter.

M. Rodolfo de Redeuil estaba en bata; hallábase

sentado cerca de él un joven oficial, al cual le dijo al oír el nombre de Leon, con una sonrisa un tanto impertinente:

—Mi adversario.

Después volviéndose hacia Anselmo:

—¿V. es el testigo de M. Lauter?

—Sí señor, respondió Anselmo.

Y viendo que no le ofrecía asiento, llamó al criado que lo había anunciado, y le dijo:

—Póngame V. un sillón.

La levita castaña de M. Anselmo le hacía muy malos servicios en sociedad, sobre todo para con los criados, ó para con las personas que son en el fondo lo mismo que los criados.

Este le acercó una silla; M. Anselmo le miró con la mayor fijeza y le dijo:

—Le he pedido á V. un sillón.

El criado obedeció y se retiró.

—¿V. se hallará sin duda alguna informado del asunto? le dijo el oficial á M. Anselmo.

—Hasta cierto punto, caballero.

—¿Cómo, hasta cierto punto?

—Sí, pero sé todo cuanto debo saber. M. Lauter es un honrado y noble joven, de quien tengo á mucha honra ser amigo. Me ha dicho que hoy se batía con M. de Redeuil, y me ha encargado que fije las condiciones del duelo. Así que, puede V. empezar á hablar.

—M. de Redeuil preferiría batirse á la espada.

—Eso le es de todo punto indiferente á M. Lauter.

—¡Ah!

—Sí señor. Se batirán á la espada á petición de M. de Redeuil, aun cuando la elección de armas le corresponde á M. Lauter.

—V., á lo que parece, se halla sumamente práctico en estos negocios, caballero.

— Señor mio, yo no me he batido sino una sola vez en mi vida, y era á golpe seguro, con una sola pistola cargada, sin testigos, á la orilla de un rio, al cual debia arrojar el vencedor el cadáver del vencido. No era un desafío sujeto á reglas.

—¿A qué hora les parece á Vds?

—¡Ah! en esta parte tengo una ligera observacion que hacer, dijo Rodolfo. Me es de todo punto indispensable para un negocio sumamente importante ir á casa del delegado de una de las c6rtes de Alemania. Es tarde, y quisiera que esto se difiriese hasta mañana.

—No me han prevenido que me oponga á ello.

—¿Mañana á las siete de la mañana?

—No: es demasiado sabido lo que quieren decir dos ñacres el uno en pos del otro á las siete de la mañana. A las nueve, si á Vds. les parece.

—Bien, á las nueve.

—¿En dónde?

—En la barrera de Vincennes.

—Convenidos.

—Señores, á la órden de Vds.

Y Anselmo sali6 de allí con el alma presa de una profunda tristeza, diciéndose casi en alta voz:

—Es indudable, es indudable; Leon lo matará; Leon es diestro y valiente, y además no habia medio alguno de evitar el lance.

Volvi6se á darle cuenta á Leon de su cometido. Estrech6le Leon las manos y le dijo:

—V. me servirá de testigo hasta que salgamos de este negocio, ¿no es cierto?

XXXI.

Cuando salió Leon á evacuar sus asuntos ordinarios salió tambien Anselmo, mas no tardó en volver á su casa.

Entró en la de Genoveva y la dijo:

—Hija mia, me he ocupado de su encargo de usted; he hallado lo que me pedia; sirvase V. ponerse un chalⁿ y un sombrero y venir conmigo; quiero paesentarla yo mismo á la persona que ha de proporcionarla trabajo.

Un fiacre los esperaba á la puerta: despues de haber andado cosa de una media hora, se detuvo el fiacre ante una casa de magnífica apariencia. Anselmo entró en ella dándole el brazo á Genoveva, y le dijo á un criado:

—Guie V. á esta scñorita al salon.

XXXII.

Tristísimo era el considerar cuán obstinadamente pesaba una suerte tan adversa sobre las familias Chau-mier y Lauter.

En aquel mismo día había sido detenido por deudas Alberto Chaumier.

M. Chaumier y Rosa vendían la lindísima y querida casa de Fontainebleau.

Leon, en el último grado de miseria y de desaliento, recorría las calles para encontrar lecciones, no habiendo nada que le prestase seguridad alguna de que no tuviese que hacer todas las noches aquello mismo que ya había hecho una vez, ir á tocar el violín y á mendigar en los Campos Eliseos.

Además, se batía al día siguiente, no bastando nada á distraerlo del pensamiento que le sugería el abandono en que dejaría á Genoveva, si por acaso sucumbía en el duelo.

Genoveva, que quizá también ella misma tendría que pedir algún día limosna en los Campos Eliseos.

Y Genoveva, Genoveva yendo á suplicar que la proporcionasen trabajo...

La suerte es como los asesinos, que, según dicen los periódicos, hieren siempre á sus víctimas lo menos trece veces; cuando se ha fijado en unas víctimas, se encarniza en ellas con un furor que no tiene igual sino en su misma perseverancia.

XXXIII.

El criado á quien había sido confiada Genoveva la condujo á un salón que no se hallaba alumbrado sino por la claridad que despedía el fuego de la chimenea y por la bujía que dejó al retirarse. El salón era demasiado grande para que la luz de la bujía produjese

en él otra cosa que una irradiacion que apenas iluminaba parte de la chimenea sobre que la habian colocado.

El tiempo era sumamente malo; oíase por la parte de afuera silbar el viento á bocanadas, y cuando cesaba el viento venian algunas gotas á estrellarse contra las vidrieras.

Todo contribuía á entristecer el ánimo de Genoveva, la cual comenzó á repasar en su memoria cuantas desgracias la habian acacido durante su vida.

Recordó con amarga fidelidad la muerte de Rosalia Lauter, la tirania de Modesta, su separacion de todas las personas á quienes amaba, su desgraciado y oculto amor hácia Alberto, y todas las angustias que la habia causado; la pobreza invadiendo su reducida morada a pesar de los esfuerzos y de la constancia de Leon; su salud destruida por la desesperacion; y por último, la desgraciada suerte de Alberto, con la cual sufría tanto como con la suya propia; y era en vano que tratase de interrogar al porvenir; no entrevia en él nada mas halagüeño.

Comenzó á orar á Dios y á invocar á su madre; despues se prometió tener valor, trabajar y aprovecharse del trabajo que iban á darla para aliviar algun tanto á Leon.

Lo verdaderamente notable en las almas privilegiadas, es que precisamente cuando sucumben bajo el peso de sus dolores, no hay nada mas seguro para devolverlas su vigor y su energía, para aligerarlas del peso que las ahoga, que el añadir á los suyos propios los disgustos y los sinsabores que esperimente una persona amada hácia la cual sientan una profunda inclinacion.

Sucesivamente fueron entrando varios criados y encendiendo los candelabros que circundaban el salon, y la araña suspendida en el techo.

La extraordinaria profusion de bujias produjo en el salon el efecto del mas claro dia.

Entonces le fué fácil á Genoveva examinar el paraje en que se encontraba hacia mas de media hora. Nunca habia visto nada tan suntuoso; las paredes del salon se hallaban subdivididas en cuadros sobrecargados de dorados de un gusto y una riqueza extraordinarias.

En la circunvalacion del techo se destacaba una cornisa dorada de hojas de acanto, y encima de la araña un magnifico roseton.

Los muebles eran de madera sobredorada y guardados de damasco blanco; ricas consolas doradas sostenian canastillos llenos de las flores mas vistosas y raras.

Detrás de cada consola habia un espejo que repetia hasta lo infinito las flores y presentaba á la vista un espeso bosquecillo de camelias y de cactus; el tapiz era blanco con florones amarillos y aurora; la chimenea de mármol blanco y admirablemente esculpido, se hallaba cubierta de vasos de china de la mas admirable belleza.

Genoveva, al pasar la vista por todas aquellas magnificencias, no pudo menos de fijar una de sus miradas en sí misma, y de ver que su tocado era sumamente modesto: no se veia rincon alguno á cuya sombra pudiera guarecerse.

Al principio le causó alguna estrañeza el que la recibiesen en el salon; pero luego opinó que probablemente, á causa de la confusion en que se hallaria todo con los preparativos de la fiesta de que parecia se ocupaban, era aquella quizá la única pieza que se hallaria libre.

Por último, abrióse una puerta: Genoveva se levantó; penetró por ella un jóven que dirigió en torno suyo una mirada de admiracion, y que al verla exclamó:

—¡Cómo, Genoveva, tú aquí! ¿Quién te ha traído?

Se traslucía á la vez en la voz de Leon, porque era él, disgusto y severidad; las mas estrañas y contradictorias ideas se agolpaban á su imaginacion, sin que pudiese fijarse en ninguna.

Genoveva le respondió:

—Puedes tranquilizarte, hermano mio, no hay nada reprehensible en ello; he salido con M. Anselmo que se halla en esta casa, y ambos te esplicaremos esta noche el por qué nos hallamos aquí.

Leon miró á su hermana; habia tanta pureza y candor en el rostro de la pobre niña, que no fué dueño de reprimirse; la tomó una mano y se la llevó á los lábios.

—Y tú, Leon, ¿á qué vienes aquí?

—Yo, respondió Leon, vengo á ver al dueño de la casa con motivo de una leccion.

Semejantes palabras no desvanecieron la inquietud de Genoveva; temia que pudieran hablarla delante de su hermano del objeto de su visita; confiaba, no obstante, en que M. Anselmo habria de venir acompañando á la persona con quien ella tendria que entenderse.

Leon contemplaba tambien el salon, cuando un criado, con riquisima librea verde y oro, calzon corto, medias y guantes blancos, abrió una puerta lateral del salon.

Otro, vestido de la propia suerte, anunció en alta voz:

M. Chaumier.

Señorita Rosa Chaumier.

Oyéronse cuatro exclamaciones simultáneas.

—¡Cómo, V. tio!... ¡Tú, Rosa!... ¡V., sobrino!... ¡Tú, Genoveva!

—¡Oh! nosotros no venimos aquí á otra cosa que á vender la casa de Fontainebleau.

—¡Ah! exclamó Rosa, la casa de nosotros cuatro, la casa en que tan felices fuimos en nuestra infancia!

—¿Pues qué, querido tío, dijo Leon, tales pérdidas ha podido sufrir su fortuna?

—Me queda con qué vivir, le contestó M. Chaumier, pero estrictamente lo necesario.

Leon se aproximó entonces á Rosa, para con la cual habia guardado hasta aquel instante un exterior grave y reservado, y la besó la mano con vivísima espresion.

A su vez esplicó el motivo de su visita á la casa, y para evitar el hablar de Genoveva, acerca de cuya estancia allí no se le ocurrían razones algunas que dar, dijo:

—Hemos venido á causa de una nueva lección.

—Es singular, exclamó Genoveva; me parece que no es esta la vez primera que veo este salon; á no dudar que he soñado en él, porque no creo que exista otro alguno igual á él, á no ser en sueños.

—No, lo has visto ya otra vez en efecto, dijo Leon: nos hallamos en el palacio construido por Anselmo para el baron d'Arnberg, y nosotros mismos fuimos los que dispusimos el decorado de la estancia en que nos hallamos.

—No creia, exclamó Genoveva, que habria de llegar á ver nunca las magnificencias que hubimos de imaginar entonces.

Abrióse una puerta y anunciaron:
M. Alberto Chaumier.

Redoblóse entonces en todos el asombro; pero hubo de sucederle una dolorosa sensacion al referir Alberto que se hallaba en poder del guarda de comercio, que lo esperaba en la antecámara, y cuyos acólitos se hallaban distribuidos ocupando las diversas avenidas de la casa.

—Vengo, añadió, á ver si hay algun medio de tran-

sigir con mi acreedor; pero espero iré á dormir á la *rue de Clichy*.

—¡Oh! ¡eso es imposible! exclamó Rosa; papá y yo hemos venido aquí á vender la casa de Fontainebleau que nos debese pagada en metálico. Mi querido papá, continuó diciéndole á M. Chaumier, V. me ha dicho que parte de este dinero me pertenecia; libertaremos á Alberto, ¿no es cierto?

Genoveva cogió á Rosa entre sus brazos y la abrazó estrechamente.

—Gracias, mil veces gracias, querida hermana mia, prorumpió Alberto; pero tu generosidad te arruinaría sin que por ello consigueses salvarme. El acreedor que me hace detener hoy, no es el único que tengo; si pago á uno, habrá de ser mucho mas difícil el hacer aceptar á los demás convenio ni plazo alguno.

M. Chaumier significó que no prestaria su consentimiento á que Rosa dispusiese de aquella suerte de una parte de su reducida fortuna.

—¿Es posible, querido tío? exclamó Genoveva.

—¡Cómo, padre mio! contestó Rosa, ¿habiamos de consentir que se llevasen preso á Alberto? ¡Oh! libertémoslo, y que salga de Paris interin se arreglan sus negocios.

Abrióse la puerta de nuevo, y anunciaron:

M. Rodolfo de Redeuil.

La llegada de este nuevo personaje no le fué satisfactoria á nadie.

Alberto, el único que no sentia animadversion contra Rodolfo, no tenia los mayores deseos de darle á conocer la verdadera situacion en que se hallaba.

Rodolfo comenzó á recorrer con la vista el salon, y observó que todos trataban de evitar sus miradas; fingió no conocer á nadie.

—Es extraño, dijo Leon, cuánto nos hacen esperar.

Los cinco parientes continuaron hablando en voz baja, á causa de la presencia de M. de Redeuil.

Rosa le decia á Leon:

—Si, mi querido Leon, quieren vender nuestro jardín y nuestros servales.

Cuando se abrieron esta vez ambas hojas de la gran puerta del salon, aparecieron en hilera muchos criados con bujias en la mano, y un personaje vestido con sencillez, pero decorado con muchas órdenes, apareció en la puerta y anunciaron:

M. Anselmo Lauter, baron d'Arnberg.

Semejantes palabras produjeron el propio efecto que un rayo.

Alberto gritó:

—¡Mi acreedor!

—¡Mi protector! dijo Rodolfo.

—¡El hombre de la levita castaña! prorumpió M. Chaumier.

M. Anselmo, dirigiéndose á Genoveva y á Leon, exclamó:

—¡Hijos míos!

No creais que es este el nombre de amistad que os he prodigado algunas veces: soy vuestro padre, vuestro padre que os ama, y que ha podido apreciar cuán dignos sois ambos de ser amados y venerados.

Leon y Genoveva cayeron de rodillas y le besaron las manos.

Anselmo los levantó y los estrechó contra su corazón; en seguida tomó la mano de Alberto y le dijo:

—Jóven, soy su tío de V.

Y abrazó á Rosa diciéndola:

—Rosa, soy tu tío, y hace ya mucho tiempo que te conozco y que te amo.

Y V., hermano mio, le dijo á M. Chaumier, ¿querrá

usted darme la mano y olvidar cuantas ligerezas se ha permitido para conmigo?

M. de Redeuil, añadió volviéndose hacia Rodolfo, dispéñseme V. el que lo haya recibido aquí; pero á no tener V. mal corazon, no ha de poder desagradarle el ser testigo de nuestra *inmensa felicidad*: además, no es una cosa tan comun el espectáculo de la dicha para que no valga, cuando llega por acaso, la pena de ser visto. Sé qué es lo que tiene V. que pedirme; puede V. contar con ello.

Rodolfo estaba conmovido; todos lloraban; y tambien él se habia pasado la mano por los ojos.

Aproximóse y dijo:

—Caballero, no seguiré turbando un momento mas la efusion del dulce sentimiento que á todos ustedes anima; pero antes me queda un deber que cumplir.

Caballero Leon Lauter, V. se juzgó ofendido por mi el otro dia, sin embargo de que V. me habló con excesiva dureza; mañana por la mañana debiamos batirnos.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Rosa.

Genoveva no dijo nada, pero abrazó á su hermano.

—Debiamos batirnos mañana por la mañana. Suplícole á V. que admita mis excusas como sinceras, y que me dé la mano.

Leon no dudó; no les habia quedado lugar alguno en su corazon á la cólera ni al odio.

—M. Rodolfo de Redeuil, prorumpió Anselmo Lauter, hé aquí tambien mi mano; se ha producido usted con la mayor lealtad. Tenga V. la bondad de oirme, y verá V. si mereco alguna excusa la susceptibilidad de Leon.

En la noche del dia de su reyerta de ustedes le hallé en los Campos Eliseos tocando el violin y pi-

diendo limosna para su hermana, para mi hija querida.

—¡Oh, Leon, hermano mio, mi querido hermano! exclamó Genoveva deshaciéndose en lágrimas.

Rosa lloraba sin permitirse la menor exclamacion; miraba á Leon con amor y admiracion, mas procurando pasar desapercibida.

Leon era rico; habia reñido con él cuando estaba pobre.

No obstante, despues de un instante de incertidumbre, se arrojó en sus brazos.

Rodolfo los estrechó á todos la mano y salió.

Anselmo llamó y dijo:

—Haga V. que suban todos los criados.

En el momento penetraron en la estancia hasta una docena de criados, todos con la librea verde y oro, y además las mujeres destinadas al servicio de la cocina y las camareras.

Anselmo les dijo:

—Casi todos son ustedes antiguos en mi casa. A casi todos ustedes los he traído conmigo de Alemania. Necesario es por lo tanto que participen tambien de mi alegría.

Hé aquí á M. Leon Lauter, mi hijo, y á esta bella señorita, que es mi hija Genoveva. Vds. habrán de respetarlos como á mi mismo; dejo á su cuidado el hacerse amar de Vds. Estos señores son parientes míos.

Los he hecho á Vds. subir, porque formando parte de la familia, quiero que den gracias á Dios á la par que yo por una reunion que habrá de labrar la felicidad de mi vida toda.

Entonces Anselmo, con voz conmovida, pronunció una plegaria, segun la costumbre de las antiguas familias alemanas.

Todos los criados se arrodillaron.

Genoveva y Rosa siguieron su ejemplo, y Anselmo exclamó:

—¡Oh, Dios mio! yo os doy gracias por haberos fijado un momento en mi ancianidad. Dios mio, os prometo ser siempre bueno y compasivo para con los pobres. Bendecidnos á todos, Dios mio, en este dia que vá á finar, y seguid dispensándonos mañana vuestra divina proteccion.

Podeis iros, hijos míos, en cuanto hayais acabado. Mi hermano, mi sobrino y mi sobrina dormirán aquí. Genoveva dará hospitalidad á Rosa y Leon á Alberto. En cuanto á mi, le suplico á mi hermano que se sirva disponer de mi aposento.

Aquí tenéis mi historia en dos palabras, hijos míos:

Erais aun muy niños cuando creí debía separarme de vuestra madre; bendigamos su memoria; mas de una vez he ido á darla gracias sobre la tumba por el valor y la constancia con que os ha criado; nunca volveremos á hablar de esta separacion. No nos acuseis ni á mí ni á ella. Ambos os hemos querido.

Fuíme al lado del príncipe... con el cual me habia criado, y el cual me dió por lo pronto un pequeño empleo cerca de su persona, habiendo llegado á ser sucesivamente despues su amigo, su consejero, y por último su encargado de negocios.

Llegué á hacerme rico. Habia venido á Francia para buscaros, cuando hizo la casualidad que hallase á Leon.

No quise darme á conocer á vosotros: he querido que vuestra amistad hácia el pobre anciano Anselmo precediese á la que concibiéscis por el baron d'Arnberg.

Tales han sido mis proyectos. ¿Acaso no merecen la aprobacion de Vds?

—No desisto; compro la casa de M. Chaumier en los 60.000 francos; la casa es ya mia; y se la doy á mi lindisima Rosa, que no se opondrá á dejarla en poder de su padre.

A mi cuidado queda el pagar las deudas de este aturdido de Alberto.

—¿Cómo? dijo Alberto, ¿pues y el guarda de comercio que me esperaba?

—Se ha marchado. Volveremos á comprarle á Alberto un estudio, y por esta vez cuidará de conservarlo mejor.

Alberto le estrechó una mano á su tío. Genoveva le besó la otra.

—Rosa, continuó Anselmo, sé esposa de Leon.

Rosa se arrojó en los brazos de Genoveva, y ocultó en su seno su precioso rostro cubierto de carmin.

—Ahora, amigos míos, seguidme; recorreremos esta casa que ha sido edificada para vosotros y según vuestros deseos, cual podéis recordar. Aquí tienes, Genoveva; estas son tus habitaciones; tu saloncito azul y oro, tu alcoba vestida de seda azul con la muselina blanca por cima de la seda, y tu sala de baño de mármol blanco.

Aquí están todos cuantos muebles elegiste.

Los cuadros que te quedaste admirando un día en que hiciste tan feliz al pobre Anselmo dándote el brazo en la calle; todo cuanto te ha parecido bonito; todo cuanto has deseado; todo cuanto fijaban tus miradas desde que te conozco, iba á comprarlo y lo traía aquí.

Genoveva le dió gracias á su padre besándole la mano.

—Pasemos á las habitaciones de Leon.

Este es, Leon, tu gabinete de madera esculpida, y tu sala de armas y tus divanes; hé aquí un violin de Stradivarius que te he traído de Alemania; ahora puedes ir á la cuadra á ver tu caballo gris acrado, con los cabos negros: desvelos sin cuento me ha costado el haberlo de hallar, y mas de una vez he esclamado:

—¡Por vida mia, que se le podía haber ocurrido muy bien á mi señor hijo el que su caballo tuviera otro color!

Mañana por la mañana vereis el jardín.

—¿Y V., padre mio? ¿y sus habitaciones de V?

—Mañana las vereis; idos todos á descansar; á mí me quedan aun mil negocios que arreglar.

XXXIV.

Nadie pudo conciliar el sueño aquella noche en la casa sino M. Chaumier.

Rosa y Genoveva, Alberto y Leon la pasaron hablando.

En cuanto amaneció, fuése Leon á probar su caballo; Alberto le pidió otro á M. Anselmo, y ambos se fueron á pasear al bosque de Boulogne.

Genoveva vistió á Rosa: no habia concluido aun su tocado, cuando Anselmo golpeaba ya la puerta de la estancia.

—Vamos, perczosas, hace una hora que espero el momento de abrazaros; venid á desayunaros: nuestros señoritos han andado dos leguas á caballo, y vuelven con eseciente apetito.

Almorzando, anunció M. Chaumier que iba á volverse á Fontainebleau.

—Pues bien, hermano mio, váyase en buen hora, pero déjenos á Rosa; yo me he ocupado ya esta mañana de la publicacion de las amonestaciones; Rosa y Genoveva van á estar conmigo de expedicion durante

todo el día; es preciso hacer el canastillo de Rosa y disponer sus habitaciones á su gusto; Alberto vá á volver á ver al antiguo dueño de su estudio para renovar y concluir su ajuste. Leon tiene un nuevo violín y un nuevo caballo; se distraerá como mejor os parezca.

Leon insistió mucho en querer acompañar á su padre con su hermana y con su prima.

M. Lauter le respondió riéndose, que se oponía á ello, porque iba á arruinarlo en las compras para Rosa.

—Ahora, hermano mio, si es que V. no se opone, dejaremos á Rosa y á Leon que se paseen un poco por el jardín: tienen muchas cosas que comunicarse; entre tanto, le mostraré á V. mis habitaciones.

Rosa dudaba; Genoveva la cogió la mano y la condujo con Leon al jardín, en donde los dejó.

Allí hubieron le recordar Rosa y Leon todos sus adversos y felices días, repitiéndose mil veces la misma cosa.

Deslizábanse los últimos días de Febrero: hay en este mes horas que recuerdan las de primavera; un sol dulcísimo parecía venir á despertar los botanes de los sahucos.

De los botones de los avellanos salían pequeñísimas flores amarantos, la primer flor del año. Parecía que habían tornado el jardín risueño y embalsamado con su alegría, y que aquel bellissimo día no era sino un reflejo de su felicidad.

Entre tanto condujo M. Lauter á M. Chaumier, á Genoveva y á Alberto á sus habitaciones, que no desmentían en nada la suntuosidad de la casa. En ellas una puerta pequeña encubierta con tapices daba paso á tres aposentos, á los cuales había hecho trasportar M. Lauter los muebles de nogal de la reducida habitación de Leon y de Genoveva, y los de la suya propia cuando era veclno suyo.

Las piezas eran idénticas á las que habian habitado; habian sido empapeladas con antelacion con papeles semejantes; y M. Lauter habia hecho trasladar á ellas los muebles durante la noche.

Al volver á sus habitaciones, abrió un cofre antiguo magníficamente cincelado; estaba forrado de terciopelo carmesi, y contenia unas cuantas monedas de á dos sueldos y algunas otras de plata menuda.

—Genoveva, dijo Anselmo, este es el dinero ganado por tu hermano tocando el violin en los Campos Elíscos: ahí tienes una moneda que creo habrás de conservar cuidadosamente, ¿no es cierto?

XXXV.

Reunidos ya Rosa y Alberto en el salon con el resto de la familia, exclamó Lauter:

—Aun les tengo reservada una sorpresa á Leon y á Genoveva.

Y los guió hácia un ángulo retirado de la casa; llamó y pronunció su nombre: una jóven, limpia, agraciada y vestida con decencia, abrió, y se puso enteramente encendida al ver á las personas que llegaban.

—Marta, la dijo M. Anselmo, ¿en dónde está su marido de V?

En aquel momento entraba el marido.

—Keissler, le preguntó Anselmo, ¿sigue V. estando aquí contento?

—¡Ah, señor baron! le contestó el jóven, somos su-

mamente felices, y si V. no me hubiese vedado el darle gracias...

—Lo he vedado, mi querido Keissler; pero diciéndole á V. al propio tiempo que algun dia habria de mostrarle á sus bienhechores, á quienes podria dárselas. Aquí los tiene V.; el interés que les escitó usted á mis hijos un dia que le hallamos en los Campos Eliseos, fué lo que me hizo cuidar de su suerte [de usted. Hélos aquí.

Keissler fué entonces, sin hablar palabra, á buscar á su mujer que se habia retirado á otra pieza, y la trajo con dos niños de poca edad. Durante su corta ausencia dijo Anselmo:

—He nombrado á Keissler mi mayordomo, y me vá perfectamente con él.

Keissler, su mujer y sus niños se colocaron ante Genoveva y Leon, y Keissler exclamó:

—Somos sumamente felices, somos muy felices. No encuentro otras palabras en mi corazon con que mostrar mi agradecimiento á tantos beneficios.

Rosa se hallaba algun tanto turbada. Recordaba que el dia en que se verificó aquel encuentro en los Campos Eliseos, habia prestado oidos á las burlas que se permitió M. de Redeuil acerca de Anselmo. Miró á Leon con ternura, y se hizo á si propia el juramento de expiar todas sus ligerezas con el mas acendrado amor.

Genoveva acariciaba á los niños de madama Keissler.

Cuando salieron de la habitacion del mayordomo, llevó Anselmo á Genoveva hácia el pátio, y la dijo:

—¿Te acuerdas de una mujer anciana á la que la dabas limosna todos los domingos en la puerta de la iglesia? Aquí está; es la que está al cuidado de

los patios y de las caballerizas; ella y Keissler no fueron los que oraron con menos fervor anoche en nuestra plegaria.

XXXVI.

En breves dias estuvieron prontas las habitaciones de Rosa.

M. Lauter la llamaba su hija.

El matrimonio de Leon y de Rosa se celebró con extraordinaria pompa. Los dos jóvenes querian que se verificase con menos ostentacion; pero Anselmo se obstinó en ello.

Cuando el sacerdote le pidió á Leon *los arras* para bendecirlas y entregárselas á la desposada, segun costumbre, M. Lauter detuvo á Leon, que iba á dar un doble luis, y dió él mismo una moneda de dos sueldos.

El sacerdote lo miró con aire interrogativo.

—Señor cura, le dijo Anselmo, esta moneda equivale á cualquiera otra, y ha sido bendecida por Dios antes de que lo sea por V.

Anselmo la habia tomado del cofre cincelado, forrado de terciopelo carmesi.

XXXVII.

Genoveva se contemplaba feliz: ¡lo eran tanto las personas á quienes amaba! Mucho tiempo hacia que habia renunciado á Alberto, sin atreverse á esperar el placer de que gozaba de verle todos los dias y de verle feliz.

El casamiento de su hermano, á pesar de cuanta alegría la cupo en él, la hizo algun daño, así como tambien la vista de la familia Keissler. No obstante, decia que no se sentia mal. Habia tomado por norma para agregar su alegría á la de los demás, la sola alegría que la era permitido experimentar.

Pero el cielo es envidioso. La muerte cernia sus alas sobre la casa del baron d'Arnberg. La enfermedad de Genoveva hacia horribles progresos, sin que ella misma se apercibiese de ello. Genoveva era una victima designada por la suerte: no debia libertarse.

Los pómulos de sus mejillas se habian coloreado de un vivísimo carmin, lo que todos, y hasta la misma Genoveva, tomaban como un signo de que habia vuelto á recuperar la salud.

Su nariz se habia afilado, sus mejillas estaban hundidas; sus lábios contraídos parecian estar esprossando continuamente una amarga sonrisa; sus dientes ostentaban un blanco mate.

No obstante, sufría poco y solo por intervalos. Sus ojos conservaban aun su brillo; pero el blanco habia tomado una ligera tinta azulada, y sus miradas tenían

durante algunos instantes una profunda espresion de melancolia.

Genoveva hablaba mucho del verano y formaba proyectos para Fontainebleau. En el mes de Mayo hacia un tiempo magnifico; gozaba con embriaguez de sus hermosos primeros dias, y exclamaba algunas veces:

—¡Dios mio! ¡es tan corta la mas bella de las estaciones!

¡Pobre niña! Su vida debia de terminar antes que la mas bella de las estaciones. Los médicos ordenaron que la sacasen fuera de Paris; hablóse delante de ella de Fontainebleau, y ella misma pidió ir allá.

Empero se puso sumamente débil, y bajo un frivolo pretexto se retardó la marcha. Se vió obligada á guardar cama; pero no se creia indispueta.

Su respiracion lenta, difícil, profunda, era acompañada de una especie de ronquido. Tenia accesos de tos seca de pecho.

Una noche, como su prima se quedaba al lado de su cabecera, despues de algunas palabras que la dijo Rosa á media voz, exclamó Genoveva:

—Querida Rosa, este será un nuevo placer para ti, para Leon y para mi padre, y yo gozaré de él tanto como vosotros. Nunca me casaré; educaré á tu hijo; seré su madrina, ¿no es cierto? Durante todo este verano me ocuparé de bordar su envoltura.

Con dificultad podia contener Rosa las lágrimas, porque nadie ignoraba tanto la situacion de Genoveva como Genoveva misma.

Continuó hablando, pero con mayor trabajo. Sus ojos enturbiados no la dejaban distinguir bien á Rosa, y la suplicó que encendiese una bujia mas.

Habló de sus trajes para cuando se marcharan á Fontainebleau.

—Tengo acerca de esto ideas sorprendentes, la decia; ya verás.

Guardó silencio durante un instante, y después continuó:

—Cuento estar en Fontainebleau para el primero de Mayo; es el aniversario de la muerte de mi madre. ¡Pobre madre mía! ¡cuán feliz sería viéndonos tan dichosos! Nunca la he echado tan de menos como ahora.

Rosa inclinó su rostro sobre la cama de Genoveva, porque quería ocultarla las abrasadoras lágrimas que corrían por sus mejillas.

El sentimiento que manifestaba Genoveva por la pérdida de su madre, tenía una aplicación tan inmediata en ella misma, que no debía de vivir sino mientras había sido amarga su existencia, y además, algunos días tan solo, para gustar de una vida más dulce, á la cual no había sido destinada. Había conducido á cuantos seres arrojaba á la tierra de promisión, endulzando para ellos las penalidades y la fatiga del camino, y moría.

«Moisés subió sobre la montaña, y el Señor le hizo ver todo el país de Galaad, y el Señor le dijo: Hé aquí el país que le he ofrecido á Abraham; tú lo has visto con tus ojos, y no entrarás en él; y Moisés murió por el mandato del Señor.»

—¡Cuán feliz seré en poder contemplar tus hijos! continuó Genoveva. Tengo frío; tápame un poco. ¡Por qué has apagado esa luz? no veo claro; vuelve á encenderla.

De aquí á cinco ó seis años tendrás hijos que correrán por la casa. Ya me parece que estoy oyendo el ruido que moverán. Tengo sueño. Tú también debes de tenerlo. Vé...

No habló más; su respiración se tornó ruidosa. Rosa la contemplo con espanto. Genoveva entreabrió la boca. El ángel de su guarda invisible á la cabeza de su lecho, tomó en sus labios el alma que exhalaba la virgen, y la trasportó á los cielos.

Rosa, no oyéndola respirar, la puso la mano sobre el corazón, y no lo sintió latir. Lanzó un grito y cayó de espaldas.

XXXVIII.

El sacerdote que un mes antes había casado á Rosa y á Leon en el mismo altar de la Virgen, dijo la misa de difuntos sobre un féretro revestido de un paño blanco, sobre el cual había una corona de flores de naranjo. Toda la casa de M. Lauter asistía á la misma: los criados dejaban percibir á cada momento los sollozos que no eran dueños de reprimir.

El sacerdote dijo según el ritual:

«Yo te daré el descanso eterno, dice el Señor, porque has hallado gracia en mí, y te conozco por tu nombre (*et te ipsum novi ex nomine.*)

«Señor, prestad oído á las oraciones con que conjuramos vuestra misericordia, para que coloquéis en el lugar de paz y de bienaventuranza el alma de vuestra sierva Genoveva Lauter, á quien habeis hecho salir de este mundo, y asociadla á la gloria de vuestros santos!

«Señor, vos me llamareis y yo os responderé!

«Elevo hácia vos mis manos, y pongo en vos toda mi esperanza.

«¡Oh día de las iras, (*dies iræ dies illa*) día de las iras y de la venganza de Dios!

«Separadme de los maldecidos que arrais de vuestra presencia, ¡oh, Jesús! y llamadme entre las virgenes bendecidas de vuestro padre.

«Felices los que mueren en el Señor. (*Beati mortui*)

»*qui in domino moriuntur.*) Ellos van á descansar de sus trabajos porque sus obras los siguen.»

• • • • •
Todos cuantos se hallaban en la iglesia vertieron un torrente de lágrimas.

III V XX

XXXIX.

Enterraron á Genoveva en Fontainebleau, cerca de su madre. M. Lauter y Leon no se consolaron nunca de la pérdida de tan cara hija, y su recuerdo se mezcló siempre con profunda amargura á la felicidad de que ella no gozaba. Cerróse su habitacion, y durante todo el tiempo que vivieron las personas cuya historia referimos, se abrió tres veces en cada año, en los aniversarios del nacimiento, de los dias y de la muerte de Genoveva. Permanecian en ella durante todo el dia; todo se conservaba como en el de su muerte; hablábase de ella, y los niños de Rosa y de Alberto se acostumbraron á tener un respeto tan grande por la memoria de la hermana de su padre, á quien nunca habian visto, que no se atrevian á jugar ni á mover ruido cerca del aposento de *su tia Genoveva*.

FIN DE GENOVEVA.